

PUNTO DE PARTIDA

Número 81

Dirección: Marco Antonio Campos
Jefe de redacción: Mariela Cuervo
Secretaría de redacción: Cecilia Martínez
Dirección General de Difusión Cultural

Correspondencia, colaboraciones, suscripciones y canje: Departamento de Publicaciones, Radio UNAM, Adolfo Prieto Núm. 133, México 12, D.F. Precio del ejemplar en la República Mexicana \$ 25.00 M.N. Número doble \$ 50.00 M.N. Suscripciones por seis números \$ 150.00 M.N. Números atrasados \$ 50.00 M.N. Números dobles atrasados \$ 100.00 M.N. Las colaboraciones deben entregarse escritas a máquina a doble espacio con una copia en las Oficinas de la Revista Punto de Partida, Dirección General de Difusión Cultural, Centro Cultural Universitario, Insurgentes Sur 3000, de lunes a viernes de 10.00 a 14.00 horas.

SUMARIO

POESIA

PRIMER LUGAR

Pero el azar es azaroso 4 Ma. de Lourdes de Santos Delgado

SEGUNDO LUGAR

Motivos de sombra
Motivos de luz 9 Carlos Saavedra Gutiérrez

TERCER LUGAR

Catarsis
(Recordando a Vallejo) 12 Fernando Martínez Sifuentes

CUENTO

PRIMER LUGAR

¿ En qué pedos te metes, Celestina? 16 Juan Carlos Bautista Martínez

SEGUNDO LUGAR

Ningún ahogado pasa dos veces
por el mismo río 18 José Luis Perdomo

TERCER LUGAR

Medianoche 21 Hilda Guzmán Montelongo

TEATRO

PRIMER LUGAR

El espacio discreto 23 Daniel González Dueñas

SEGUNDO LUGAR

Hacia el futuro 61 Pablo Baksht Segovia

TERCER LUGAR

Casa llena 73 Estela Leñero

VIÑETA

PRIMER LUGAR:	Eduardo Humberto Robles Casolco
SEGUNDO LUGAR:	Daniel González Dueñas
TERCER LUGAR:	Héctor Rayón Ocampo

ADVERTENCIA

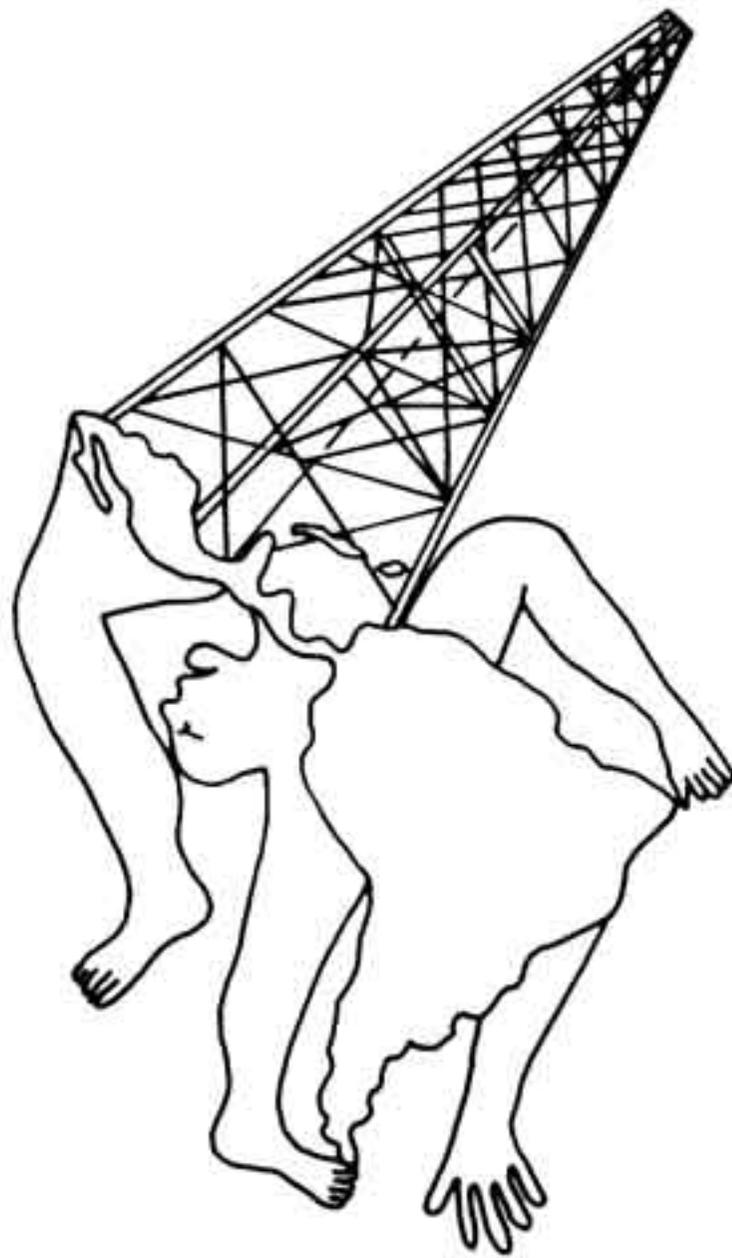
Este número reúne a los jóvenes premiados en el *XVI* Concurso de la revista *Punto de Partida* (1983), en las ramas de Poesía, Cuento, Teatro y Viñeta. Queremos agradecer a los señores jurados de cada rama su valiosa colaboración: Federico Patán, Vicente Quirarte y Mariano Flores Castro (Poesía), José Agustín, Guillermo Samperio y Enrique Aguilar (Cuento), Luis de Tavira, Alejandro Aura y Germán Castillo (Teatro), Raquel Tibol, Vicente Rojo, y José Luis Cuevas (Viñeta).

Marco Antonio Campos

VIÑETA

PRIMER LUGAR

Eduardo Humberto Robles Casolco



Ehecatl

POESIA

PRIMER LUGAR

Pero el azar es azaroso

por Ma. de Lourdes de Santos Delgado

Entonces el infante
paró al transeúnte y le dijo:
es usted un ángel o un burócrata.

poema nuevo donde te pongo.

te hablo desde las siempre extensas áreas del sueño
transgresión es el sueño o los modos sexuales
preferiblemente la guitarra en su cuerpo
que los espejos
que admiten todo tipo de fracturaciones
hasta la desintegración o volatización
de días de humosa chimenea como cigarros mastodónicos
que nos querían adjudicar milicias de pudriciones
que nos querían cernir
que nos querían lavar la papa cerebral (y sus buenas costumbres)
que nos quieren doblar
amontonar
más valdría escabullirse
para dejar de ver a los que se masturban odiándose

Dijo:

Destruiría todas las estatuas
hasta que no quedara ni un gramo de su sal
ni uno de sus pasos en el hueco de la noche
para que todo recuerdo fuera desintegrando
toda memorización infiel
para que la luna brillara entre los árboles de invierno
y fueran sus alas como las de aves que no estorban el paisaje
y las estrellas expandieran las migajas
estas migratoriedades en que nos iban hundiendo espadas de madera
a estos músculos les dije:
hay que vivir viviendo; pero esto fue en el primer sueño .
los otros eran variaciones, sin embargo.

estatuas que no podía dejar de ver
ciertas pirámides hipnóticas llamadas a deshora frescamente
cuantos copos caen en las esferas de colores eléctricos
 quedan atrás las escaleras que cansan estoy en el estadio
vibrando como un grito
las comulgadas imágenes y los secretamente susurros
son los columpios del atleta en su acrobacia vital
 el movimiento exacto
 es gesto
 el salto
 las redes hondas como la entraña líquida de un acantilado
ojos de búhos que ven toda la noche amoríos prestidigitadores
estaciona el automóvil y regresa al túnel la caverna donde uno no
metería ni la sombra al fuego
es decir:

Busco una palabra que no encuentro
porque mi nombre es alguien que fuma en la oscuridad
que rompe un hilo de cuya fragilidad no quiere ni acordarse
que sube una escalera o hace un edificio
o pare un niño con más belleza que una cierva
o tumba una mujer en un lecho campestre
o se restituye o simplemente se asquea
o moja rosquillas en el café es decir: correctamente.

en qué lugar perdí mis dedos
mi calavera mi pituitaria
y dilaté la herida por donde traspasan heladas ráfagas
es decir: que estamos menstruando de la boca
somos los colgados de diciembre
por qué no grito este grito que me salta
por ondas vespertinas
qué conozco, acaso los perfiles
o la terrosa desventura en arboledas pálidas
qué no sé y debería saber, tal vez otros alientos
pero qué es lo que hago si me ocupo en esperar nubes o gotas
de agua como saludos de pájaro
me voy por los montículos me voy de canto encima de hojas verdes
me voy con el que se aleja
ultimadamente.

El señalado para subir y engrandecer abismos
todo es en vano
hundirse en las devastaciones propias
chorrear por la metralla la carnosa herida el vacío
pensamientos acaso espero
hallar bajo el sombrero de espantapájaros
por los costados familiares
dobles vidas, gritos como semillas de escombros
o la inevitabilidad quebradiza de los terrones
o al que tú quieras:
buitres gusanos cuervos (enternecedores canarios)
¿no vuelan en vano?
si cayese un rayo . . . Aun uno sólo.
la traslación interna de las montañas íntimas
pero el azar, es azaroso. lo demás es una.

esta vez acrisolados arpones
como una afección de adolescente
por tu primer cuerpo sonando despertador
en pleno siglo
XX
en este día me persigue
Vivaldi que pone una flautita en pleno opus
vibro en la carambola
(me estoy acordando de ti) todo por un perfumito
desnarizándome los latidos
y ese amor lo que fue
acrisolado
Ausencia y a la par florecen cincollagas
en el parque en la total presencia transparente
que se asomen en donde queda nomás tu presencia
en que respiro albañiles

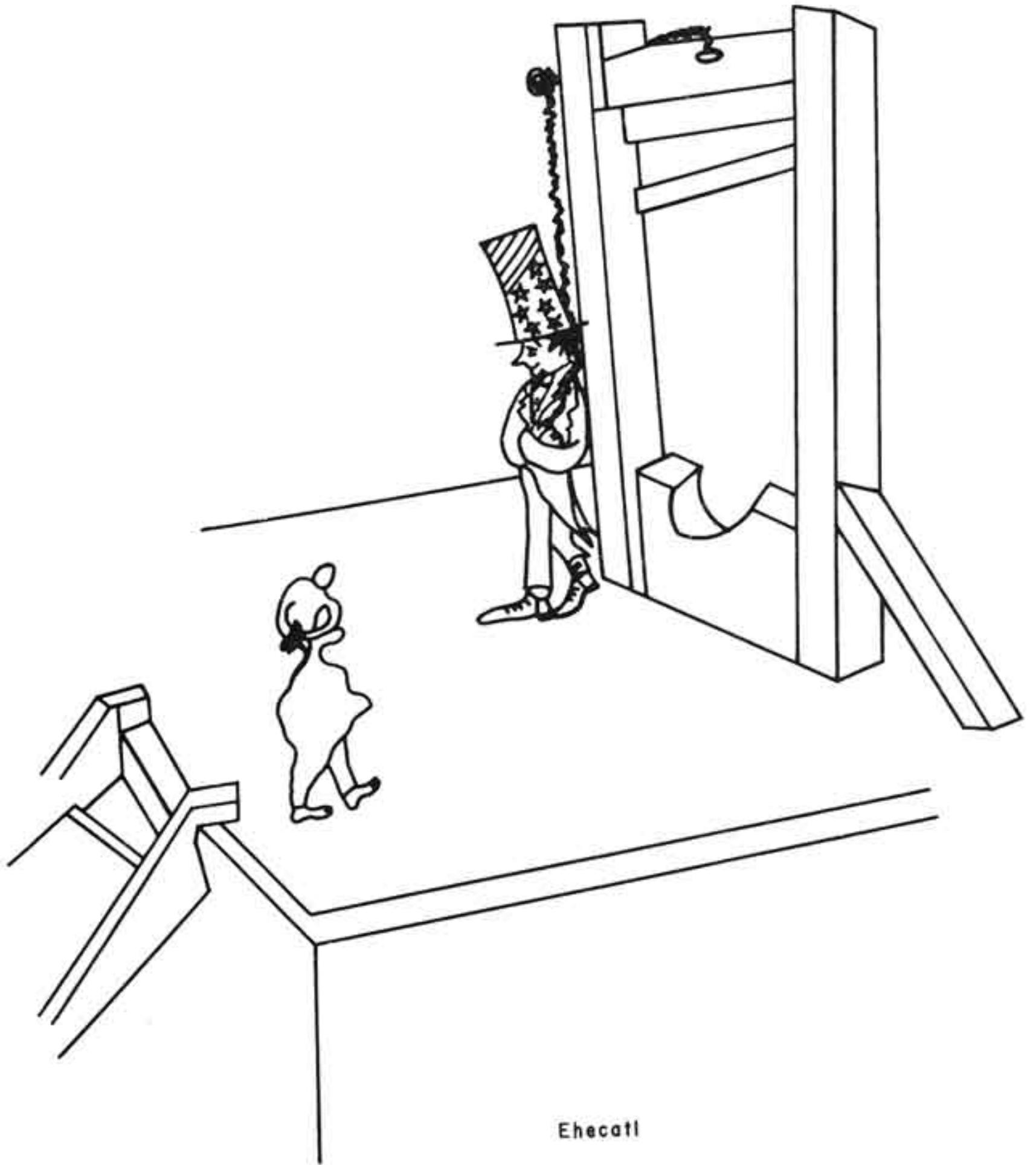
algo, entonces, ni lejanamente me desola

como el soldado aquel que se comió sus uñas
y el desgastado catedrático de agujeros en los bolsillos
fumándose los gises
me interpone el destino desgraciado
de los mineros silicosos
las libretitas rojas con sus secretos negros
la lepra de las casas
el constructor de frágiles pretextos
para los torbellinos
y en un tornado se viste de héroe sin guiñapos
pero el recuerdo de una fresca parvada de pájaros grises
sobre los campos agrícolas de Silao
no era una turbina
si no los coros expansivos
de una milicia de alas migratorias
pura cajeta de Celaya
por consiguiente
no computar los juegos
el puro pájaro hecho canto a pura dedicación
de ave

Do aquella que buscaba espejos en las sombras
y encontraba el día en autobuses de inválidos
que usó de espejo, la palma de su mano
en realidad jugaban con la muerte
así como entre matorrales el cometa fugaz de un conejo
en un lugar llamado cazadores
ocultando las cartas los ojos de las cartas
y aquí ofrecía su corazón como un ramito de flores silvestres
huyendo tan cercamente atroz de un gotear sanatorio
pero después macetas de cerezas fresas
ni conmove un árbol bajo la tormenta cerrada
contemplar con ojo absorto un monte de calaveras augurales
y estarse así hecha agua nomás, para rato. Do.

fluctuaciones caras que se asoman
asilos hospicios hospitales quemaduras sanando
templos espacialmente fluctuaciones de conatos buenas pasiones Peter
rejillas no hay por donde subir las huidas con la espalda en pared
con radiculares panal corpóreo a los anillos espirales
poner las muelas en las frías notas de almas
donde los ojos los llenamos de arenas pedregosas
cuenta-gotas vaciando
su caldo su suspensión
como que afilan las uñas gatos en la piel peludamente
esparciendo sus covachas
sus cohetes con pelambre electrizado
ojos que son túneles buscando contricciones
a chaleco me pierdo en el auricular telefónicamente
jardines vítreos escupidas fatigas 1. de s.
retratos plagiados a la infancia de las piñas
sombreros de lluvias deslizando los arroyos en que truenan
dedos como las matracas de los truenos con el menaje del anhelo
entre dientes de que nos proteja de las gotas caústicas azarosos
azoramientos obturaciones
al ocular
oculto
tras el lápiz de la rendija

de los perfiles
los relámpagos los rehiletos accionando también
en el perfil de las sombras coche sombreros tahúres opulentamente
vacuos cuelgan tacuches de sus respiratorias y frágiles escalas
no nubes no podrían Anaximandro ah las accesorías de las nubes
y las serenatas radiadas no desintegran las aristas y cuadrados
me cae la esfera como metáfora
sis se tropieza con la suavidad de un seno (O de dos) o con dos
ojos como almendras
o con un pañuelo bordado con cabellos oscuros
o con un guante de boxeo
o con una bufanda
porque así se nos da la vida por cobrar o devolver
sofocamientos tácitos que hacen de voz o de garganta o de cárceles
sobre todo eso mazos medievales mazmorras
durísimos inviernos para que olvides
más
para que sientas la fragua el antitedio la movilidad
de la naturaleza
los mendrugos de la luz
voltear la cerradura y ahí esta penumbra cerrando ejércitos
entonces, han transcurrido eternidades



Ehecatl

SEGUNDO LUGAR

Motivos de sombra Motivos de luz

por Carlos Saavedra Gutiérrez.

MOTIVO DE SOMBRA

¿Cómo creerle a las páginas
su historia y su poema
si el labio suave se convierte en filo?

Ya está aquí el que va a ocupar mi sombra,
de mis huesos los últimos escombros,
llegó el que va a poner sobre sus hombros
esta casa que a mí ya no me nombra.

Alterar veo mi vida y lo previsto.
No mío, del ayer, ni el último vestigio
que en todos los rincones fue prodigio.
Vivo de ella del todo desprovisto.

Mientras él, a la luz con celo asciende,
quedo yo mutilado en mis rodillas
como un saco vacío de sus semillas.

Al fin, triunfante, en mi derrota esplende
donde lo ha puesto el azar: ángel ciego
que cierra toda puerta a la que llego.

Si lanzara en pos
el maratón de pájaros
que acechantes van y asedian
confuso estuario
donde sombra del árbol más oscuro
mi oscura pesadumbre nacería.
Entonces la voz
como un vuelo de sombras
bebiera no la luz
sí amargo sol que diluiría
el líquen de su aurea
en espejos que seductores
mentirían a la imagen
que transida en vano espera
cruzar de la ojiva
el alto don de salvar
su alma que no su cuerpo
ya perdido.

Mas engaña el arabesco
en la madera
engaña el tramado
que el buril desaloja
la minucia dónde será otra
y no ésta el corazón de marfil
lo que ahí engarce.
En tanto
se ceñirá el agua a su contorno
transparente
de él que viene y aparece
como de otra Era
en un montón de átomos creado
y satisfecho que no yo
que el llanto vierto
por el breve instante
que a tu boca prendió lo tibio y leve
lo que entre el polvo ha de secarse
al triunfo en que la flor corona el aire
a otros tiempos.
"Adiós": vocablo limpio
que de tan ligero alas contiene
asoma y es un pañizuelo
que levanta el vuelo.

Canta el chopo
cárcel de ramas y de gotas
en el silencio angosto que me ahoga.
Canta una sombra de palabra
que despliega notas
y un dolor y un doler
su menta fría de recuerdo
que aprisionaba el cuerpo del momento.
Entre la amplia y nocturna hora
en que anidó la presta noche
que antes sol, cúmulo sanguíneo
al poniente se ocultaba.
A un instante sucedió
al polvo la arena que de tan prestos
fueron breves
y una palabra atada
al duro material de una insistencia
partió hacia su meta.
La noche era nada sol y sí la sombra
en que se enlaza el cuerpo
que abrió la herida que separa el alma.

Vi a la estrella hundirse en rojo.
El Oeste, mandíbulas abrió
a infinitas fauces carmesíes
y a extremos vi avanzar grupos de sombras,
alegóricos carros traídos por el viento
de alas prontas
y el fruto negro
que predecía el espanto.
Yo avancé - el destino nace en un sentido-,
dejaba trás de mí ramas y cigotos vegetales
esparcidos.
Y fui después, con la sombra de la noche
una piedra más, un árbol solo
atado a la raíz que me venía de dentro.
La mano entonces
hendió el aire y pareció tocarlo.
Saludó
como quien borra la humedad
de un vidrio.

El mito griego se cumple siempre.
El Nilo esplende como el Sahara
y a tanto polvo y tanto viento
lo árabe se resuelve en piedra.
Tanganyika quizá bosteza
infinitud de fiera
y en el Himalaya crezca una flor
que al frío burle.
La Era trasciende toda fama
y sólo fluye sus ríos y sus puentes.
Más el testimonio queda
y todo está presente . . .
Tal vez la ternura de un mi beso
en ti haya hecho selva.

Los recuerdos se acumulan
en números pasivos
como cartas que duermen
su juego no jugado.
Tal vez un pensamiento las mueva,
tal vez nueva pluma les de el giro
de poema que nos narre lo vivido.
Las cartas acumulan las palabras
que un día tuvieron vuelo,
luego son memoria coagulada,
tinta inútil, inútil voz desosegada;
palabras que perdieron fuerza,
que en el olvido quedaron olvidadas.

Yo no sé si soy quien parte,
si soy el alma que se queda.
Sobre la frente el testimonio
ahonda duramente su huella.
Ayer el viento predecía destrucción
y se cumplió, todo se cumple
como pacto establecido de antemano.
Las ramas barahundaban su temblor incierto
y la ciudad acumuló su pasmo.
Y al dejarnos, como en Dante,
perdido estaba
y algo que abría su fauce me esperaba . . .



Ehecatl

Catarsis

(Recordando a Vallejo)

por Fernando Martínez Sifuentes

CATARSIS (Recordando a Vallejo)

Será porque uno siente como propia
la curvatura del prisma donde atisbas
la cirenáica escasez de heraldos blancos.

Porque se anda aquí y allá,
ahíto de tantas lobregueces,
indagando la sal de nuestra esencia.

¿En qué canija hora
se extraviaron
las mugrientas bisagras
del linaje?

O tal vez porque se palpan
los bastardos tubérculos del miedo
ante la ajada gracia
de saberse uno mismo tan palomo,
tan apenas molusco,
tan hoja inconsistente . . .

Será por eso tal vez,
viejo porfiado,
que uno enciende la chispa en la penumbra
decidido a limar su carcinoma
a la luz redentora de los verbos.

CARTAS DE RELACION

I
Aquí efervece la rabia entre las venas
y el hambre se amotina
fustigando el corcel de las discordias.
Por eso digo
que a Usted le florece el alkaséltzer.

II
¡Y se lava las manos tan callando
en tanto se encarnece
al Cristo de los nuevos sanedrines . . . !
Claro está,

wilson le viene.

O por lo menos,
en tanto el agua no le alcance
los sonrientes perímetros del cuello.

III
¿Que si esparcía los vientos tempestades?
¿Que si usa calzoncillos de once varas?
¡Qué mas dá . . . !

Lo que ahora importa
es guardarle un espacio a la decencia,
a la avidez de ser que les devora.
¡Es por ello que marchan
solventando sobre sí los días aciagos!

IV
Tío:
suplícole se abstenga.
No la verá llegar,
ni mucho menos.

DESDE TU VOZ

 Digito
la cifra conveniente
descuelga tu voz
y la acaricio
oigo tu alma
bebo tu cáliz
pienso tu cuerpo
palpo tu ropa
lavo tu cara
muerdo mi espacio
cerco tus labios
 Pero
 tu nombre

 no lo digo
 lo resuello

APOLOGIA

 Porque sí
 nadamás
porque les nace
porque les cabe en la flor
 el ser distintos
transitan sus días
y sus memorias
uncidos a un impulso crepitante

 Si se quiere saber
no es más que verles
 domesticar
las frondas de sus ansias
 para alternar
su habitual labor de zapa
con el duro quehacer
 que se profesa
 aprisionar
con prometeico gesto
la gladiola de abismo
en que se abisman
 lapidar
 (en lo posible)
la retórica misma
de este morir a pausas que comparten
 apabullar
 en fin
la murria viscosa
 que les hiede

 Entonces
que nadie pregunte
 sueñan
 vuelan
son maniacos
cortan versos
 los poetas
son así

AMIGO

Dejemos caer esta palabra,
pródiga de resonancias y de efluvios,
para que se alboroten las alondras y los gatos
 vecinos de los cantautores;
para que crezca en el jardín la rosa rosa
y se salten las trancas los potrillos;
para que las manos se estrechen fuertemente
y se batan las alas de los castos besos.

Sí, que restallen sus letras bien sonoras
en la irresponsable frialdad del pavimento;
que chillen sus ecos en los muros,
 que bramen
y que incluso se empasten
en el rostro senil de las puercas
 soledades.

Demasiado sabemos que por ella
también se tronchan ramas y se vierten lágrimas,
que el ímpetu del viento se redobla
hasta agrietarle la piel a los desiertos.

Pero,
no le prestemos voz al desaliño
ni agravemos la insania de los nomeolvides.
Antes bien . . .

 reinventemos
 la dulce
telaraña del paisaje.
Digamos salud y que reluzca
su irreprochable estirpe
 jonatana.

POEMA PARA RESISTIR
LO ABSURDO DE LA MUERTE

No hablemos de las consabidas novísimas,
ni del ciclo vital de las crisálidas,
ni de morfemas y fonemas afines,
porque

ultimadamente:

¿Qué de ti?
¿Qué de el?
¿Qué de nosotros?
¡Si lo desconocemos todo!
¡Si ha tiempo que asistimos,
con el azoramiento impregnado en las pupilas,
al cotidiano espectáculo de nuestra propia
muerte!

Ya ves que,
poseídos de recónditos furors,
nos dejamos vivir y ser vividos
haciendo que ignoramos lo que somos:
racimos de emboscadas esenciales,
el cebo incoloro de la nada.

Que se murió Sergio . . .
Así, tan escuetamente me lo dices.
(También se muere uno
como hacerse a un lado)

¡Con qué facilidad nos dan de baja!

Ante esta deshonesto perspectiva
de pronto te acomete
la gana de parar,
de no hacer nada,
de tumbarte rendido a ras de tierra
a espolear lo pastoso del enigma.

Y es que hoy
nos sacude el dolor de no ser piedra,
o lluvia,
o perro,
o mar,
o almendra,
o tromba,
de ser nosotros mismos,
sin más y oblicuamente.

¿Por qué amanecemos revestidos
de nuestros propios trapos?
- me preguntas -
¿A qué los afanes cotidianos?

No digas más . . .
Mejor
recitemos la prosa de la vida,
¡resistamos lo obsceno de la muerte!
Echémonos la duda en los bolsillos
y salgamos al mundo recoletos,
calados de versátiles sonrisas.

Te hablaría de cosas, mi hermano . . .
Pero mira,
dejémonos de tales,
lo cierto es que marchó
y no somos quienes

de ponderar siquiera
la exacta dimensión de la tragedia.
¡Valemos lo que el óxido de fierro!
¡Vivimos del aire que nos prestan!

Aún más:
qué poco,
pero en verdad, qué poco sabemos
de las mentadas,
susodichas,
crisálidas.



Ehecatl

CUENTO

PRIMER LUGAR.

¿En qué pedos te metes, Celestina?

por Juan Carlos Bautista Martínez

Celestina es una chava que conocí en C.U. cuando iba saliendo del "Ché Guevara" con mi cara de intelectual orgásmico, perdido en el espacio luego de haber escuchado a Julio Cortázar aventar unos rollos acerca de Nicaragua y la Revolución. La cabrona estaba agarrándose del chongo con unos cuates que vendían libros del escritor argentino en el pasillo del auditorio, diciéndoles que eran unos oportunistas, unos simoniacos, mercaderes en el templo, jodidos, hijos de la Chingada, y no sé cuántas cosas más. Había bastantes chavos rodeando la escena, y algunos hasta la aplaudían cuando lanzaba la trilla en contra de la cultura mercantil y acusaba a los pobres monos de los libros (corbatita y saco café) de ser los enemigos directos de la cultura popular, propiciadores del elitismo erige-vacas, etc. Yo me quedé parado, impresionado con la personalidad tan poca madre de la chava, qué temperamento, qué modo de argumentar (bueno, la verdad es que los simoniacos ni la pelaron), qué ideas tan fregonas, qué culo, caray.

Decía que los mercaderes ni la fumaron. Pues sí; estos en cuanto vieron que la mayor parte de la gente había abandonado el auditorio, recogieron sus libritos, los metieron en una cajas de huevo Santa Clara, y le pusieron movimiento al patín. La pobre Celestina se quedó pendeja cuando la dejaron gritando sola (porque tanto los jodidos como los mirones se fueron), y dijo, mientras se sobaba las manos en los jeans, como ha de haber dicho Espartaco al ver que se dispersaba su ejército de esclavos:

— Pues vayan a chingar su madre.

Sorbio un moco ruidoso y revisó el lugar. Al voltear algo así como 78 grados a la derecha, que me ve.

— Y tú, ¿qué haces ahí como pendejo?

Mi primera intención fue decirle que estaba admirado de su intelectualidad o de su combatividad o algo así. La verdad es que le dije:

— Estaba pensando que tu ano ha de ser una cárdena anémoma marina cuando aplica el esfínter.
Ella me miró con ojos de vaca parturienta.

— ¿Eres poeta o algo así?
— Maricón
— ¡Ay devereas!
— Ni madres qué.

La segunda vez que la vi yo estaba leyendo un libro de comentarios al Capital en el Campus Universitario cuando llegó ella, se sentó a mi lado y me dijo un poema en francés rapidísimo del que lo único que entendí fue: esperma.

Sobre el pasto habían regado cal, me imagino que para eliminar las hormigas. Ella vió la regazón y se le ocurrió decir que ahí debía de haber estado sentado un grupo de albañiles comiendo tortas y que, por lo visto, se habían echado algunos pedos.

Yo me rei mucho.

Pero ella lo estaba tomando en serio. Me dijo que eso no era sino demostración de la injusticia social, de la desigualdad entre los hombres, de la explotación, que en Cuba no habría pasado eso, mucho menos en la URSS, que los albañiles se reivindicarían (ya cállate, pendeja) y hasta tal vez les harían un supercomedor en medio de Ciudad Universitaria, y que el rector sería mesero. Me dijo: —Todo esto es una injusticia. O ¿acaso tú has visto pedos de cal en las sillas del Mediterráneo, el Mesón del Perro Andaluz, o, ya de perdis, en algún Sanborns.

— No, pus no.
— A verdá-verdá. Y, a ver porqué.
— Será que no tienen hormigas— le respondí.

La tercera vez que la vi fue catastrófico.

En el barrio donde vivo un grupo de vecinos había organizado un festival para recaudar fondos que se destinarían a obras de bien común. Entre sus "atractivos" se encontraba un concurso de belleza al cual me invitaron a participar como juez. A pesar de mi desprecio por ese tipo de actos, me convencieron y ahí estaba yo, en medio de un jurado de rucos panzones y lujuriosos, descalificando a cuanta chava le temblara la nalga al caminar.

De repente, al fondo, alguien empezó a gritar obscenidades.

— Mujeres, ¿qué están haciendo aquí, exhibiéndose como ganado? No sean tarugas, no se dejen utilizar por el macho. Acabemos con la desigualdad de los sexos. Mejor que se encueren ellos y desfilen para nosotras.

— Ni dios lo quiera— dijo una viejita de chal negro.

Cuando levanté la vista y vi quien era, lo único que supe decir fue: en la madre. Y me traté de escabullir hasta la salida, cuando, a punto de lograr el triunfo, ella, Celestina, me salió al paso.

— Y tú, ¿qué haces aquí?

— Vine a poner una bomba molotov.

Y otra vez el rollísimo: Que estas degradaciones tribales ofendían a la mujer, que la cosificaban, que los hombres no teníamos madre, pinches machos ojetes, pero que todo cambiaría y la mujer recuperaría su papel, y su cuerpo, y su deseo y no sé cuántas cosas más.

— Eso me parece muy bien— le dije—. Vamos acostarnos, ¿no?

— Estos concursitos son degradantes, son asquerosos, la última manifestación del Capitalismo.

— Sí, pero vamos a la cama ¿no?

Para qué le dije nada. Empezó a darme de macanazos con un morral de Oaxaca lleno de libros gordos.

— Mugre macho, nada más estás pensando en coger, ¿qué no puedes pensar en otras cosas?

— Pero si eso es muy normal. Pregúntale a Freud.

Todavía me perdiguó con el morral como media cuadra más. Luego se paró y me dijo:

— Está bien. Pero que no sea en volkswagen.

Esa fue la tercera vez que la vi y le contesté que ahora ni madres. La última vez que me la topé fue en un mercado. Le decía a los marchantes que abandonaran sus puestos y fueran a pelear ya por la dictadura del proletariado. Celestina ha de haber terminado ahí mismo su carrera política. La pobre recibió una lluvia de fruta y verdura podridas. Adivinen quién aventó el primer guayabazo.



Ehecatl

Ningún ahogado pasa dos veces por el mismo río

por José Luis Perdomo

Pero a Esteban lo hemos visto pasar río abajo por lo menos en tres ocasiones. ¿Que lo rescatáramos para que esta tierra seca le transmita sus pulsaciones y solicitudes de humedad? ¿para estamparle un epitafio cualquiera en el segundo piso de su guarida subterránea? De ninguna manera, cómo vas a creer; esas son cosas de ahogado, en las cuales nosotros no tenemos ningún cirio que nos sirva de contraseña para intentar siquiera el diseño de su posible sepultura terrenal. Además, las veces que ha pasado cubierto de algas, de una lana verde creciente, con el pelo repleto de criptógamas, siempre pasado cara al sol con los ojos entredormidos y una sonrisa desusada que los peces no se han atrevido a desfigurar; razón suficiente para no molestarlo. Es más, nos ha dado la impresión de ir navegando y naufragando (las dos cosas al mismo tiempo) muy a gusto, como si fuera un niño de tres siglos nacido del mar. Y a nadie le gustan las interrupciones a la hora de estar en el centro o en la orilla de un sueño a colores tiernos, por ejemplo.

La última vez que pasó, cosa rara, el río detuvo su acostumbrada furia y una tranquilidad extraña ancló entre sus piedras ruidosas. Fue un bulto verde el que adivinamos en la curva, a muchos metros de donde estábamos. Sí, allí venía de nuevo, solemne, verdísimo, ceremonioso; con la brisa y olores de capas íntimas de mar y río llegaba por tercera vez, Esteban.

Quisiéramos o no, debíamos y queríamos estar para saludar su mirada y su cuerpo de agua, su paso de hombreagua, su tránsito de piel y agua, su sonrisa marinera y, más que esto: su decisión intransigente de no quedarse nunca entre las ramas de los troncos parapléjicos dispersados como cerillos caídos de una caja abierta precipitadamente sobre la mano escurridiza y deforme y ancha e inmensa del río.

Todos estábamos en la ribera donde la corriente no era más que el intento fallido de un mudo septuagenario queriendo decirle a su hija "estás muy bonita". Su presencia marina y vegetal, ya más cercana, cerró de golpe la compuerta de nuestros murmullos y conversaciones en torno a la nada. Dentro de nosotros, cerca de nuestros hígados, con la compuerta violentaherméticamente cerrada, quedaron las sílabas y nuestro alfabeto desactualizado. Pasaba su majestuosa y segura presencia, inmersa en los sonidos secretos de la corriente, de la orilla y los árboles vencidos; de él, de sus musgos, de sus enredaderas, brotaba la solemnidad de ese momento descarrilándose de los rieles crujientes del tiempo.

Pasaba y era el silencio. Pasaba y era el lenguaje indescifrable de su color verde. Cuando él ya sólo era un punto borrándose, corríamos para hacerle compañía en su recorrido despidiendo la cercanía de nuestras manos aprisionadas por lo inasible; jadeábamos para devolverle su forma y era al revés; tropezábamos, trastabillábamos para tirarle nuestras últimas luciérnagas que lo guiarían a las tinieblas disecadas y seguía siendo al revés.

El cansancio nos amarraba los pies al fango y se iba, a envolverse de mar se iba, a sacudirse las hojas podridas de los remolinos, a componer sinfonías inaudibles para profanos con los peces relumbrando escamas. El fango nos jalaba y él como si nada, se volvía un punto borrado yéndose con su sonrisa inapagable, con sus dedos largos abanicando corrientes.

Hace diecisiete años que no ha vuelto a pasar. Los mensajes del río tiene ahora la insignificancia de las aguas cualquiera, sin sus ojos mitad en sueños/mitad observando.

Recargado en la paredes recalentadas de esta casa deshabitada y apoyado en este bastón de guayacán deforme que suple a mi pierna derecha vieja e inútil, pienso que ya estaré fertilizando, con mi polvo de órganos muertos, los tulipanes, las gladiolas y la yerbabuena de esta casa sola cuando él vuelve a pasar. Pienso que quizá, cansado de sus naufragios y de sus rutas de barco de papel, trepado en una roca enorme, aburrido, decidió ser estrella polar para los extraviados de la noche; quizá al ver varios peces a punto de volverse pescados se quitó voluntariamente la piel para que siguieran siendo peces; tal vez un arpejo de mariposas lo secuestró a las regiones increíbles de los arco iris; es posible que algún tronco frondoso lograra por fin confinarlo debajo de sus hojas fallecidas junto a la última marca de agua dulceagria; es posible que alguna tormenta severa haya transformado su cuerpo en un archipiélago microscópico de arena; es posible que alguna gaviota gigantesca lo haya transportado a las islas desconocidas donde quizá nació.

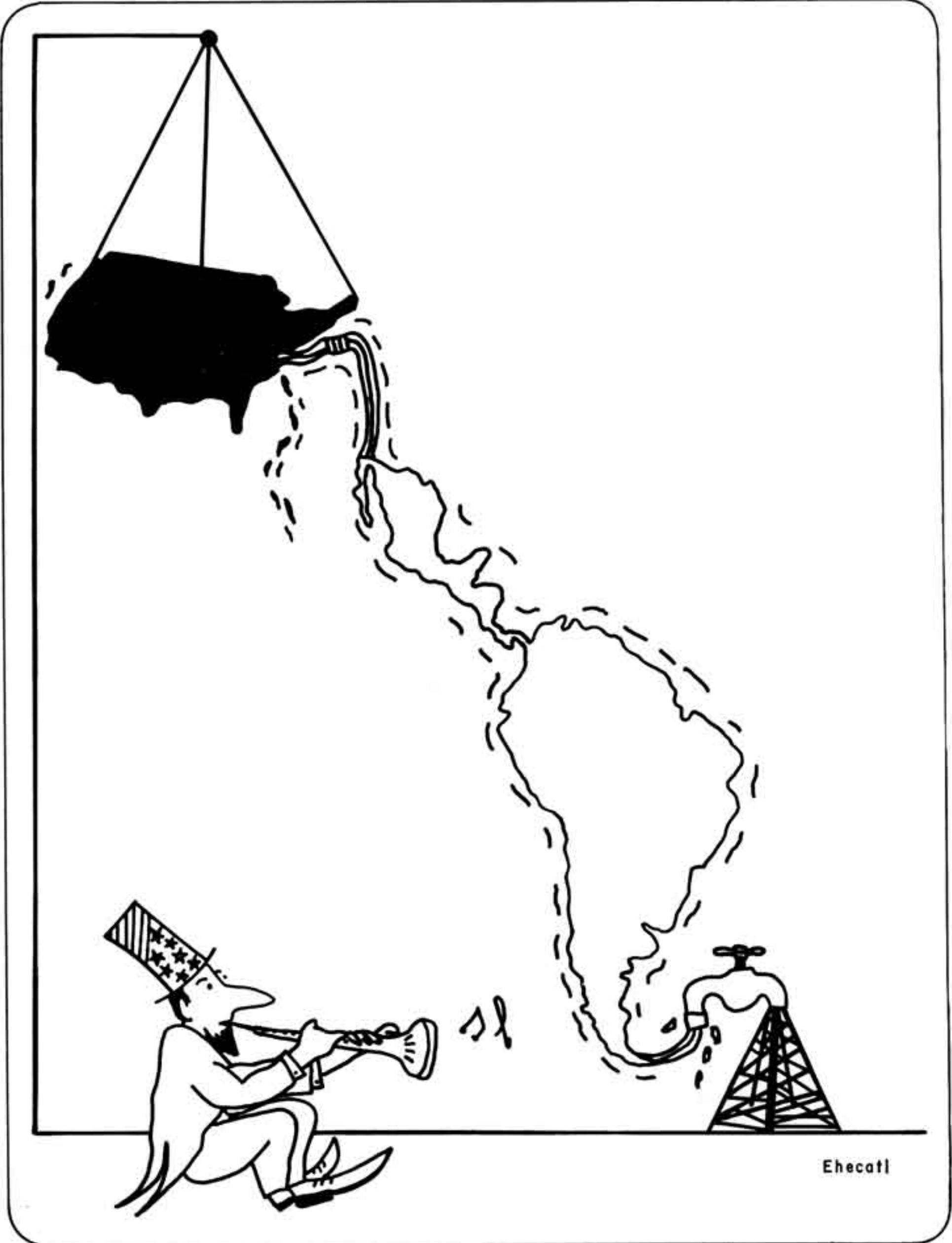
Aún acaricio —con mis dedos fracturados que no sirven para nada— la pequeña esperanza coagulada de poder ver su punto verde apareciendo después de la curva, verlo río abajo con su sonrisa aún intacta y su frente arrugada ornamentada con girasoles formidables recién salidos de la tierra como corona que indica los siglos de su poder acuático usurpado ¿jamás?

Tendremos que salir al rescate de su cuerpo tapiado de criptógamas. El sol no indicará la llegada de nuestro descanso y la luna no habrá de importarnos. Si nuestros cuerpos son expelidos por las branquias pestilentes de la muerte, no importa. El lugar no es el mismo sin su punto verdísimo y con sólo ver de nuevo su cabellera infinita habremos de inmortalizarnos en cada uno de sus musgos.

Antes que mi pierna izquierda imite a la derecha trataré de imitar su ceremoniosa costumbre. Otros habrán de imitarnos. Las reservas de su mirada que teníamos se han agotado. Los recuerdos de su sonrisa perpetua se han vuelto una mueca en nuestras memorias pálidas y los cántaros de curado de guayaba han desplazado nuestras antiguas ánforas de agua fresca en su memoria. Más de una virgen hermosa del pueblo se ha vuelto loca en la pegajosidad de su ausencia y ya son más troncos los que impedirían su tránsito. Por más palabras milagrosas que salieran de sus labios verdes, de todos modos dejaría su corazón mojado entre las ramas y el río regresaría al color bermejo de sus antepasados. Los peces morirían por exceso de color rojo y vendrían las siete plagas de Egipto pero multiplicadas por nueve. El sol podría caernos dentro de la boca, y la luna nos vomitaría mil marejadas de cadáveres marinos en toda la desvida y mejor sírveme el otro cántaro de ese curado para apelmazar mi pena. Dicen que ayer se fue otra virgen con rumbo desconocido para nosotros, no para ella; y todo es diferente y aquella leve esperanza se me ha vuelto la milésima parte de la cabeza de un alfiler —nada—, y no sé de dónde me sale tanta baba y ya no tomes tanto, hombre, cualquier cosa te sirve de pretexto.

Desde su acre impresencia, las lechuzas han abundado; ayer le mordieron la cabeza ceniza y piojosa a la bisabuela más vieja del pueblo y torrentadas de sangre salieron del ojo del agua. Esto es el fin del mundo, quiero decir, del pueblo y el día tuvo veintisiete siglos y las piedras del camino se revolvieron sin que nadie las sobresaltara y por fin llegó el periódico, con cuarenticinco años de retraso, sin mencionar nada de sus desapariciones y apariciones, los muy ignorantes, y si el resto del mundo supiese ya se habría muerto de risa y en tus labios partidos también está asomando la burla disfrazada de incredulidad y para qué te sigo contando si/de/todos/modos/no/vas/a/ crearme; si de todas formas yo ya seré hormiga o más gusano cuando su punto, más verde, ilumine los flecos de la curva todavía envuelta en los Penúltimos Reflejos de su Tercera Estancia —quizá, desavisados del país, la definitiva.

Yo tododébil, todoetífico, todolodo, todoalaespera, mientras tanto, me vuelvo caracol, que es otra forma de volverse más gusano, otra forma de volverse más gusano sin remedio ni derecho a apelaciones ni aclaraciones posteriores; yotodogusano.



Ehecatl

Medianoche

por Hilda Guzmán Montelongo

para Sergio Flores Azco
y Sergio Moro Flores

—¿También esta noche vas a salir, Elena?
—Sí, abuela, pero no se preocupe, no iré a llorar al sitio donde usted enterró a Javier.

—¿Y qué querías, ¿que lo dejara engusanarse en tu ropero? Debí ser más cuidadosa contigo, pero cuando la gente me habló por primera vez de tus salidas al oscurecer, no quise creerlo.

—Ya le he dicho . . .
—Sí, que no soportas el encierro en la penumbra de tu cuarto, que te gusta caminar en las noches de viento, que escuchas voces que te llaman y se pierden en algún zaguán o cualquier otra cosa que me obliga a no preguntarte más.

—No debió permitir que mi madre me dejara con usted.

—No.
— Muchas veces, de niña, imaginé la casa de mamá: no tendría la infinidad de puertas cerradas que hay aquí ni se escucharía este eco de grillos por todas partes.

—¿Para qué soñar en otra casa si ni siquiera estamos seguras de que ella fuera tu madre?

—Cuando comencé a crecer, abuela, no faltó quién me contara el llanto de mamá en una tarde de sol y de silencio. La gente dice que la vio cargar el cuerpo de su marido hasta el cementerio y que cuando los hombres la ataron en el centro de la plaza para castigarla por esa muerte, usted no fue a llevarle consuelo ni resignación porque esa era la costumbre.

—No puedes hacer caso de todo lo que se dice.

—Otros rumorán que ella soportó así el sol y la vergüenza durante tres días y que fue entonces cuando mi padre la ayudó a escapar.

— ¡Ya basta de tonterías, Elena! Lo que quiero es que me expliques la muerte de Javier.

—¿Para qué quiere que le cuente? Desde ayer no hago otra cosa que recordarlo y a ratos permanezco hundida en un sueño en el que sólo su cadáver forma una imagen clara. ¡Pobre! Hoy es su primera noche en una tumba, seguramente extrañará mi voz y quizá el murmullo de los grillos lo atraiga hasta mi cama.

—¿Estás loca, Elena?

—Desde que era chica, siempre me ha despertado a medianoche el canto de los grillos como voces diminutas incrustadas en mi cerebro.

—Pero él está muerto, Elena.

—Antenoche, abuela, me encontré una vez más a Javier. El no era de aquí, pero le gustaba pasear buscándome en la oscuridad y dos o tres veces me descubrió en el cementerio. Decía que en las noches calurosas y sin luna mucha gente recorre las calles en silencio. Las mujeres creen que se transforman en lechuzas y los hombres en grillos. Las lechuzas atrapan a los grillos y los devoran. ¿No le parecen chistosas las ocurrencias de Javier, abuela?

—Estás inventando, Elena. ¿Por qué no quieres decirme la verdad? Mataste a tu amante por celos.

—En ocasiones, abuela, mientras él hablaba de lo rara que le parecía, yo lograba escabullirme y después, toda la noche seguía sus pasos sin que él pudiera evitarlo.

—Seguramente ya sospechabas algo. ¿Qué hiciste al descubrirlo, Elena?

— A ratos, oculta en las sombras, me acercaba a Javier y le decía que quien sabe escuchar a los grillos, adivina viejas historias como la de mamá.

—Pero él no entendió la amenaza, ¿verdad, Elena?

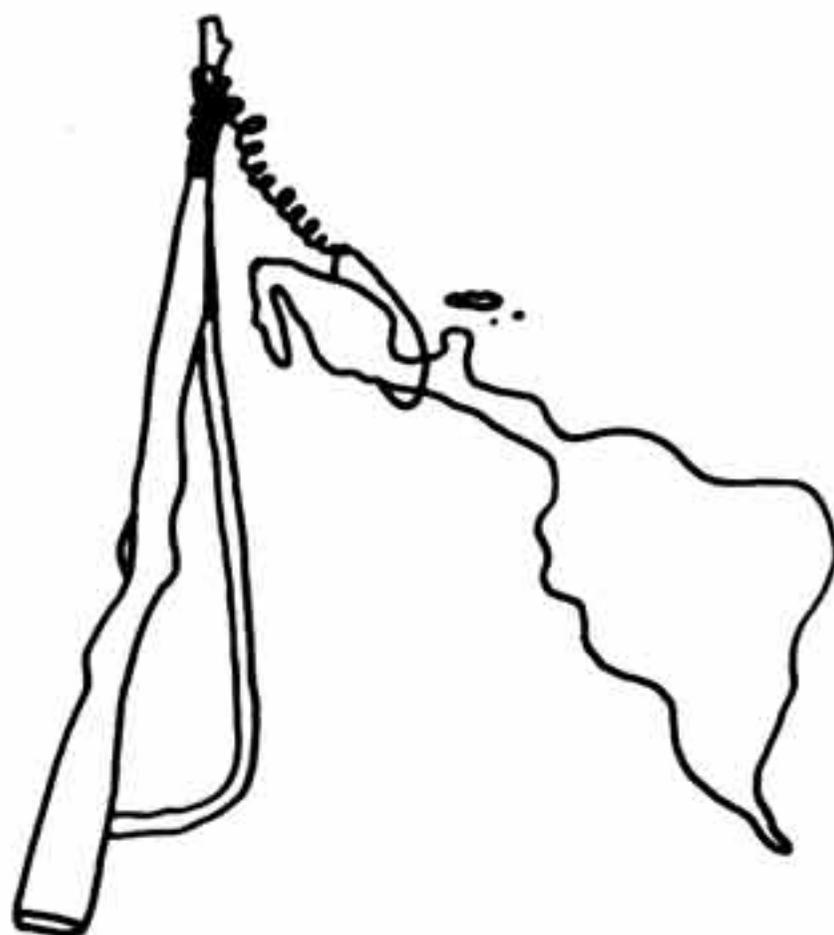
—Algunas noches recorríamos infinidad de calles sin pronunciar palabra y yo creía descubrir su rabia en cada esquina, abuela, pero nunca era usted.

— ¡Vaya!, por lo menos confiesas tus remordimientos.

—Recuerdo que cuando le hablaba de las puertas cerradas, él decía que en mi familia todos eran lechuzas y allí se escondían para destrozar a los grillos.

—¡Basta, Elena!

—Elena, Elena, Elena, parecían susurrar los grillos esa noche y una vez más tuve que huir de mi cuarto perseguida por los murmullos. No había luna, un viento tibio me condujo hasta el camposanto y sobre una lápida encontré durmiendo a Javier, tres o cuatro grillos recorrían su rostro. Lo observé algunos minutos, de pronto el rumor de muchas alas llegó hasta mis oídos y como en un sueño, abuela, lentamente comencé a desgarrarle la garganta.



Ehecatl

TEATRO

PRIMER LUGAR

El espacio discreto

monólogo para dos actores en un acto

para Juan Tovar

Por: Daniel González Dueñas

"Hay que atravesar la vida,
rojo o azul,
desnudo del todo,
con una música de pecador sutil,
dispuesto hasta el límite para la fiesta."

Francis Picabia

"(. . .) El dominio de la razón *racionalista* significa la petrificación de la escisión de la realidad. La realidad humana se divide práctica y teóricamente en la esfera de la 'ratio', es decir, el mundo de la racionalización, de los medios, de la técnica y la eficacia, y la esfera de los valores y las significaciones humanas, que, paradójicamente, pasan a ser un dominio del irracionalismo."

K. Kosik, *Dialéctica de lo concreto*

HAY QUE EXPLOTAR
SISTEMATICAMENTE
EL AZAR.

(letrero en un muro de la Facultad de Letras de París, citado por J. Cortázar)

"(. . .) Lo único inmutable en el hombre es su vocación para lo mudable; por eso la revolución será permanente, contradictoria, imprevisible, o no será. Las revoluciones-coágulo, las revoluciones prefabricadas, contienen en sí su propia negación, el Aparato futuro."

Julio Cortázar

personajes:

TAMARA, 25 años
FELIPE, 26 años

ACTO UNICO

El escenario está vacío, con excepción de un colchón colocado sobre el suelo, envuelto con mantas de color desvaído y dos grandes almohadas de lana. En un rincón, varias cajas de diferentes tamaños envueltas con cuerdas. En la pared del fondo, a la izquierda, una puerta de acceso. En la pared lateral derecha la puerta de acceso al baño. En la pared lateral izquierda, la puerta que da a la cocina. Sólo hay dos afiches pegados en las desnudas paredes: un cartel que alude a la lucha feminista y una reproducción de un grabado de Escher. No hay ventanas. El espacio es muy reducido, agobiante, apañado.

Luego de una pausa, se escucha el sonido de una llave al descorrer la cerradura. Se trata de FELIPE, hombre de 26 años, aspecto jovial y desmañado. Viste pantalón de mezclilla, botas, un suéter cerrado. Viene cargando una gran caja visiblemente pesada y sostiene las llaves con la boca. Cierra la puerta con el pie y deja caer la caja lanzando un soplo, agotado. Echa una mirada desalentada al cuarto, se guarda las llaves en el bolsillo y procede a desatar las cuerdas que atan la caja. De ella saca una buena multitud de objetos, sobre todo libros que va acomodando en pilas junto a la pared. Saca también un bulto de ropa, un radio, vasos, un botella de vino, ceniceros, otros bultos. Todo lo va acomodando provisionalmente en apartados. Coloca el radio-casetera junto a la cama, busca dónde conec-

tarlo y pone el cassette que se encuentra dentro del aparato. Comienza a escucharse música de Astor Piazzola.

Sigue en su labor de acomodo. Un momento después, se escucha de nuevo la llave. La puerta se abre. Entra TAMARA, joven de 25 años, de apariencia lozana y activa. Viste una falda larga (abajo de la rodilla), botas, una holgada blusa hindú de tela vaporosa, manga larga y cordones en los puños y en el cuello. FELIPE deja su quehacer y acude a ayudarla: TAMARA viene cargada de bolsas y paquetes. Se besan rápidamente en la boca.

TAMARA: ¿Y todo éso?

FELIPE: Mis cosas. (MIRA SUS PAQUETES) ¿Y todo esto?

TAMARA (SONRIE): Mis cosas.

Felipe comienza a examinar los paquetes mientras TAMARA da unos pasos tomando aliento.

TAMARA: Felipe, esto va a ser de locos. Si voy a tener que subir esas escaleras todos los días voy a hacer más condición física que un levantador de pesas.

FELIPE (SONRIE): Pues te hace falta un poco de músculo. Tienes las piernas fofas.

TAMARA: Ya quisieras, Charles Atlas. (HACE UN GESTO DE DESOLACION) No, de verdad, Felipe, me voy a volver loca, no hay una sola ventana, ¿te das cuenta?

FELIPE: Hay una en la cocina y una en el baño, ¿eh?, a ambos lados; se harán corrientes de aire que nos darán la sensación de estar en la azotea. ¿Para qué quieres una ventana más? A menos que te guste admirar la técnica de los muros de ladrillo. (SEÑALA LA PARED DEL FONDO) Ahí detrás no hay mas que un cubo de luz.

TAMARA se dedica a abrir sus paquetes. Saca algunos libros (en mucho menor cantidad que los de FELIPE), objetos personales que va a dejar al baño. FELIPE sigue acomodando sus cosas en diferentes pilas.

TAMARA:

Siquiera vamos a poner paisajes en todas partes. (SE DETIENE Y LO MIRA) Tienes que prometer que vamos a seguir buscando departamento. Esto es un mal sueño, estoy segura de que en un momento me van a despertar en una casa llena de ventanas, luz, aire, sol. Te aviso que nada más voy a venir a dormir, ¿eh?, si quieres verme me acompañas o me escribes una carta.

FELIPE (SONRIE): Pues a lo mejor así nos aseguramos una larga y segura relación. No es mala sugerencia.

TAMARA hace un gesto de cómica desesperación y se acerca a FELIPE tratando de jalarle el cabello. Este juega con ella, le hace cosquillas. TAMARA se enoja y trata de arañarlo. FELIPE se escabulle y la abraza inmovilizándola. Se quedan mirándose, sonriendo, sin dejar de abrazarse.

FELIPE: No es tan malo, Tamara. Piensa que estamos en el Tibet y que el Dalai Lama nos mantiene en una severa disciplina de depuración espiritual.

TAMARA: No, si yo puedo pensar eso, pero en cuanto bajo el Himalaya y entro en las aldeas de los pescadores ya no me quedan ganas de escalar hasta acá de nuevo.

FELIPE: "El camino del conocimiento está sembrado de abrojos."

TAMARA (RIE): Y mientras sigas trayendo más "abrojos" (SEÑALANDO LOS LIBROS DE FELIPE) no le va a quedar lugar al conocimiento.

TAMARA se separa y sigue acomodando sus cosas.

FELIPE: Ese es un buen problema a considerar. En el otro depto tengo tres veces más libros, y Joaquín quiere el espacio para compartirlo con otro amigo. La fatalidad nos persigue.

TAMARA (FINGE ENTUSIASMO REPENTINO):

Tengo una idea. Ponemos tus libros en el suelo, como una capa pareja. Encima ponemos una alfombra y listo. Siempre se puede caminar a gatas en la fatalidad.

FELIPE: Pues no es mala idea. También podríamos tapizar las paredes y pegar libros al techo y vivir en una casa-libro.

TAMARA (DESDE EL BAÑO): "Casa" es demasiada palabra, mi querido Sherpa Lessing, su celda monástica aspira a un nombre más humilde. Este baño es un verdadero prodigio de economía y aprovechamiento del espacio. Estoy segura de que el arquitecto de este departamento tiene también una fábrica de enlatados. Por lo visto todas las actividades usuales en este tipo de santuarios de la higiene tendrá que realizarse *de pie*. No hay forma de doblar las rodillas, a menos, claro, que se saquen por la ventana.

FELIPE (SONRIE, DEJA LO QUE ESTA HACIENDO Y PIENSA): Eso me acaba de dar una idea acerca del aprovechamiento del espacio. (SE DIRIGE AL BAÑO Y SALE DE LA VISTA DEL PÚBLICO; PAUSA)

TAMARA: ¿Me quieres explicar exactamente qué es lo que se supone que estás haciendo?

FELIPE: Tú no te ocupes. Esto es simplemente una experimentación de campo.

TAMARA: ¡Felipe!

FELIPE: ¿Sí?

TAMARA: ¿Aquí? ¿Cómo se te ocurre que...?

FELIPE: Silencio. Te voy a demostrar que la limitación de espacio no es una limitación para el espíritu.

TAMARA: ¡Felipe! ¡Te exigo que...! (EL SONIDO DE SU VOZ SE APAGA) ¡FELIPE!

Oscuro total. Pausa. Continúa la música de Piazzola.

Vuelve a iluminarse el escenario. Sobre el colchón está FELIPE, cómodamente instalado leyendo. No tiene camisa y está descalzo. TAMARA habla desde la cocina. El tono de ambos ha cambiado y se nota más sombrío.

TAMARA: Lo que pasa es que le tienes demasiado miedo a las palabras.

FELIPE quita la mirada del libro, inexpresivo, y su mirada vaga por los rincones del cuarto (todos los objetos siguen como al final del cuadro anterior, al final del cual ambos habían acomodado en un cierto orden). FELIPE enciende un cigarrillo. Resignado, cierra el libro luego de ponerle una marca en la página en que leía. Se recarga aún más cómodamente en las almohadas sobre las que apoya la espalda.

FELIPE (SUSPIRA): Lo que pasa es que ya estoy muy "ciscado", vieja. Me he pasado media vida hablando y la otra recriminándome no haber sabido escuchar. Lo que me molesta es que en el fondo sigo diciendo lo mismo.

TAMARA entra por la puerta de la cocina. Sobre el colchón se ha puesto una camisa larga de FELIPE; no usa pantalón y está descalza; lleva el cabello recogido. Carga una palangana con ropa mojada. Atraviesa el escenario y sale por el baño.

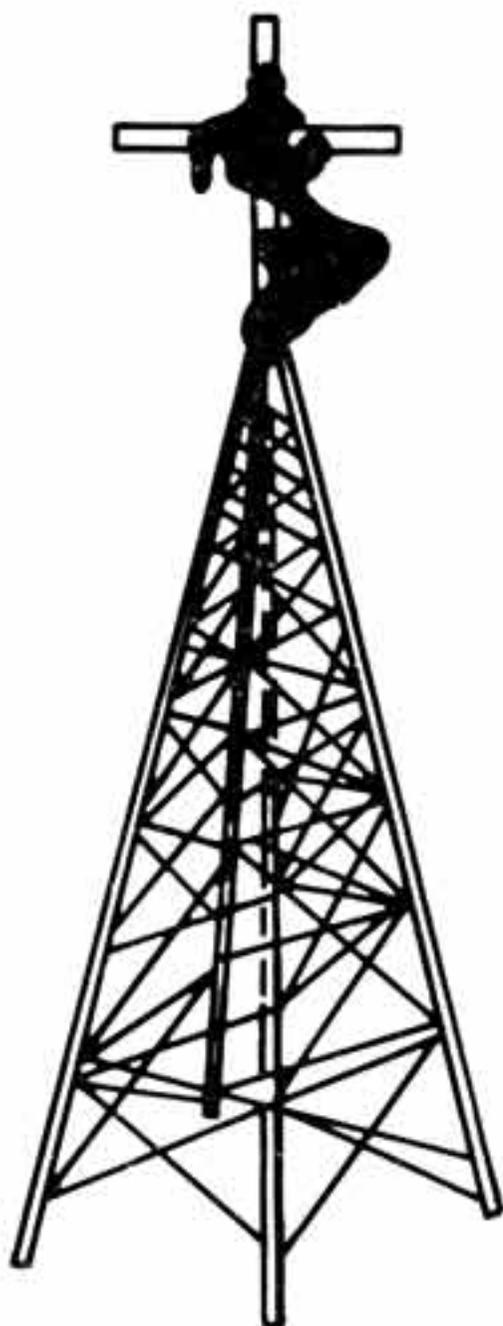
TAMARA: Eso es falta de definición, pura y llanamente.

FELIPE: Sí, claro, y esa es la clave. Estoy convencido de que el lenguaje comenzó a ser el principal obstáculo para la comunicación en el momento en que quiso comenzar a definir.

TAMARA sale del baño con una cuerda en las manos, uno de cuyos extremos amarra en un clavo en la pared cercana a la puerta. FELIPE se levanta a ayudarla. Toma el otro extremo y lo ata a un clavo que está cerca de la puerta de la cocina. Comienzan a colgar la ropa en la cuerda.

FELIPE: El peor enemigo del conocimiento es la definición, que siempre actúa por las vías relativas del lenguaje.

TAMARA (LEVANTA LA MIRADA AL TECHO EN UN GESTO ABRUMADO): Aquí es donde te metes en tu concha y que Pitágoras te saque. (LO MIRA TRATANDO DE RESOLVER LA DISCUSION) Mira: no hay que darle tantas vueltas al asunto. Toma la palabra *revolución*, por ejemplo.



Ehecatl

FELIPE (SONRIE TIBIAMENTE): "La palabra perro no muerde."

TAMARA: Sí, señor Korsibsky. La palabra revolución no resuelve, no promete nada, no cataliza. En los procesos de serias convulsiones sociales, la revolución llega antes que el lenguaje. Se lleva en el coraje, en el miedo, en el no saber nunca qué onda, en el que se mete a la bola menos por la palabra que por un sombrero de ala ancha o una bandera de colores. Se lleva en la sangre, se nace con ella como una marca.

FELIPE: Pero ya le antepones el tiempo. La revolución es un concepto histórico, pero no temporal. Tu concepto de revolución no cojea por idealista, sino porque está cien años atrás, cien libros atrás. La revolución no rompe valores: vive los valores de su época.

TAMARA: Sí, pero aquí se corre el peligro de aliarse a lo heroico, o peor aún, a la literatura. La revolución se define por el color de la sangre que necesita. Roja o azul. Lo que decía Picabia.

FELIPE: Ah no, espérame un poco, undécima musa. Ahí le agarraste un piñazo a Picabia que lo ha de haber hecho pegar un salto en el paraíso. (VA A BUSCAR EN LOS MONTONES DE LIBROS; ENCUENTRA EL QUE BUSCA, LO HOJEA BUSCANDO LA CITA) Hay que citar completo. . . (ENCUENTRA LA PAGINA) "Hay que atravesar la vida, rojo o azul, desnudo del todo, con una música de pecador sutil, dispuesto hasta el límite para la fiesta." (CIERRA EL LIBRO) ¿Ves? El rojo y el azul, antagonicos, se trascienden.

TAMARA (SE ACERCA A LA CAMA): Lo que no puede decirse de nosotros. (SUSPIRA, SE SIENTA, ENCIENDE UN CIGARRILLO; PAUSA; SONRIE) "En el paraíso." ¿Tú crees que Picabia esté en el paraíso?

FELIPE: Claro. Los surrealistas todos. Ellos han inventado el paraíso. (SE SIENTA JUNTO A TAMARA; PAUSA)

TAMARA: Es bonito éso. . . (FUMA PENSATIVA). . . inventar el paraíso. Pura literatura, pero es bonito.

FELIPE: Vieja, éso es lo que deberíamos hacer todos y cada uno de nosotros: inventar el paraíso. En éso tú y yo estamos de acuerdo, no lo negarás aunque escondas tu sensibilidad debajo del tono despectivo con que dices "pura literatura".

TAMARA (LO MIRA FIJAMENTE Y SU TONO YA NO ES SOMBRIO, SINO CASI TIERNO): No me digas "vieja".

Oscuro Total. Pausa. Continúa la música.

Vuelve la luz. El escenario está igual. No hay nadie. Las voces vienen del baño.

TAMARA: ¿Ya viste los músculos que se me han hecho en las piernas? Si seguimos viviendo aquí, pronto podré competir en las olimpiadas.

FELIPE: Ya deja de quejarte. Nunca habías estado en tan buena forma.

TAMARA: No, Felipe, es que ya no aguanto, hace dos meses dijiste que esto era provisional. Ya no nos visita nadie porque una persona más y ya no se puede respirar.

TAMARA entra. Usa únicamente una toalla grande enrollada en el cuerpo, y otra más pequeña en el cabello. Comienza a quitar la ropa de la cuerda. Sa-

le FELIPE del baño (también lleva una toalla anudada y el pelo húmedo) y va directamente a la cocina.

FELIPE: ¿Qué, los monjes en el Tíbet se quejarán tanto?

TAMARA: Pues si tienen que escalar la montaña seis veces al día, si no pegan de gritos es que están locos.

FELIPE (DESDE LA COCINA): O iluminados.

Oscuro total. Termina la música de Piazzola. Pausa.

Luz. La cuerda que atravesaba el escenario ha desaparecido, al igual que la ropa y la palangana. Entra por la puerta del baño TAMARA, abotonándose un vestido de una pieza, de falta larga. Lleva un cepillo en la mano y se cepilla. Busca sus botas. Se escuchan golpes en la puerta. TAMARA, extrañada, va a abrir. Se trata de FELIPE, que carga una silla. Entra resoplando, la deja en el centro del escenario como si se tratara de una pieza de museo y la contempla satisfecho.

TAMARA: ¿Y éso?

FELIPE: Regalo de Joaquín. ¿No es hermosa?

TAMARA: Sí, una maravilla, pero nos roba espacio. Tendrás que escoger, ella o yo.

FELIPE (LAS MIRA ALTERNATIVAMENTE): Pues. . . (SU DUDA SE PROLONGA, TAMARA SE MOLESTA)

TAMARA (FINGIENDO ENOJO): Ah, además lo piensas. Por mí perfecto, me despido del monasterio y regreso a la vida secular antes de hacerme neurótica o campeona de peso completo. (VA POR SUS BOTAS)

FELIPE (LA DETIENE ABRAZANDOLA): No, yo nada más te estaba dando celos. Pero tienes que dejar que Florencia se quede. No puedo vivir sin ella.

TAMARA (SIGUE JUGANDO): Ah, se llama Florencia. Pero ¿qué te crees que la institución de la poligamia va a renacer precisamente aquí? Digo, no es que me oponga a compartirte por ética sino por razones de. . . espacio.

FELIPE (ACTUANDO COMICAMENTE): Hermosa dama, no lacere mi pudor con sus palabras cortantes, hágame el favor de ser la primera a quien acoja Florencia en su humilde y occidental oficio.

Con ademanes amplios, FELIPE invita a TAMARA a sentarse. Esta exagera su orgullo, pero termina por sentarse. Pausa.

TAMARA: Pues es muy meritoria Florencia, pero no sé si voy a consentir en que se quede. Vamos a ver, ¿tú consentirías compartirme con otro, pongamos por caso, con un refrigerador?

FELIPE: Pues. . . yo soy un tipo antiguo, con memoria de 26 años pero moralidad de unos setecientos. Sin embargo, si dejas que Florencia se quede, aceptaría a mi rival siempre y cuando tenga congelador.

FELIPE se sienta en las piernas de TAMARA. Ríen y juegan.

FELIPE: Fue una odisea sensacional. No había otra forma de traerme a Florencia que a pie, así que caminé las doscientas cuerdas con una disciplina que si el Dalai Lama no me sube de grado espiritual, sencillamente renunció al monasterio. De tanto en tanto, cuando de plano no podía más, me detenía en una esquina y me sentaba cómodamente. Debiste haber visto las caras de la gente. Es increíble cómo la menor ruptura al orden cotidiano se convierte en un gran circo. Me la pasé comentando todo esto con Florencia. Fue ahí que me dijo su nombre. (RIE) Había una señora esperando en una esquina, se veía cansada. Con mucha cortesía le ofrecí a Florencia. Me miró con unos ojos. . .

TAMARA (RIE): Con unos antecedentes semejantes, que se quede, sacrifico mi orgullo y el espacio en que pensaba hacer la alberca.

FELIPE: Florencia no ocupa tanto espacio. Apenas el de unos noventa libros. Por ella cambio la cuitura por el circo.

TAMARA: Circo es la palabra. Y pensar que ya me estoy acostumbrando. . . cuando me subo a un elevador me da vértigo. No, pero qué estoy diciendo, si esto es PROVISIONAL, si nos quedamos un día más da por terminada nuestra sociedad laica. Y quítate, que me arrugas el vestido y me pasé una hora planchándolo.

TAMARA se levanta y va por sus botas. Regresa a la silla y se las pone.

FELIPE: ¿Vas a salir? (TAMARA ASIENTE, SIN AÑADIR INFORMACION; FELIPE LA MIRA; TAMARA VA AL BAÑO CEPILLÁNDOSE; FELIPE SE SIENTA) Todavía no te doy la otra noticia.

TAMARA (DESDE EL BAÑO): Déjame adivinar: afuera espera otra concubina, pero esta vez de carne y hueso.

FELIPE: Me temo que la noticia no es tan promisoría. Conseguí un trabajo en la editorial del padre de Ignacio. Corrector de estilo.

TAMARA: Magnífico. Con éso y tus guiones podremos cambiarnos de aquí a la menor oportunidad, ¿no?

FELIPE: Definitivamente. Y hablando de concubinatos, ¿puedo saber a qué se debe tu expedición nocturna o se trata de un viaje iniciático cuyo secreto no debe ser conocido por profanos?

TAMARA: Exactamente. (SALE DEL BAÑO YA PEINADA Y

CON UN CIERTO MAQUILLAJE) Pero por tratarse de una casualidad que me hace olvidar tu demanda sexista, te daré la satisfacción. Trabajo.

- FELIPE: ¿Otro? Nunca me dejas tener la primacía, aunque sea para disfrutar mi ligera ventaja. Bueno, me toca adivinar. ¿Puedo?
- TAMARA: Si quieres. Yo ya me voy, así que tienes tiempo de sobra.
- FELIPE: ¿Secretaria?
- TAMARA: No.
- FELIPE: ¿Darás clases de alpinismo?
- TAMARA: No.
- FELIPE: ¿Disección de medusas? ¿Siembra de membrillos?
- TAMARA: No y no.
- FELIPE: ¿Fabricación de raquetas de tenis? ¿Resellar timbres postales? ¿Hacer encuestas

TAMARA:

FELIPE:

TAMARA:

FELIPE:

TAMARA:

FELIPE:

TAMARA:



Ehecatl

casa por casa para la asociación nacional de concubinos monásticos?

No, no y no. Última oportunidad.

Tú y yo siempre estamos en la *última* oportunidad. Prefiero respetar tu necesidad de suspenso hitchcockiano.

No me extraña que disfraces tu falta de imaginación. Modelo.

¿Modelo?

Modelo.

¿Y se puede saber cómo vas a combinar sin escrúpulos las ciencias políticas con otras facultades, digamos contradictorias?

Si te refieres al tiempo, podré perfectamente combinar la escuela, mis actividades políticas y el trabajo. Pero como intuyo que te refieres a otras contradicciones, te diré con gusto que no traiciono mi ideología. Al contrario, la pongo a prueba, la someto a una confrontación constante que la mantenga en la forma. Eso es lo que nunca vas a entender. Además, rindo homenaje a ciertos atributos que me han dado la naturaleza y que afortunadamente pueden incrementar las posibilidades de salir de esta . . . dulce morada del amor. Hay que ser realista.

FELIPE:

Es curioso que cuando mencionas el "realismo" a lo que rindes homenaje es a la fantasía pura. Mira, lamento comportarme como se supone que debo hacerlo, o sea como tu contraparte dialéctica, pero ¿no es uno de los mecanismos de utilización de la mujer-objeto que tanta indignación te merecía en los tiempos preparatorianos?

TAMARA: Precisamente. Me internaré en el pantano hasta el fondo para conocerlo en detalle y actuar con mayor conocimiento de causa.

FELIPE: Y ojalá con conocimiento de efecto, porque tu plumaje, y perdóname el golpe bajo, no es de los que no se manchan. Aguanta mucho, tiene una capa impermeable maravillosa, pero a fuerza de ir al pozo, el cántaro...

TAMARA (INTERRUMPE, PONIENDOSE UN SUETER Y TOMANDO SU MORRAL): El cántaro sabe lo que hace. Y el cántaro se va antes de que sea otra cosa la que se rompa. Chau.

TAMARA sale. FELIPE queda pensativo. Saca un cigarrillo y lo enciende. Va a la cama y se tira en ella. Mira a un lado y pone el cassette de Piazzola.

FELIPE (A LA SILLA): ¿Ya ves, Florencia? ¿Cómo va uno a reconciliarse con el mundo si a cada paso te muestra su indiferencia? (PAUSA, LA "ESCUCHA") ¿Dialéctica? Sí, pero ¿sabes qué? A mí me parece que la dialéctica pasa nada más en *un lado*. Y en el otro, el famoso lado oscuro, día y noche, blanco y negro se dan la mano, son muy amigos, se van de paseo y se cuentan cosas, como en las bambalinas de un teatro.

Oscuro total. Pausa. Sigue la música. No se enciende la luz.

FELIPE entra por la puerta de la cocina llevando un candelero con una vela encendida. Viste ahora camisa y pantalón holgado, de trabajo. Va al proscenio, deja la vela en la silla y se sienta en el suelo, donde pueden verse muchas hojas de papel esparcidas. Con un lápiz sigue corrigiendo. Parece muy atento.

Luego de un momento, se escucha la llave. Entra TAMARA, que viste ahora un vistoso traje de una pieza de tela metálica dorada con aspecto de uniforme de piloto, zapatos de tacón alto y una bol-

sa de piel. El conjunto resalta su belleza, a pesar del estereotipo "a la moda". Lleva una gran bolsa de papel.

TAMARA: Hola.

FELIPE (LA MIRA): Hola.

TAMARA: Está tan oscuro que me pareció que iba a abrir la puerta del vecino de abajo. ¿Hace mucho que se fue la luz?

FELIPE (SIGUE MIRANDOLA FIJAMENTE): Como una hora.

TAMARA (MOSTRANDO LA BOLSA): Traje viandas. (LO MIRA, DEJA DE SONREIR Y DICE CON ACENTO NEUTRO) ¿Vuelvo a entrar? (FELIPE NO CONTESTA)

TAMARA, sin dejar la bolsa, abre la puerta y sale. FELIPE sigue trabajando. Vuelve a escucharse la llave. Entra de nuevo TAMARA.

TAMARA: Hola.

FELIPE (LA MIRA UN MOMENTO Y LUEGO SE ANIMA): Hola. (SE LEVANTA, LA BESA Y TOMA LA BOLSA DE PAPEL) ¿Cómo te fue?

TAMARA: Bien. Traje algunas cosas para cenar.

FELIPE: Magnífico. Me muero de hambre.

FELIPE lleva la bolsa hacia la cocina, pero se detiene antes de entrar y se queda inmóvil, sin la animación conseguida. TAMARA lo mira.

TAMARA (SUSPIRA): No tiene caso, ¿verdad?

FELIPE: Creo que no.

En ese momento regresa la luz eléctrica.

TAMARA (ENTRECIERRA LOS OJOS, DESLUMBRADA): Ah, qué bien. Así podremos vernos las caras. (FELIPE SE VUELVE LENTAMENTE A VERLA; SE MIRAN FIJAMENTE) Ya no creo que sea tan bueno que nos miremos las caras. (VA A LA CAMA, DEJA SU BOLSO, SE SIENTA PARA QUI-

VIÑETA

SEGUNDO LUGAR

Daniel González Dueñez



TARSE LOS ZAPATOS;
FELIPE ENTRA EN LA
COCINA) Uhh, qué descanso.
(SE QUEDA QUIETA;
MIRA LA VELA Y SE
ACERCA LENTAMENTE
A APAGARLA DE UN
LENTO SOPLIDO) Qué. . .
descanso.

TAMARA mira las hojas en que ha estado trabajando FELIPE. Este sale de la cocina con una botella de vino y dos copas. Sirve. Brindan. Se miran.

TAMARA: ¿Por. . . la despedida?

FELIPE (BAJA LA MIRADA Y LUEGO MIRA A TAMARA): Por el Dalai Lama.

En ese momento se vuelve a ir la luz eléctrica. TAMARA suelta una risa nerviosa. Oscuridad total.

TAMARA: Sabía que se iba a ir la luz. Fue. . . como un presentimiento.

FELIPE: No vale. Aquí se va a todas horas.

TAMARA: No, pero yo lo sentí un segundo antes de que pasara, no sé cómo explicártelo. Además siempre se va en los momentos más precisos, no sé si te has fijado, como que la electricidad tiene un sentido "dramático".

FELIPE: Tampoco vale. Cualquier momento es *preciso*. O "dramático", si lo piensas bien. ¿Dónde dejé los cerillos?

TAMARA: No prendas la vela. Quedémonos así y que la luz elija su siguiente momento dramático. Estábamos brindando por el Dalai Lama. A su salud. (PAUSA; RUIDO DE COPAS) ¿Quién se va, tú o yo?

FELIPE: ¿Regresarías con Ricardo?

TAMARA: Claro que no. Además ya vive con Andrea. Y tú, ¿regresarías con Olga? ¿o a tu santuario de soltería con Joaquín? ¿o tienes por ahí alguna perspectiva mejor, además de Florencia?

FELIPE: Claro que la tengo.

TAMARA: ¿Cuál es?

FELIPE: El paraíso.

Pausa. Termina la música.

Luz. No hay nadie en el escenario. La silla está en su lugar, contra la pared, y no se ven el candelero ni las hojas. FELIPE Y TAMARA son notorios de pronto: están acostados, inmóviles, cubiertos con las mantas, y TAMARA se mueve levemente, despertando. En el suelo se ve ropa regada. Al escaso mobiliario se ha sumado una pequeña mesa con un taburete, repleta de libros, platos y vasos.

TAMARA: Buenos días.

FELIPE: Buenos días, Anais Nin.

TAMARA: ¿Cómo durmió, gran Dalai Lama?

FELIPE: No mejor que usted, Salomé.

TAMARA le da un codazo a FELIPE, juegan y se remueven en las mantas. No les vemos las caras.

TAMARA: Me duele la cabeza.

FELIPE: Fenómeno natural si tomamos en cuenta las circunstancias nocturnas que lo precedieron.

TAMARA: ¿Qué día es hoy, doctor? (SE OCULTA MAS EN LAS MANTAS)

FELIPE: Domingo, Margarita. ¿Quieres tu camelia matutina?

TAMARA: Soy alérgica a las camelias y a los domingos.

FELIPE: ¿Qué tiene usted en contra del séptimo día? Hoy descansa nuestro creador, a lo mejor se pueden introducir algunas variables en su creación sin que El se dé cuenta. Podemos hacer muchas cosas, limpiar el departamento. . .

TAMARA: Volvemos a dormir. . .

FELIPE: Hacer el desayuno, o mejor, ir a desayunar al mercado, hoy hacen unos manjares dignos del sacrificio de las escaleras.

TAMARA: Cosa que no se puede decir de muchas otras posibilidades.

FELIPE: O podríamos. . . (SE INTERRUMPE DE GOLPE, SOLTANDO UNA RISOTADA, POR ALGO QUE TAMARA HACE POR DEBAJO DE LAS MANTAS)

TAMARA (RIENDO A CARCAJADAS): Doctor Livingston, I suppose.

Juegan haciéndose bolas con las cobijas. Poco a poco se van quedando quietos. Notamos que se abrazan, que lentamente se van buscando.

TAMARA (MUY BAJO): Podríamos ir a buscar departamento. Ya tenemos algún ahorro esperanzador.

FELIPE (IGUAL, BESANDOLA): No. En un departamento más grande nos daría agorafobia.

TAMARA: ¿Cómo será bañarse en tina?

FELIPE: Aburrido. Demasiado espacio para dos.

TAMARA: Eso no es problema. Podríamos invitar a otros.

FELIPE: A Florencia, por ejemplo.

TAMARA: O a Agamenón, mi prometido. . . refrigerador.

FELIPE: ¿Agamenón? ¿No que se llamaba Heráclito?

TAMARA: No. . . ése es mi otro amante. Pero nos peleamos.

FELIPE: ¿Por qué?

TAMARA: No quiso bañarse conmigo dos veces.

Sueltan la carcajada. Se sofocan. Vuelven a jugar. Oscuro total. Se inicia otra pieza de Piazzola.

Luz. TAMARA Y FELIPE siguen en la cama, desnudos, cubiertos por las mantas. Ahora vemos sus caras. FELIPE fuma. Parecen serios, pensativos.

FELIPE: Tú dices que la revolución se trae o no se trae, que es roja o azul, no hay de otra. Y no, Tamara, ya va siendo hora de que se sea rojo porque se es azul, de que la revolución se traiga pero que también *seamos revolucionarios*. En cada acto de la vida, no sólo en los más notorios.

TAMARA: ¿Por qué te gusta tanto complicarlo todo? El manejo de las contradicciones es un estado muy avanzado de la lógica dialéctica. Es peligrosísimo jugar con ellas sin base científica.

FELIPE: Cuando tu dices que la revolución se trae, como algo endócrino, estoy de acuerdo. Lo que te achaco es la miopía voluntaria.

TAMARA: Entonces todo es cuestión de dioptrías, mano.

FELIPE: Exacto. Eso no quiere decir que yo tenga vista de pájaro, pero cuando menos yo sé lo que es miopía a secas y no la llamo "perspectivas de cambio". Mira: la revolución es más bien un concepto de asombro, Tamara. En la Sorbona había una vez un manifiesto de brocha gorda en una pared, que decía con grandes letras rojas: "HAY QUE EXPLOTAR SISTEMATICAMENTE EL AZAR". Te juro que jamás confié tanto en la izquierda como cuando me dí cuenta de que podía hacer ese tipo de declaraciones con toda la sanidad del mundo.

TAMARA: El azar está lleno de contradicciones.

FELIPE: Pues éso es precisamente la vida, como muy bien examina tu cátedra de lógica dialéctica: la multitud de contradicciones espeluznantes que coexisten alegremente.

TAMARA: ¿Alegremente? Un análisis dialéctico de la naturaleza no nos deja caer en la literatura.

FELIPE: Y éso que dijiste es mala literatura.

TAMARA: La dialéctica surge de corrientes internas, de flujos, de cuidadosas observaciones. Se parte de las contradicciones aparentes.

- FELIPE: O se las provoca, para no enfrentar las verdaderas. Como cuando te metiste de modelo. tiene miedo a las contradicciones, a la palabra *contradicción*. (VA A LA COCINA, SALE DE ESCENA)
- TAMARA: Para tí fue una contradicción insoportable, pero yo estaba buscando, experimentando. En mí eso era una parte de mi proceso. La contradicción era aparente.
- FELIPE: Pero igual estabas asqueada cuando lo dejaste.
- TAMARA: Nadie dijo que me encantaba. Esas son las cosas que me hacen entender lo lejos que estamos tú y yo.
- FELIPE: ¿Nada más ésas? (PAUSA) Ese es el problema. En cuanto uno asegura algo, le brinca ante los ojos la contraparte igualmente válida.
- TAMARA (SE REACOMODA, SUSPIRA): Pues sí, pero hay que encontrar sentido; optar por una u otra cosa es nuestra libertad personal.
- FELIPE: Aseveración que de inmediato queda cuestionada por su contraparte: sólo la libertad es determinista.
- TAMARA (SE DESESPERA): Ay, mano, qué ganas de desperdiciar energía mental. Pásame un cigarro.
- FELIPE (VA POR LOS CIGARROS, SE LOS PASA): ¿Tienes hambre?
- TAMARA (ENCIENDE UNO): Ya me la quitaste.
- FELIPE (SONRIE): Lejos de mí tal intención.
- TAMARA: Es que es increíble que tergiverses así las cosas. Uno tiene que partir de algún lado, y ya que es así, hay que hacerlo de las contradicciones aparentes.
- FELIPE: Sí, la alopátia. (BUSCA LOS CALZONCILLOS, SE LOS PONE) Un revolucionario que no tiene música de pecador sutil es uno que le TAMARA (MOLESTA): ¡Pero si la base de la contradicción es el error matemático!
- FELIPE (DESDE LA COCINA): Elucidar niveles. . . te comes las instancias con una facilidad. . . (SALE DE LA COCINA CON UNA NUEVA IDEA QUE PARECE ENTUSIASMARLO) ¿tú crees que la cima de la lógica es el lenguaje matemático?
- TAMARA (ASIENTE): Obvio.
- FELIPE (MAS ENTUSIASMADO): ¿Y que la más compleja rama de las matemáticas es la llamada Teoría de los Conjuntos?
- TAMARA asiente con gesto aburrido mientras FELIPE va a buscar un libro en un montón.
- FELIPE: Muy bien. Mira. (NO ENCUENTRA EL LIBRO, PRUEBA EN EL SIGUIENTE MONTON) Antes de que se diga lo contrario, la Teoría de los Conjuntos es la más alta de las victorias de la matemática sobre el caos universal. (ENCUENTRA EL LIBRO; TAMARA SE ESTIRA FELINAMENTE) Este libro me lo prestó Tomás, ¿te acuerdas de él? El físico nuclear.
- TAMARA: Sí, un chaparrito alucinado con el que se pasaban tú y Joaquín noches enteras discutiendo tonterías.
- FELIPE (SONRIE, SE SIENTA A SU LADO Y LE MUESTRA LA PORTADA): "Fundamentos del análisis moderno", un libro de 1965 que en su momento fue considerado fundamental. (LO HOJEA) To-

más marcó una página. . . espérame, no te desesperes. Esta es una "tontería" muy importante. (LA ENCUENTRA) Sí. . . El teorema 3-8-4. Fíjate. Dice: "En un espacio discreto, todo conjunto está cerrado. Esto se desprende inmediatamente del teorema 3-5-4, precedente." Vamos a ver el 3-5-4. (BUSCA) Este es. "En un espacio discreto, todo conjunto *está abierto*." (CIERRA EL LIBRO CON UN GESTO TRIUNFAL)
 ¿Mmm? Aquí no hay tu tía, aquí no se puede hablar de "contradicciones aparentes". Todo conjunto está abierto porque está cerrado, y punto. Y no es un error abierto porque está cerrado, y punto. Y no es un error matemático, al contrario.

TAMARA se queda, fumando. FELIPE sonrío, deja el libro y regresa callada a la cocina. Cuando no la ve, TAMARA toma el volumen y los consulta, con gesto de interés.

FELIPE (DESDE LA COCINA): Voy a hacer café, ¿quieres?

Oscuro total. Pausa. Continúa la música del cassette.

Comienza a escucharse el tecleo de una máquina de escribir. Luz. En la pequeña mesa, FELIPE escribe. Viste solamente el pantalón de mezclilla. La máquina es muy antigua. En la mesa, además de los libros y platos, un cenicero repleto. FELIPE escribe muy concentrado.

Al poco tiempo se escucha la llave en la cerradura. TAMARA entra. Viste un overol de mezclilla, tenis desgastados, una blusa a cuadros y un paliacate amarrado en el cuello. Trae su morral lleno de pancartas dobladas y hojas de mimeógrafo.

TAMARA: Hola, Balzac.

FELIPE (SIN DEJAR DE ESCRIBIR): Hola, Angela Davis. ¿Cómo estuvo la manifestación?

TAMARA: Muy bien. ¿Qué escribes? ¿Sigues con la obra?

FELIPE: Así es.

TAMARA: ¿Crees que de verdad la ponga el padre de Joaquín?

FELIPE: Pues si no la pone, cuando menos la escribí. Hacía mucho que me venía rondando la idea. (APAGA EL CIGARRILLO, VOLTEA A VER A TAMARA) Te ves cansada.

TAMARA (DEJA SUS COSAS, VA A LA COCINA): Caminamos como locas, pero estuvo muy bien. Fue muchísima gente. (RIE) Imagínate que propusieron mi casa para la siguiente junta.

FELIPE: ¿Qué tiene? Seguramente sería en la que más estrecharían su relación de trabajo. (TAMARA REGRESA DE LA COCINA)

TAMARA: Já-Já. (SE LE ACERCA BEBIENDO AGUA DE UN VASO) ¿Y cómo va la obra, mister Williams?

FELIPE: Espérame. . . (TECLEA RAPIDAMENTE Y TERMINA LA ESCENA) Ya.

FELIPE saca la hoja y la lee cuidadosamente. TAMARA toma las hojas que tiene a un lado y lee el título de la obra en la primera de ellas.

TAMARA: ¿"El Espacio Discreto"? (BURLONA, MIRA EL CUARTO) Titulito. ¿No será autobiográfica?

FELIPE: Por supuesto que no. Perteneció al terreno de la fantasía más desafortunada. Lo único que he hecho es contar mi vida paso a paso.

TAMARA: Me lo suponía. ¿Y aparezo yo o la pobre obra se hunde en el hastío?

FELIPE (SONRIE): Me temo que sí. Un poco.

TAMARA atisba por encima del hombro de FELIPE la hoja que éste lee.

TAMARA: ¿Lucía? (ARREBATA LA HOJA A FELIPE) Qué poca imaginación, "Lucía".

FELIPE: Ah, fémina feminarum. . . si te hubiera puesto tu nombre real hubieras protestado por el ataque a tu intimidad.

TAMARA: No, pero hubieras buscado un símil de "Tamara". Además, el ataque a mi intimidad sigue en pie. . . (EXAMINA TODAS LAS HOJAS) . . . ¿con que aparecía "un



poco"? ¡Estoy en todas las páginas!

FELIPE: No, tú no. Lucía.

TAMARA va a la cama y lee con interés.

TAMARA: Pero has puesto palabra por palabra. . . qué poca imaginación.

FELIPE: Al contrario, Lady Macbeth. Qué buena memoria. (VA A SENTARSE CON TAMARA) La imaginación crea a la memoria para no aburrirse con tanta cosa importante que se sabe.

TAMARA: Hasta pusiste lo de Picabia. "Rojo o azul, desnudo del todo. . ." Pobre Picabia. Ahora sí debe estar dando de saltos en el paraíso.

FELIPE: Escena cuatro.

TAMARA (LEE): "La contradicción es el grito vital por excelencia". ¿Quién dijo éso?

FELIPE: Ismael. Escena doce.

TAMARA: "Ismael", ese nombre no tiene nada que ver contigo.

FELIPE: Exactamente.

TAMARA (LEE): "En un espacio discreto, todo conjunto está abierto". Ah, ya veo de dónde el título, yo creí que aludía a nuestra discreta morada. Pero si has puesto todo, tal cual. (RIE LEYENDO) ¿Yo dije esto?

FELIPE: ¿Verdad que es diferente verlo escrito? Y está lo que dijimos palabras por palabra.

TAMARA (RIE Y ACTUA): "Mira, Ismael, no me vengas con éso. Una cosa es que sepas leer lo que te conviene, pero tú y Manuel. . ." (DEJA DE LEER) Manuel es Tomás, me imagino. (FELIPE ASIENTE; TAMARA SIGUE) ". . . tú y Manuel

dejan un montón de puentes sin pasar que seguramente explican la naturaleza de la contradicción aparente." (DEJA DE LEER) Ay, yo no hablo así.

FELIPE: Claro que no, así habla Lucía. Que sea lo que dijiste coma por coma no es sino pura coincidencia.

TAMARA: ¿Y por qué dije éso? Ah, por lo de tus espacios discretos. Pues es la verdad, mano, eso es una contradicción aparente, "matemática".

FELIPE (SONRIE Y ACTUA): "¡Pero cuál contradicción, carajo!"

TAMARA (LO MIRA, CONSULTA EN LA HOJA Y SONRIE): Ah, y además te lo sabes de memoria. Qué gran ego, ¿no podías escribir sobre otra cosa? ¿a quién le va a interesar semejante historia banal y sin aspavientos? Claro, sería interesante si yo tuviera un adversario que hiciera sabrosos diálogos, pero así. . .

FELIPE (SONRIE: Mejor sigue leyendo, Eugenia Grandet.

TAMARA (LEE): "Tú y el físico nuclear -que anda en todas partes menos en los núcleos- manipulan. Me extraña que Manuel se traicione de esa manera. El y tú pasan sin ver infinidad de detalles que explicarían que lo del conjunto abierto y cerrado es un símbolo, una abstracción matemática, en todo caso que un conjunto esté cerrado o abierto no es algo concreto, tangible." (DEJA DE LEER) Buen razonamiento. Espero que me des crédito.

FELIPE (SE LEVANTA, VA A LA MESA Y TOMA OTRO JUEGO DE HOJAS): Todo el crédito. Quie-

ro mostrarte algo que he descubierto. Sigue leyendo.

TAMARA (LEE): "Ese es el gran problema." (FELIPE BUSCA EN SU COPIA AL CARBON LA HOJA QUE TAMARA LEE EN EL ORIGINAL) "El imperialismo arma de tal manera sus líneas de conducción que la gente mira lo que a él le conviene. Las cosas no cambian, pero te las uniforman, conducen tu percepción. Si quieres ver un caballo en una nube, lo ves."

FELIPE (HA ENCONTRADO LA HOJA Y AHORA SIGUE, ACTUANDO-SE A SI MISMO): "No, Lucía, no es cuestión de fe. O tal vez sí, pero de otra manera. Ver un caballo en una nube no es demasiado diferente de ver un caballo en un caballo. Ambos son actos de voluntad, y de fe, si quieres."

TAMARA (SIGUE LEYENDO): "Pero sigue habiendo contradicción aparente, ¿no lo ves?"

A medida que leen se van posesionando de sus personajes, van enriqueciendo los tonos como si se tratara de la discusión original que dió pie a la escena que ha escrito FELIPE. TAMARA se levanta y -siempre leyendo- toma actitudes y poses que nos llevan a imaginar que fueron las que tomó en aquel momento.

FELIPE: "Ponle que sea una contradicción aparente, de acuerdo, pero es una contradicción al fin, y si aparece hay que ver por qué."

TAMARA: "No, deveras que es bien peligroso. Es peor el miedo a perder una mano que perderla de verdad. Verla perdida implica y exige adaptación. Andarse cuidando implica parálisis y pérdida de una peor manera."

- FELIPE: "Pues ahí tienes. Es peor el miedo de ver un caballo en una nube, porque todo mundo sensato sabe que eso es una ilusión, es peor eso que descubrir que ahí hay de verdad un caballo, y que coincide exactamente con el ojo del deseo. Tú ves un caballo y no, por ejemplo, un perro o un racimo de uvas. Un caballo precisamente. Una imagen que tal vez es más tuya, más real, más inquietante, que cuando ves un caballo en un caballo, porque todo mundo está de acuerdo en que éso es un caballo y en que no hay por qué tenerle miedo."
- TAMARA: "Si lo vas a montar por primera vez y es bravo, sí hay miedo, pero es un miedo real que te exige enfrentar la situación, dar una respuesta."
- FELIPE: "Una respuesta tan real como el caballo, tan tranquilizadora como todo aquello en lo que coincide más de uno."
- TAMARA: "Si no coincidiéramos no habría lugar común, y nadie podría entenderse con los demás."
- FELIPE: "¿Y me puedes demostrar que cada uno se entiende con los demás? ¿demostrar verdaderamente?"
- TAMARA: "Si no fuera así, si no hubiera lugares comunes, no podríamos estar hablando."
- FELIPE: "¿Estamos *hablando*?"
- TAMARA deja de leer y queda pensativa.
- FELIPE: ¿Te das cuenta?
- TAMARA: Sí, qué raro. . . cuando yo dije éso había una. . . naturalidad o algo así, una expresión que no me molestaba como tal. Pero ahora que lo leo ya no me acomodo a mis propias palabras, me suenan huecas, como si de verdad fuera un libreto de teatro que un señor escribió para que un actor lo memorice y lo diga "como si lo estuviera pensando en ese momento".
- FELIPE: Exacto. Eso es lo que descubrí. Una de las cosas más difíciles del mundo es escribir sobre las cosas fáciles. Dicho de otra manera, no hay género más irreal que el realismo. ¿No es increíble?
- TAMARA: Pues permíteme decirte que no has descubierto el hilo negro.
- FELIPE: Ya lo sé, pero nunca es igual aprender teorías que aplicarlas a tu propia vida iluminándola de una forma desconocida.
- TAMARA: Debe haber una explicación menos "Felipe". Lo que pasa es que no es igual leer que decir, intervienen procesos diferentes, ¿sí? Cuando lees una novela lo primero que pasa, si es una buena novela, es que borras la novela, te olvidas de que aquello es un libro, una escritura, una invención, te olvidas de que estás leyendo y comienzas a ver más allá de las palabras, te brotan imágenes, sugerencias perceptuales.
- FELIPE: En cambio en el teatro es más difícil borrar el teatro, ¿no?
- TAMARA: Pero en este caso la obra es nuestra vida, y suena tan hueca, es horrible. . . (FELIPE VA A DECIR ALGO, PERO TAMARA LO DE-

- TIENE CON UN GESTO). . . sí, ya sé lo que vas a decir, ya te conozco, pero mejor guárdatelo. (DA UNOS PASOS) Si nos parece hueca es que fue hueca siempre. Eso ibas a decir, ¿verdad?
- FELIPE: Más o menos. No de una forma tan "Tamara", claro.
- TAMARA: Pero es que falta la emoción, la convicción, todo eso que nos hace vivir cada día, lo que nos hace. Falta nuestra historia, saber por qué hablamos así, de dónde venimos, en qué creemos. Incluso falta todo lo que tú y yo hemos hecho juntos, y todavía antes, cuando no nos conocíamos. Toda esa serie de momentos preciosos que aquí, en la desnuda hoja en blanco, ya no están.
- FELIPE: ¿No están? ¿De verdad no estarán? Toda estructura se desnuda a propósito. Los momentos que dices no son experiencias de los personajes: *son* los personajes. Es su forma de hablar, de moverse, de reaccionar ante la ininterrumpida salva de cañonazos de la vida.
- TAMARA: ¿Por eso suena tan hueca? ¿Porque faltan los cañonazos?
- FELIPE: Al contrario. Porque sobran, porque son otros, porque necesariamente son otros desde el momento en que la obra registra un momento que ya pasó "como si estuviera pasando", y que el teatro mueve a sus personajes con un sistema *parecido* al de la vida, un sistema artificial y por eso mismo legítimo.
- TAMARA: Un cañonazo dentro de otro cañonazo.
- FELIPE: Exacto. Por eso escribí sobre nosotros, porque desnudando un solo cañonazo se desnudan todos los demás, si se desnuda bien.
- TAMARA: Pues sí, pero por ahí te llevas entre las patas a tu fiel compañera, que qué culpa tiene. (SONRIE) Cuando menos me citaste al pie de la letra. (SE SIENTA EN LA MESA ANTE LA MAQUINA, APABULLADA; EL RITMO HA SIDO MUY RAPIDO, SIEMPRE ACELERANDOSE, CON MUCHO MOVIMIENTO ESCENICO; PAUSA) Me parece que también yo debería escribir si es nuestra historia, ¿no?
- FELIPE: Sí, pero como ambos queremos representar fielmente algo que nos pasó a los dos y que nos pasa y que conocemos perfectamente, las dos obras serían radicalmente diferentes. Se parecerían si el tema fuera la Grecia antigua o el descubrimiento de América, pero como somos nosotros -y quién sabe qué carajos es eso-, nuestra vida misma de todos los días, jamás coincidirían en nada a pesar de estar contando lo mismo.
- TAMARA (LO MIRA): ¿Por qué, Felipe? ¿Tan lejos estamos tú y yo?
- FELIPE: Da igual si estamos lejos o cerca, el hecho es que *estamos*, pero no tenemos la menor idea de dónde o cómo o cuándo. Todo lo que se puede hacer es poner ese "estamos" entre interrogaciones, para que un día, si aprendemos a desnudarnos, podamos ponerlo entre admiraciones.
- Se miran. Oscuro total. Termina la música. Mezclado con el final de ésta, se escucha, creciente, el rui-

do de un reloj hasta un clímax, en el que se enciende la luz.

Silencio. Metidos en la cama, en idéntica actitud a la que tenían en el penúltimo cuadro, TAMARA y FELIPE siguen discutiendo.

FELIPE: Ese es un argumento perfecto para apoyar lo que te decía. Es peor el miedo a la contradicción que la contradicción en sí, no importa cómo se vea. No debería ser igual exigirle al revolucionario que se adapte a la contradicción, que a un intelectual que se adapte al revolucionario. Y en ambos casos se habla de casillas.

TAMARA: No, mano. El revolucionario vive de las contradicciones, está de tal manera adaptada a ellas que de su choque dialéctico obtiene todas las certidumbres. Yo hablo de revolución como algo que se trae, como algo visceral, porque es una cosa que he aprendido en la militancia. Un señor en la sierra me ha dicho de la revolución con sus manos callosas que un intelectual de café con leche.

FELIPE (SONRIE): La revolución se gana primero acá adentro. (SEÑALÁNDOSE EL PECHO) Mira, no es necesario el boxeo. Yo estoy de tu lado, hablamos de lo mismo. No me conviertas en reaccionario simplemente porque discuto contigo. El problema es que yo trato de definir, y al mismo tiempo me doy cuenta de que las definiciones son peligrosas si no se hacen por ambos lados *del mismo lado*. Cámbiale a la dictadura imperialista los marcos de referencia, hazla tambalearse, usa su propia fuerza en su contra. Sé bizarra, demente, delirante, saca de sus casillas al revolucionario que se obs-

tina en usar en la lucha la misma lógica del enemigo. Hablamos de lo mismo.

TAMARA (MOLESTA): ¿Hablamos?

Oscuro total. Vuelve a escucharse el sonido del reloj en aumento. Pausa.

En el clímax de ese sonido, vuelve la iluminación. Entra FELIPE por la puerta de la cocina. Viste de nuevo pantalón de mezclilla y lleva unas hojas en la mano.

FELIPE: No, no, no. Dije eso, lo pensaba, lo sentía claramente, y ahora suena tan falso, incluso reaccionario.

TAMARA sale del baño. Usa la camisa larga de FELIPE, como en un cuadro anterior.

TAMARA: Sí, querido, suena horrible. Como sueñas siempre, claro. Mejor escribe otro tipo de obra. Parece que estás atacando aquello que supuestamente defiendes.

FELIPE: Mira, escribí de otra manera éso: "Es la vida la que se defiende a sí misma de mejor manera. Basta ser tan delirante como ella, soltarle la faja y aprender de su indiferencia, de su euforia, de sus contrapelos."

TAMARA: Suena mejor, pero no es lo que dijiste. O trabajas de nuevo todos los diálogos o los dejas tal cual fueron dichos. En el primer caso, manipularás, en el segundo, te contradirás.

FELIPE: Exactamente. Esta obra no va a estar lista nunca.

TAMARA: ¿Para cuándo la quieren?

FELIPE: Para la semana próxima. No parecía tan difícil cuando comencé.

TAMARA: Lo mismo puede decirse de nuestra relación.

- FELIPE: Y de la vida, ya lo sé, pero no ayuda mucho saberlo.
- TAMARA: Tómallo con calma, Tenesse. Pronto vendrá el genio creador a iluminarte. (VA A LA COCINA) ¿Tienes hambre?
- FELIPE: ¿Vas a cocinar? Hoy me toca a mí.
- TAMARA: Lejos de mí romper la igualdad de derechos y deberes, querido, pero si no me encargo de las labores culinarias, terminaremos envenenados y no precisamente por el terrible ácido de las contradicciones cotidianas.
- FELIPE (SONRIE): No cocino tan mal.
- TAMARA: Es mejor que no te conteste. La inocencia es un tesoro que no hay que dilapidar. (ENTRA A LA COCINA)
- FELIPE sigue corrigiendo con el lápiz en sus hojas. Va a la grabadora, cambia el cassette y vuelve a escucharse Piazzola.
- TAMARA: Ese es otro detalle. La coherencia cotidiana repetida con exactitud es una incoherencia abrupta. Si pones en la obra pura música de Piazzola aquello va a aburrir soberanamente. Que tú la pongas noche y día no tiene nada que ver con el realismo cotidiano.
- FELIPE: Va con las vibraciones de mi pensamiento. Y aunque no lo digas, nos refleja mejor que cualquier otra música. (PAUSA)
- TAMARA: Oye. . . (FELIPE GRUÑE MIENTRAS SIGUE TRABAJANDO EN LAS HOJAS) En la obra pones todo lo que nos pasa, ¿verdad? Todo, día con día, ¿no? (FELIPE ASIENTE SIN DEJAR DE TRABAJAR) Entonces tendrás que poner
- el día que se te ocurrió hacer la obra, ¿no?
- FELIPE (DEJA DE TRABAJAR, LEVANTA LA CABEZA Y LA MIRA): ¿Cómo?
- TAMARA: Sí, en la obra debe aparecer el deseo de Ismael de escribir una obra de teatro sobre lo que le pasa con Lucía.
- FELIPE: Es curioso. . . no lo había pensado, pero es cierto. Una obra dentro de la obra. (SONRIE) Y en esa segunda obra, el personaje tendría que escribir una nueva obra. . .
- TAMARA: En la que el personaje escribiría otra, y así ad infinitum.
- FELIPE: Una vez me preguntaste si el hecho de que tus diálogos te parecieran falsos a pesar de haberlos dicho tal cual, no revelaba que habían sido falsos desde el principio, ¿recuerdas?
- TAMARA: Sí, y también recuerdo aquella noche que brindamos por la despedida, cuando no había luz. No sé cómo no acepté la oferta.
- FELIPE: Supongo que eres masoquista. O sádica. O. . .
- TAMARA: ¿O qué?
- FELIPE: O que estés perdidamente enamorada de mí.
- TAMARA (ASOMA LA CABEZA POR LA PUERTA): Brincos dieras, Casanova.
- FELIPE: Los mismos que tú, esquivas una musa inspiradora.
- TAMARA (VUELVE A LA COCINA): ¿Olga te esquivaba menos?
- FELIPE (SONRIE): Ajá, asistimos a la primera y cuidadosamente casual ocasión en que la dama pregunta por su antecesora.
- TAMARA: No es que me interese, por supuesto.
- FELIPE: Por supuesto. ¿Ricardo te contaba de sus anteriores amores?

TAMARA: Ajá, asistimos a la primera y cuidadosamente casual ocasión etcétera. ¿Olga te contestaba a esta clase de preguntas atentatorias? (ENTRA A ESCENA BATIENDO UN HUEVO EN UNA TAZA)

FELIPE: ¿Ricardo te dejaba ser tan feminista?

TAMARA: ¿Olga te soportaba lo sexista? (SE LE ACERCA)

FELIPE: ¿Ricardo te permitía ser tan dogmática?

TAMARA: ¿Olga te daba permiso de insultar sus más caras convicciones?

FELIPE: ¿Ricardo te dejaba tener otra más cara convicción que hacerlo feliz? (SONRIE AGUANTANDO LA RISA, MUY CERCA DE ELLA)

TAMARA: ¿Olga te soportaba una noción tan reaccionaria de la "felicidad"? (SE ENFRENTAN Y CASI TOCAN LAS FRENTES)

FELIPE: ¿Ricardo te *golpeaba*? (AGITANDO UN PUÑO AMENAZADOR)

TAMARA: ¿Olga te *mantenía*? (FELIPE SE PONE SERIO; TAMARA DA VUELTA Y REGRESA A LA COCINA)

FELIPE: Eso no es cierto. Gano bastante bien en la editorial.

TAMARA: Sí, pero no lo suficiente como para cumplir tu promesa de hace un año y sacarme del Tibet con todo y campanas.

FELIPE (EN LA PUERTA DE LA COCINA): Dime una cosa. ¿Ricardo te dejaba andar a altas horas de la noche en tus reuniones

feministas, cambiar la sana paz del hogar por una subversión de malvavisco, decirte un día por la pintura y al otro por la música brasileña?

TAMARA: Pues me dejaba expresarme, buscar dónde está Tamara. ¿Qué, Olga te dejaba entregarte a proyectos teatrales cuando no tienes la menor experiencia en el género, te clear toda la noche y no dejarla dormir aunque estuvieras encerrado en el baño que es como al lado de las orejas?

FELIPE (BURLON): "Pues me dejaba expresarme, buscar dónde está Felipe."

Le cae en la cara un trapo de cocina que Tamara le lanza. FELIPE ríe y entra, saliendo de la vista del público.

TAMARA: ¿Olga cocinaba como yo? (PAUSA)

FELIPE: ¿Ricardo te hacía el amor en la cocina?

Se escucha una risa apagada y tibios forcejeos.

Oscuro total. La música se diluye con el sonido del reloj.

En el clímax de este sonido, vuelve la luz. Metidos en la cama, desnudos, TAMARA y FELIPE siguen en la discusión acalorada.

TAMARA: Dicho y esquemático suena muy bien, pero no se trata de cambiar de lógica, porque de una vez te lo digo, no hay más que una. Se trata de señalar los errores lógicos que hay de base en el imperialismo, en el capitalismo y en la desviación que surgió con la revolución industrial, y combatirlos en su terreno de imposición, la violencia, sea fría o caliente. No, es tu misma base la que cojea. No digo cambiar de

FELIPE:

terreno, digo cambiarle sus puntos de referencia al mismo pantano. -Sin agraviar la muy noble profesión del modelaje-

TAMARA: Nunca se te va a olvidar, ¿verdad?

FELIPE: Además, una aportación cultural: hay una lógica aristotélica que necesita que una cosa esté en A o en B, ¿sí?, y hay otra, la que Korsibsky llamó no-aristotélica -y no porque le faltaran nombres-

TAMARA: Gracias por la información.

FELIPE: No, espérame, no digo que el maestro de Alejandro Magno esté equivocado, lejos de mí tal petulancia. . .

TAMARA: Uh, sí, lejísimos. . .

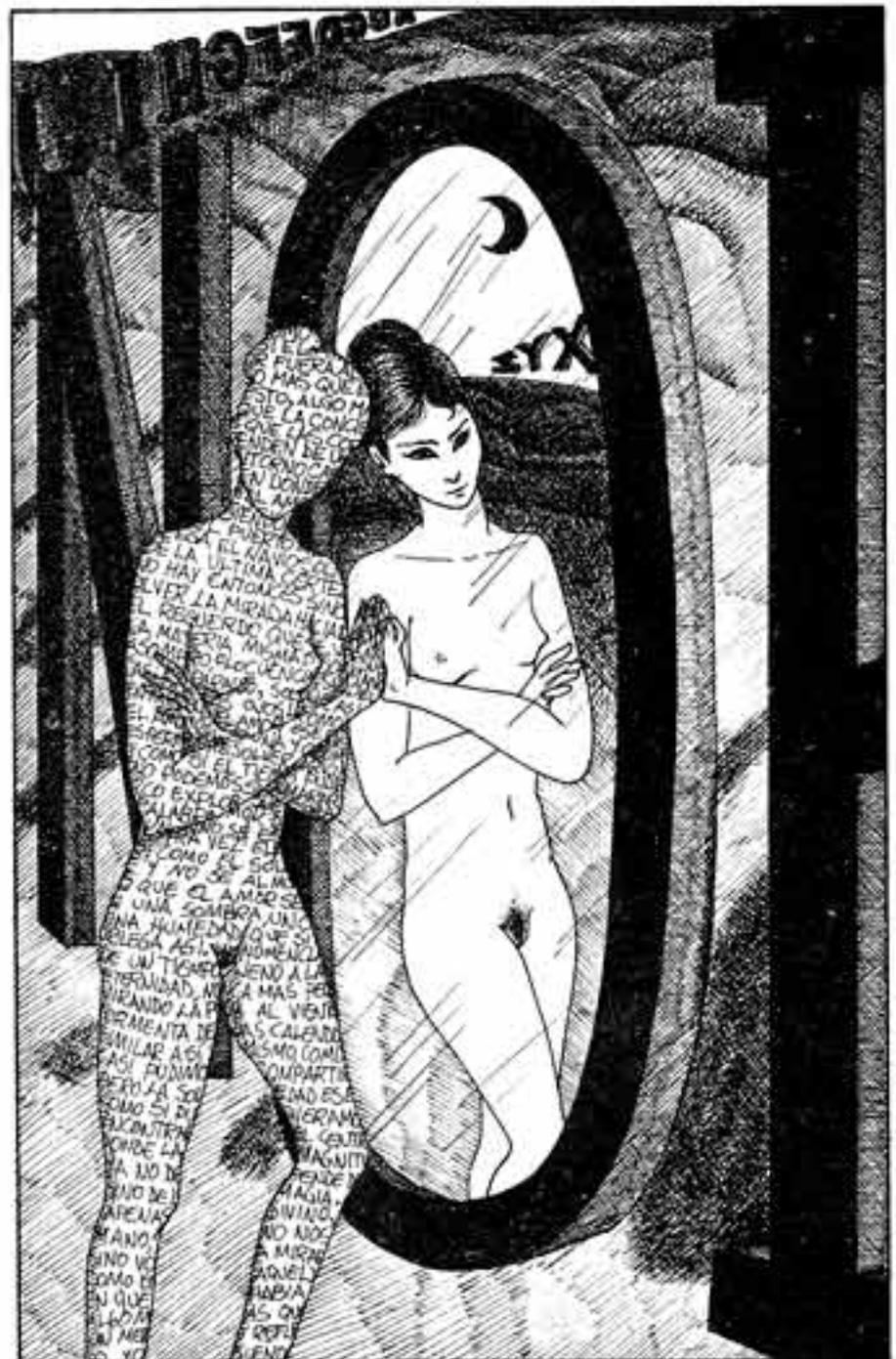
FELIPE: . . . lo que digo es que en Groenlandia no conocen las mandarinas, y cuando llegan los buenos esquimales a tierra tropical además de calcinarse, se asombran de ella, y la prueban, y es aquello un verdadero milagro. Ahora, si un señor allá les dijo que la mandarina es un error, una ilusión "literaria", un mito interesante pero inútil, pues cuando menos prueban el error y se dan cuenta de que es dulce y jugoso y que está ahí después de todo, reventando azúcar. Imagínate el trauma de estarse comiendo una cosa cuya inexistencia les ha sido probada científicamente.

TAMARA: El trauma es tuyo, que aborreces la ciencia porque no tienes ninguna capacidad para ella.

FELIPE: Pónle, pero una cosa no va con la otra. No aborrezco la ciencia sencillamente porque -además de los porteros

del edificio y algunos otros nombres obvios que omito no aborrezco a nadie. "Aborrecer" es otra de esas grandes palabras que nos comemos como la mandarina de los esquimales, con culpabilidad, a medias, dejándonos llevar.

TAMARA: Mira, Korsibsky, ya está bueno. El hecho es que hay una realidad social de la que no podemos sustraernos, hay una lucha por los derechos elementales del hombre que nos exige una postura clara. Oscureciendo las cosas no ayudamos a nadie.



FELIPE: Exacto, exacto. Tú y yo hablamos de lo mismo, pero es como si estuviéramos en un acuario, gritándonos de fosa a fosa.
La única manera de ser claro es oscureciendo todo para que así se pueda reconocer lo que tiene luz propia.

TAMARA hace un gesto de abrumación molesta y se tapa con la manta ocultándose la cara.

TAMARA: Ya. Me pongo en huelga de cara. No me volverás a mirar de frente hasta que aceptes que eres un idealista romántico.

FELIPE (SERIO): Soy un idealista romántico.
TAMARA (SE DESCUBRE Y LO MIRA): Muy bien, ese es el primer paso.

FELIPE: Nombres. Nombres. Nombres. Fíjate, ayer no era nada, apenas un egresado de la Facultad de Filosofía con un empleo oscuro en una editorial. Hoy soy un idealista romántico. A lo mejor mañana soy un hombre.

Es ahora FELIPE el que se oculta con la manta ocultándose y acurrucándose contra el cuerpo de TAMARA por debajo de aquella. La muchacha suspira, y se queda pensativa. Luego, se mete en las mantas y abraza a FELIPE.

TAMARA: A lo mejor. A lo mejor, Felipe.

Oscuro total. Pequeña pausa.

Luz. TAMARA y FELIPE siguen en la cama, desnudos, pero se han cambiado de lado. Se notan muy alegres.

TAMARA (RIE): ¿Viste la cara de Andrea cuando le describí el lugar en que vivimos?

FELIPE: Sí, pero no me vas a decir que a Ricardo se le pasó la oportunidad de pedirte que volvieras con él a la vida civilizada. Se nota que su relación con Andrea anda muy mal.

TAMARA: También Olga está terminando con Mario. ¿No los viste? En toda la noche no se dirigieron la palabra. Esta es tu oportunidad. No la desaproveches.

FELIPE: Lo que pasa es que cuentas los segundos que te separan de tu redención con Ricardo. Ya no lo quieres, pero venderías la cabeza con tal de salir de aquí.

TAMARA: Oyeme, año y medio sopor-tándote en un espacio tan reducido es como para que me dieran el premio Nobel de la Paz.

FELIPE: Pues no eres la única que puede decir eso, Sor Tamara.

TAMARA: Claro que no. También lo puede decir Ricardo. ¿Eres tan ingenuo de pensar en que te he sido fiel todo este tiempo?

FELIPE: Qué bueno que lo dices, porque estaba pensando cómo decirte. Olga va a tener un hijo mío.

TAMARA abre mucho los ojos y acomete a FELIPE haciéndole cosquillas y arañándolo. FELIPE ríe mucho tratando de detener el ataque felino. Se hacen bolas en las cobijas, gritándose insultos cariñosos.

Oscuro total. Pequeña pausa.

Luz. TAMARA y FELIPE siguen en la cama, desnudos. Han cambiado de lado de nuevo. TAMARA está dormida. FELIPE la contempla, serio. Busca los cigarrillos a su lado y enciende uno. Su mano queda cerca de la grabadora, que echa a andar. Se escucha su propia voz mientras él sigue contemplando a TAMARA.

VOZ DE FELIPE: "Tomar conciencia. Esa es la clave. Tú lo dices a cada momento, y yo estoy de acuerdo contigo, Tamara, pero me sucede como en tantas otras ocasiones, en

que estoy de acuerdo con lo que dices pero no en el nivel en que lo dices. La conciencia es tal vez el símbolo de lo que vamos destruyendo en nombre de la conciencia. De verdad te lo digo, Lucía, que amamos a la conciencia y por éso la matamos. Y te voy a decir otra cosa: tengo miedo, porque acabo de descubrir que te amo y que a lo mejor tú también me amas, y que tenemos miedo porque no queremos matarnos, y con el miedo y con el amor ya lo estamos haciendo."

TAMARA se mueve lentamente en el sueño. FELIPE la mira.

Oscuro. Comienza a escucharse una nueva pieza de Piazzola. Pausa.

Luz. El escenario está igual. No vemos a la pareja. La voz de FELIPE llega desde la cocina.

FELIPE (LEYENDO, ANTES DE ENTRAR): "Qué es esto que llamamos amor, Lucía? No es la fuerza de la costumbre que nos hace prever lo que hará el otro y que nos da tanta rabia cuando lo hace. . ."

Entra FELIPE a escena. Viste una bata de baño desgastada y está descalzo. Camina de un lado a otro leyendo en unas hojas mientras da algunos sorbos a una taza de café humeante que acaba de preparar en la cocina. Al leer da tonos diferentes como comprobando la eficacia del texto literario oído en voz alta.

FELIPE: ". . . no es la diaria lucha por aventajar al otro mostrándole a cada paso lo independiente que somos y lo fácil que nos sería rehacer nuestra vida si la relación se terminara. El amor no es ese rutinario mirarnos desnudos añorando las sorpresas de las primeras veces, no es el deseo acariciado de ser muy igual al otro para que las di-

ferencias no duelan tanto. No es. . ."

Se escucha la llave. Entra TAMARA. Viste pantalones de mezclilla, botas, una blusa delgada, sombrero y gabardina. FELIPE deja de leer en el momento en que oye la llave y se queda mirando la puerta.

TAMARA: Qué decadencia, César. Ya ni siquiera te vistes. Está bien que esas escaleras desaniman a cualquiera, pero ¿no piensas salir alguna vez?

FELIPE: Tengo que terminar la obra, querida Desdémona.

TAMARA (QUITÁNDOSE LA GABARDINA): Muy bien dicho, Otelo mártir, con la diferencia de que yo sí te soy infiel. Me acaba de dejar Ricardo en la puerta. Y como sé que tu pudor nunca bien ponderado te evitará hacerme preguntas, te diré que tus predicciones eran correctas. Quiere que vuelva con él.

FELIPE: ¿Y qué le dijiste?

TAMARA (SE LE ACERCA, TOMA LA TAZA Y DA UN TRAGO): Bluff, qué café más infrahumano. ¿Ya ni éso sabes hacer sin mí? (VA A LA COCINA) Voy a hacer más antes de que te acostumbres el paladar al agua sucia. ¿Qué le dije? ¿Qué supones, Sherlock?

FELIPE: Pues teniendo en cuenta que tiene un departamento con un baño en que cabe una cubeta, una sala con *ventanas* y un automóvil con tocantitas, no hay que hacer demasiadas deducciones.

TAMARA: ¿Me consideras tan materialista?

FELIPE: Te encantaría que te considerara materialista, pero lo

- único que tienes es un caso crítico de claustrofobia.
- TAMARA: Ah, ni en mis convicciones ideológicas tienes confianza.
- FELIPE: Claro que tengo confianza en tus convicciones, pero más aún en tu capacidad de evadir una respuesta.
- TAMARA (REGRESA CON UNA TAZA HUMIEANTE): Mejor hablemos de la capacidad de evadir una promesa.
- FELIPE: O en la de contradecirse. Tú misma dijiste que era inútil buscar otro departamento, que los precios hacen imposible una mudanza en este momento.
- TAMARA: La verdad es que dejamos de buscar en cuanto surgió la primera despedida.
- FELIPE: Buenos puntos sobre las íes, querida. ¿Sabes que nos hemos pasado más tiempo despidiéndonos que simplemente viviendo juntos?
- TAMARA: Pues a lo mejor por eso ha durado tanto la relación.
- FELIPE sonrío y va a echarse en la cama.
- FELIPE: Mira, Isis bicorne, yo sé que el misterio es la definición misma de lo femenino, pero haz favor de romper unos cuantos velos y decirme qué carajos le dijiste a Ricardo.
- TAMARA (SONRIE, TOMA LAS HOJAS DE FELIPE Y LEE SUPERFICIALMENTE): Te lo dejo de tarea, querido. Escribe la escena y déjala en suspenso. Así la gente no sabrá si el bicorne eres tú.
- FELIPE: Tamara. . .
- TAMARA: Oye, deveras, se me acaba de ocurrir que siempre estás escribiendo lo que nos pasó, ¿cómo va a terminar si to-
- dos los días nos pasa algo nuevo? Por ejemplo, la última escena que has escrito ¿cuándo nos pasó?
- FELIPE: Hace como dos semanas.
- TAMARA: ¿Ya ves? Nunca vas a alcanzar el presente, aún quitando las repeticiones y los momentos "muertos". En cambio, si te dejo, se acaba la obra y en dos semanas la terminas. Creo que le haría un favor al teatro universal. ¿Cuánto dura hasta ahora la obra?
- FELIPE: Como doscientos años.
- TAMARA: ¿Ya ves? Tu subconcierto está harto de mí. Tu agresión gratuita revela que has ido acumulando tensiones contra mí. Tu esencia machista no soporta que yo pueda dejar de ser tu posesión exclusiva. (PAUSA)
- FELIPE: ¿Sabes qué? Como los ensayos comienzan muy pronto, Emilio me ha preguntado si tengo una idea de los actores.
- TAMARA: ¿Los actores?
- FELIPE: Para los papeles de Ismael y Lucía.
- TAMARA: Oh. No se me había ocurrido que además de la falsedad de los diálogos se tuviera que añadir que otras personas los dirían.
- FELIPE: ¿Sabes en quién he pensado para el personaje de Lucía?
- TAMARA: No. Y supongo que me lo vas a decir inmediatamente, sin jugar ni un poquito con el suspenso.
- FELIPE: Olga.
- TAMARA se queda quieta un momento, azorada. Estalla:

TAMARA: ¿Qué cosa? ¿Olga? (FURIOSA, NO PUEDE ARTICULAR) ¿Esa...? ¿Estás loco? Primero me robas mis ideas y luego se las pones en la boca a esa... tipa que no ha tenido otra idea que coleccionar todos los discos de Ray Coniff. Si tú haces eso, te demando, te castro, te abandono, te mato, fíjate.

FELIPE suelta una carcajada. TAMARA lo mira, furiosa y descontrolada.

Oscuro total. Termina la música. Pequeñísima pausa.

Luz. Ni TAMARA ni FELIPE han cambiado de lugar, pero su actitud es diferente. Es FELIPE ahora el que está furioso.

FELIPE: Si crees que puedes jugar así con mi vida estás loca.

TAMARA: Tú mismo dijiste que era lo mejor. No te echas atrás ahora.

FELIPE: No es la traición a lo melodrama lo que me molesta. Es tu actitud. Has estado jugando todo el tiempo. (SE LEVANTA)

TAMARA: Tú eres el que defendía el juego, ¿no? (SE SIENTA)

FELIPE: Siempre has malinterpretado todo lo que he dicho.

TAMARA: Tu modestia es maravillosa. Yo podría decir lo mismo.

FELIPE: Entonces ¿por qué no te largaste antes?

TAMARA: Porque eres un pusilánime, Felipe, porque me necesitas para tener los pies en la tierra.

FELIPE: ¿Sabes qué? Puedo suicidarme solo, no necesito de tu benemérita labor de beneficencia.

TAMARA: Pues ya lo sé, por eso me voy, mano, nada más te hago daño.

FELIPE (REGRESA A LA CAMA): Pues por mí te hubieras ido antes de tenerme lástima.

TAMARA: Yo no te tengo lástima. Eres tú el que siempre me ha considerado inferior.

FELIPE: Eso, pónme palabras en la boca ahora que te conviene odiarme. ¿Qué más te he considerado? ¿Estúpida? ¿Frígida?

TAMARA: Mira, Felipe, te lo advierto... (FURIOSA, SE LEVANTA)... quiero hablar esto como adulto, pero por lo visto contigo es imposible. (TOMA SU MORRAL, SOMBRERO Y GABARDINA, VA A LA PUERTA) Eres un imbécil.

FELIPE: Gracias por la información.

TAMARA sale dando un portazo. FELIPE queda un momento inmóvil y luego, en un acceso de furia, da un puñetazo a la almohada.

Oscuro total. Se escucha la voz de FELIPE, grabada con eco, lejana:

VOZ DE FELIPE: "...de verdad te lo digo, Tamara, que amamos a la conciencia y por eso la matamos. Y te voy a decir otra cosa; tengo miedo, porque acabo de descubrir que te amo y que tú a lo mejor me amas..."

El volúmen va descendiendo hasta desaparecer.

Luz. FELIPE y TAMARA ocupan los mismos sitios y actitudes del principio del cuadro anterior. Aquél está vestido (pantalón, camisa, botas) y ésta tiene el mismo vestuario. Con la luz arrancan de inmediato lo que parece la misma discusión acalorada.

FELIPE (SENTADO EN LA CAMA)' "Si crees que puedes jugar así con mi vida estás loca."

TAMARA: "Tú mismo dijiste que era lo mejor. No te echas atrás ahora."

FELIPE: "No es la traición a lo melodrama lo que me molesta. Es tu actitud. Has estado jugando todo el tiempo." (SE LEVANTA)

TAMARA: "Tú eres el que defendía el juego, ¿no?" (SE SIENTA)

FELIPE: "Siempre has malinterpretado todo lo que he dicho."

TAMARA: "Tu modestia es maravillosa. Yo podría decir lo mismo, ¿sabes?"

FELIPE: "Entonces ¿por qué no te largaste antes?"

TAMARA (SE LEVANTA): "Porque eres un pusilánime. . ."

FELIPE (CAMBIA LA ACTITUD, SE TRANQUILIZA DE GOLPE): No, Tamara, no te levantes todavía.

TAMARA (SE DESESPERA): Ay, Felipe, no voy a poder nunca, nunca, todo se me olvida, ¿cómo se les ocurrió este disparate?

FELIPE (SE LE ACERCA, LA CALMA): Cálmate, no te bloques, ya sé que no es fácil, pero ya que te emboletaste, lo mejor es. . .

TAMARA: Soy una idiota en haber aceptado esta. . .

FELIPE (LA ANIMA): Ya, ya. A ver, otra vez, en caliente.

TAMARA (VUELVE A SENTARSE SUSPIRANDO): Dame el pie.

FELIPE (VUELVE A ACTUAR): "Entonces ¿por qué no te largaste?"

TAMARA: "Porque eres un pusilánime, Ismael, porque me necesitas. . ." (VUELVE A INTERRUMPIRSE) Ay, Felipe, cámbiale el nombre, por favor, no puedo decirlo, me da risa, me boto de inmediato.

FELIPE (SUSPIRA): ¿Por qué?

TAMARA: "Ismael" no checa, no va con nada. . . (LO MIRA). . . mira, no creas que me estoy haciendo la importante, la verdad es que ya que tú escribiste la obra y la vas a dirigir, puedes cambiarle el nombre al personaje, nada pasará.

FELIPE: Mira, lo que pasa es que yo ahora estoy haciendo el personaje, y te cuesta trabajo llamarme de otra manera, pero cuando sepamos quién va a hacer el papel de Ismael, ya no te costará tanto.

TAMARA (SE CUBRE LA CARA CON LAS MANOS): ¿Me quieres decir a qué hora surgió este horror? ¿Cómo me vi metida en esto?

FELIPE (LA TRANQUILIZA): Mira, el padre de Ignacio sabe mucho de esto, y dice que si yo dirijo y tú actúas habrá una mayor legitimidad en la escena. Yo le creo, lo que necesitas es aclararte la cabeza, querida Sarah Bernhardt. Aver, ¿por qué no puedes decir "Ismael"?

TAMARA: No, si decirlo puedo, pero como que lo hace todo tan irreal, tan fantasmal. . .

FELIPE: Pues de eso se trata, Tamara, si no, hubiera usado nuestros nombres. Tenemos que alejarnos para acercarnos, ya lo sabías.

TAMARA: Pero es nuestra vida, Felipe, yo no soy actriz y si no digo "Felipe" me parece que estoy perdida en un túnel oscuro y frío. (SE FROTA LA FRENTE, LLOROSA, ATERRADA)

FELIPE: Bueno, si ese es el problema a partir de ahora los personajes se llamarán Felipe y Tamara, ¿de acuerdo?

TAMARA: Pero no nada más en los ensayos, ¿eh?

FELIPE: No, no nada más en los ensayos. Definitivamente. ¿Contenta?

TAMARA: Qué voy a estar contenta, me va a dar un ataque en el estreno. Eso va a ayudar, pero de todas maneras voy a hacer el ridículo.

FELIPE: De eso se trata. Este es un caso excepcional, escribí la obra sobre nosotros, ahora la voy a dirigir sin saber nada de teatro y tú la vas a actuar sin saber nada de actuación. Es un experimento, de los que tanto te gustan. Podemos aprender mucho. (LA MIRA DESESPERADA Y SONRIE) Pero si de verdad no crees poder, todavía es tiempo de hablarle a Olga.

TAMARA (AUTOMATICAMENTE SE DESTAPA, ACOMODA Y DISPONE A SEGUIR): ¿Cuál era mi pie? (FELIPE LA MIRA SONRIENDO) Dame mi pie, qué esperas.

FELIPE (SONRIENDO): "Entonces ¿por qué no te largaste antes?"

TAMARA (CIERRA LOS OJOS PARA ACORDARSE MEJOR DEL DIÁLOGO): "Porque eres un pusilánime, Felipe. . ." (DEJA DE ACTUAR, LO MIRA Y SONRIE) ¿Ya ves como todo cambia? (FELIPE LA MIRA AMENAZADORAMENTE) No, ya voy, ya voy, Atila el huno, ya voy. (SIGUE ACTUANDO) ". . . porque me necesitas para tener los pies en la tierra."

FELIPE va a contestar, pero parece haber olvidado la línea. Va a la mesa y toma unas hojas. Sigue leyendo en el libreto para reforzar la memoria.

FELIPE: "¿Sabes qué? Puedo suicidarme solo, no necesito de tu benemérita labor de beneficencia."

TAMARA: "Pues ya lo sé. . ." (OLVIDA LA CONTINUACION) ". . . pues ya lo sé. . ." (TRATA DE RECORDAR CERRANDO LOS OJOS AL TIEMPO QUE TRUENA LOS DEDOS COMO SI ESTUVIERA A PUNTO DE HACERLO) ". . . pues ya lo sé. . ."

FELIPE (LE DA EL PIE): ". . . por eso me voy. . ."

TAMARA: Ah, sí. . . (CONTINUA) ". . . por eso me voy, mano, nada más te haqo daño."

FELIPE (INTERRUMPE): Mira, ya te dije. Nada más acuérdate de lo que sentías en el momento aquél en que lo dijiste por primera vez. No quieras *actuar*, el sentimiento te lo dará todo. Acuérdate no de la forma sino del contenido. ¿Qué sentías en ese momento?

TAMARA: Ganas de estrangularte.

FELIPE: Muy bien, siéntelas.

TAMARA: No, si te juro que *las estoy sintiendo*.



- FELIPE: Bien. Utilízalas. Vamos otra vez. (ACTUA) "...no necesito de tu benemérita labor de beneficencia."
- TAMARA (SE DEJA LLEVAR POR LA FURIA): "Pues ya lo sé, por eso me voy, mano, nada más te ha-
go daño."
- FELIPE (DEJA DE ACTUAR): Muy bien. Eso estaría perfecto si *nada más* hubieras estado furiosa, si hubieras experimentado únicamente furia. Sólo que acuérdate de que a la vez que estabas furiosa, te estabas obligando a mantener el control de ti misma. ¿No es cierto? (TAMARA ASIENTE) Eso te llevaba a una cierta tensión. A ver, vamos a intentarlo. Así dilo, tensa pero calmada.
- TAMARA (SE DESESPERA DE NUEVO): "Tensa pero calmada". Pero qué crees que soy, ¿una computadora? ¿cómo voy a estar "tensa pero calmada"?
- FELIPE: Acabas de aceptar que así te sentías. Y eso es en el improbable caso de que tu estado de ánimo hubiera tenido solamente dos polos.
- TAMARA: Ah, además de furia, calma y tensión yo tenía más polos. ¿Me quiere decir cuáles, profesor?
- FELIPE (SONRIE): Solamente acuérdate. En ese momento también pensabas en lo que harías ahora que te ibas de la casa, tenías miedo ante lo desconocido, a pesar de todo te dolía romper con una forma de vida que te daba seguridad; me querías demostrar que yo no te hacía ninguna falta y al mismo tiempo era lo contrario, me querías, y te sentías culpable por quererme, te daba rabia descubrirte de alguna manera dependiente y te castigabas por esa debi-
lidad, y eras débil y al mismo tiempo sacabas fuerza de tu debilidad. . . (TAMARA LO ESCUCHA BOQUIABIERTA)
- TAMARA (INTERRUMPE): Párale, párale. . . yo no sentía *todo eso* al mismo tiempo.
- FELIPE: Yo siempre he creído que en cuestión visceral la memoria es como una película fotográfica de muy baja sensibilidad. Se requieren grandes fogonazos para que *grabe*. Tú recuerdas la furia, una emoción pura, fuerte, devastadora, baja, y a la vez te acuerdas de tu esfuerzo por mantener el control, o sea un intento *racional*. Del choque brotaba una tensión. Muy bien, esas son las ramas principales, pero eran el resultado de miles de sentimientos, pensamientos, emociones, toda una red compleja que se daba entera en una sola de sus partes.
- TAMARA (PIENSA): Tal vez. . . (LO MIRA) . . .*sólo tal vez*. . . tienes razón. Me acuerdo ahora que en ese momento descubrí que era dependiente, y que tenía que aprovechar la pelea para dejar de serlo. Y también pensaba que también tú dependías mucho de mí, y me preguntaba qué harías y me contestaba que seguramente correrías a buscar alguien más de quién depender. . . y me daba coraje pensar que tal vez yo haría lo mismo, y me prometía no inmiscuirme con nadie más si era nada más por eso. . . y entonces me sentía sola, y me preguntaba cómo le haría para averiguar si iba a otra relación por una emoción verdadera o simplemente por no estar sola. . . (SONRIE DE SU ENUMERACION QUE LE VA

REVELANDO ASPECTOS DESCONOCIDOS) . . . y me decía que era mejor arreglar las cosas entre tú y yo, aquello de "más vale malo por conocido" . . . y de inmediato me decía "ah, pero si pienso así es que ya no hay amor y entonces es mejor terminar ahora antes de que sea peor" . . . (FELIPE VA A HABLAR PERO TAMARA LO DETIENE, ENTUSIASMADA POR SUS DESCUBRIMIENTOS) . . . no, espérate, y luego luego me preguntaba "pero ¿hubo amor alguna vez?" y me daba más coraje de haber vivido todo ese tiempo creyendo en cosas que no existían, haber creído en tus promesas falsas, a pesar de todo haberme quedado en ese cuchitril inmundo porque por un lado lo odiaba y por otro lo amaba, pero eso no te lo iba a decir nunca porque eso hubiera sido someterme, y . . . (CALLA, ASOMBRA) . . . es increíble. . .

FELIPE: Doloroso, pero increíble.

TAMARA: ¿Cuánto crees que haya durado ese momento? En tiempo real.

FELIPE: "En tiempo real", unos . . . cuatro o cinco minutos. Pero la parte más importante, de que empezamos a gritar a que saliste dando un portazo, no puede haber pasado de un minuto, minuto y medio.

TAMARA: ¿Todo eso en minuto y medio? ¿Te das cuenta de lo que uno hace todos los días y ni cuenta se da?

FELIPE: Y ni siquiera hemos analizado a fondo ese momento. Si tomáramos cada cabo y lo siguiéramos. . .

TAMARA: . . . la red comprendería toda nuestra vida. . .

FELIPE: Eso si estuviéramos tú y yo aislados en un asteroide, querida. La red comprendería todas las personas que conocemos, las que no conocemos y la raza misma, toda la historia de la humanidad y tal vez aún antes, entre polipéptidos y organismos unicelulares.

TAMARA: Y una que otra galaxia. . .

FELIPE: Exacto. Pero como tenemos que ceñirnos a ese minuto y medio, aunque esté ahí la eternidad, simplemente nos recordamos enfurecidos y calmados. ¿No es insultante?

TAMARA: Pues mira, Max Reinhardt, si no quiero volverme loca, es mejor que nada más me ponga "tensa pero calmada", y si acaso aderezo la ensalada con unos poquitos de sentimientos secundarios, ¿sí?

FELIPE: Tú encuentra tu sistema, pero date cuenta de que el minuto y medio representado se queda atrás, mil veces atrás, de que no lo podemos alcanzar a pesar de todas las necesidades "realistas".

TAMARA (ENSIMISMADA): Sí. . . (PIENSA) Oye. . . toda esa complejidad ¿no será porque elegimos un momento climático? ¿una discusión acalorada? ¿qué pasa si tomamos un momento más. . . tranquilo, digamos, cuando leemos el periódico o cuando tomamos un baño?

FELIPE: Se puede restar la emoción desatada, se puede abrir el tejido de la red, pero ahí estará todo el conjunto, adormilado, si quieres, pero ahí está.

- TAMARA: El conjunto no está adormido. . . somos nosotros los dormidos. . . (LO MIRA FIJAMENTE) ¿es eso, verdad? La visión del conjunto se nos abre en momentos puramente emocionales. . . ¿te imaginas si fuera un acto de la voluntad, un acto consciente? Un hombre así más que hacer la revolución, *sería la revolución*. (SONRIE LUMINOSAMENTE) ¿Es eso o ya me contaminaste tu subjetividad incurable?
- FELIPE: Te lo dejo de tarea, hija de Kant. Tú tienes que curarte de mi *subjetividad*, y yo de tu *objetividad*, si queremos llegar a algún lado.
- TAMARA (SE FROTA LA FRENTE Y HACE UN GRUÑIDO MIENTRAS SE ESTIRA PARA RECUPERAR LA ACTIVIDAD): No vamos a llegar a ningún lado si seguimos perdiendo el tiempo. El estreno se viene encima. (SONRIE) ¿Te imaginas si analizáramos este mismo momento? ¿por qué no escribes una escena del ensayo de una escena? Quién sabe qué descubriríamos.
- FELIPE (RIE): Sí, diez minutos en que se analiza minuto y medio, un mes en que se analizan esos diez minutos, un año para estudiar ese mes. La obra duraría más que nosotros, querida contaminadora.
- TAMARA (SIN DARLE TEMPO A SEGUIR, SIGUE ACTUANDO): "por eso me voy, mano, nada más te hago daño."
- FELIPE se queda descontrolado por el súbito cambio de TAMARA, boquiabierto.
- TAMARA suelta una carcajada.
- TAMARA: ¿Ya ves? Deberías estar siempre esperando lo inesperado. ¿No era eso lo que tanto decías?
- FELIPE: Mea culpa. Jaque y las blancas abandonan. Tú ya estás descubriendo cosas y lo único que se te ocurre es usarlas en contra de tu humilde encaminador.
- TAMARA: Sí, ya veo. Pues seguiré encaminando a mi encaminador, que sin mí no se atreve a salir ni a la esquina.
- FELIPE (ACTUA DE PRONTO): "Pues por mí te hubieras ido antes de tenerme lástima."
- Es ahora TAMARA quien se descontrola. FELIPE ríe. TAMARA se da cuenta y le da un codazo. Juegan simulando golpearse.
- TAMARA: Golpista bajo, gusano barrenador, molusco barato . . .
- FELIPE: Rábano hervido, telaraña, cara de periódico mojado. . .
- TAMARA (SE DESHACE DEL JUEGO Y ACTUA DE INMEDIATO): ". . . por eso me voy, mano, nada más te hago daño."
- FELIPE: "Pues por mí te hubieras ido antes de tenerme lástima."
- TAMARA: "Yo no te tengo lástima". (SE INTERRUMPE, PENSANDO) Supongo que aquí yo te estaba teniendo lástima, ¿verdad?
- FELIPE: Nada más acuérdate.
- TAMARA: Es que es casi imposible tomar conciencia de todo lo que es uno cuando simplemente *vive*. Es increíble lo poco concientes que somos cuando nos creemos más concientes.
- FELIPE: Así es, madame Blavatsky. A ver, sígale, no se distraiga. Va muy bien.
- TAMARA: Gracias, maestro. (CONTINUA) "Yo no te tengo lástima. Eres tú el que siempre me ha considerado inferior."

(VUELVE A INTERRUM-
PIRSE) Fíjate nada más la
tontería que dije pensando
que me ponía sincera. Ya
no me está disgustando tan-
to esta pesadilla.

FELIPE: A mí tampoco. Imagínate
poder tomar un solo segun-
do de nuestra vida y exami-
narlo con todas las luces. Y
veremos que ahí está todo,
pasado, futuro, error, acier-
to, esperanza, indiferencia,
lujuria, genio, estupidez, to-
do.

TAMARA: Bueno, ya Schopenhauer, lo
que yo digo es que si no
fuera por esto yo jamás ha-
bría reflexionado en todo lo
que yo era en aquel mo-
mento. Porque he cambia-
do, ¿eh? Hoy ya no diría
todas esas tonterías que dije.
(FELIPE SONRIE DUDAN-
DO; TAMARA LE HACE
UN GESTO AMENAZA-
DOR) Quién sabe todo lo
que soy y no me doy cuen-
ta, todo lo que hago en un
solo momento y de lo que
tengo apenas un poquito de
conciencia. Voy a aprender
a observarme. (APLAUDE,
ENTUSIASMADA) Bueno,
ya basta de crítica de la ra-
zón pura. Adelante.

Oscuro total. Vuelve a escucharse la música de Pia-
zola. Pausa.

Luz. TAMARA y FELIPE ocupan otras zonas del
escenario. TAMARA se corta las uñas de los pies
sentada en el colchón, y FELIPE corrige algunas
hojas.

FELIPE: El revolucionario que hoy
piensa A y mañana A de
nuevo, anda de todas mane-
ras en la mediatinta.

TAMARA: Esa es la única manera de
llegar a la tinta completa,
Van Gogh.

FELIPE (SONRIE, DEJA DE CORREGIR): Sí,
Leonora, pero lo que quiero
decir es que sigue en A por-

que todo lo juzga a partir de
A. Aquí la variable es el ma-
nejo de las variables. Hoy
creo en A. Mañana puedo
creer en "No-A", o en B, y
soy —o debo ser— capaz de
mantener todas las opciones
abiertas y a la vista, mirar
con ojos de A y B y Z, no
desperdiciar energía en en-
contrarles los choques, sino
las correlaciones. Eso es lo
que se debe ver: todas las
relaciones posibles entre A,
B, Z, H, W, No-W, A + B
sin Z, G - E + No-A. Hay
que pensar por cintas graba-
das, como ese cassette que
pones cuando el ánimo se
beneficia con la música, o
que quitas cuando necesitas
silencio. Pensar por ubicui-
dades. Aristóteles abolió la
ubicuidad.

TAMARA: No seas ingenuo, carajo.

FELIPE: ¡Hay que ser ingenuo! Es la
única manera de no dar na-
da por sentado. Sólo una re-
visión total, TOTAL, puede
salvar al mundo.

TAMARA (SE TAPA LA CARA): Ahí vamos de
nuevo.

Oscuro total. Sigue la música. Pausa.

Luz. Metidos en la cama, desnudos, TAMARA y
FELIPE, en la misma actitud y con los mismos to-
nos en que así lo han hecho, discuten.

FELIPE: Mira, vamos a llamarle A al
imperialismo y B al socia-
lismo. En A no hay que en-
frentarle B, maestra, hay que
enfrentarle *infinito menos*
A, o sea la imaginación, ca-
rajo. Eso debe ser el socialis-
mo.

TAMARA: Mira, un sistema tiene con-
tradicciones internas. Un so-
cialismo realista mira las su-
yas como lo perfectible, co-
mo lo erradicable a corto
plazo.

FELIPE: Ey, ya veo. Usar el jarabe que te curó la tos para afinarte las cuerdas vocales y aprender a cantar un aria de Sigfrido. Es evidente que el capitalismo se está viniendo abajo por el peso de sus contradicciones, eso es indudable, pero es que esas contradicciones están enfermas, y de verdad que es un mal contagioso. Ese es el verdadero peligro a largo plazo —si hay largo plazo—, y estoy absolutamente de acuerdo en que se señale y combata con fuego, pero eso no invalida que exista una sanidad fuera de esos marcos de referencia, o sea, *contradicciones sanas*. Lo que decía Nietzsche, ante todo debo salvaguardar mi derecho a contradecirme todos los días.

TAMARA: Sí, cómo no. Estás manipulando de nuevo.

FELIPE: La contradicción es el grito vital por excelencia.

TAMARA lanza un grito de desesperación prolongado y ronco.

Oscuro total. Sigue la música. Pausa.

Luz. No hay nadie en escena. La voz de FELIPE llega desde la cocina y la de TAMARA desde el baño.

TAMARA: Esas son puras trampas, maestro. La fuerza del imperialismo está en que se cuela en el menor vacío de información —y se te notan a pasto, ¿eh?—. Si funciona es porque sus intereses te son planteados como *tus* intereses. El enemigo no se puede vencer si no combatimos en nosotros mismos la parte que tenemos de él.

FELIPE (SALE DE LA COCINA MORDISQUEANDO UN PAN; LLEVA LA BATA DE BAÑO): Sí, conozco éso, el

“reaccionario que todos llevamos dentro”. Pero ¿es que no te das cuenta? Al combatirlo somos re-reaccionarios, no socialistas y mucho menos marxistas.

TAMARA (SALE DEL BAÑO VESTIDA CON LA CAMISA LARGA DE FELIPE, SECANDOSE EL CABELLO CON UNA TOALLA, MUY ENOJADA): Al carajo ya, maestro. No hay peor miopía que la del que cierra los ojos.

FELIPE: Sí, los cerrará, pero para hacer la primera revolución necesaria antes de las demás: la del individuo que trasciende la mediocridad. La revolución espiritual, esa es la meta.

TAMARA: Toda revolución es espiritual. Y además la revolución no la hacen los individuos.

FELIPE: Claro que sí. La diferencia entre una masa y una conjunción de individuos está en que la masa, mientras más grande, es más predecible. La sociedad es un espectro, no existe. Se ha perdido toda noción de frontera, de acuerdo, pero no porque se hayan aniquilado las fronteras, sino porque entre tanta definición no se sabe dónde quedó. No hay sociedad pero sí hay raza. No es que sea importante que haya fronteras, sino que lo malo es que de todas maneras se buscan. Lo que pasa es que el socialismo no pide una nueva clase de individuo, sino una nueva forma de sociedad, eso es lo que no acaba de quedar claro, y debería.

Mientras tanto, TAMARA ha ido de un lado a otro reuniendo su ropa y vistiéndose. FELIPE sigue comiendo.

TAMARA:

Por supuesto que pide otra forma de sociedad, ¿y eso qué?

FELIPE:

Mira, lo que realmente es el problema no es la decadencia del capitalismo, sino *la del individuo*. El capitalismo es un síntoma que se quiere combatir como la alopatía, eliminando el síntoma y dejando intacto el mal profundo. Está muy bien aniquilar toda forma de dominio, de martirio social, pero una vez conseguido hay que seguirse hacia el hombre.

FELIPE:

revolución le da. El alimento es su filosofía, su capacidad de *hacer* absolutamente rescatada.

TAMARA:

Sí, pero de hacer estructuras exactamente iguales a las que se acaban de derrumbar. ¿Dónde dejas la capacidad de asombro?

TAMARA:

Primero una cosa y luego otra. Lo que dices es muy vago, no tiene bases firmes. (HA TERMINADO DE VESTIRSE Y ENCIENDE UN CIGARRILLO SENTADA EN EL COLCHON)

Es el ingrediente básico de todo verdadero revolucionario.

Se muere por la lucha, por la causa, por el pueblo se da la sangre, si en eso hay contradicciones es un error pedirle una base. No este tipo de bases logísticas. Tú pídeselas si quieres, yo no las necesito, las siento en la sangre, en la piel. (SE LEVANTA, ARREGLA SU MORRAL)

FELIPE:

Pues eso mismo debería ser la principal causa de confianza en lo que digo.

FELIPE:

Y eso está perfecto, Tamara, de acuerdísimo, no digo otra cosa, yo mismo soy incapaz aún de solucionar las terribles contradicciones que llevo dentro. Lo que pasa es que no acabamos nunca de salir de las casillas, no nos decidimos a caer de la sartén al fuego, de una vez

TAMARA:

No seas idiota, mano. Sabes perfectamente cuáles son las premisas del Partido. Los logros evidentes de la lucha armada se alimentan de la libertad del individuo que la



por todas. Yo no culpo a nadie, yo soy el primero que debe hacerlo para poder pedirlo a los demás —si sobrevivo para hacerlo—. Yo sé que no entenderé realmente la revolución hasta que no lo logre. Así de simple.

TAMARA (YENDO A LA PUERTA): Para eso no hay que ser revolucionario sino Zaratustra. No te queda más término que "hijo de la revoilusión".

TAMARA sale dando un portazo. FELIPE se queda sentado en la cama, y lentamente comienza a vestirse, con actitud ensimismada. Toma conciencia de la música, se acerca al aparato y lo apaga. Termina de vestirse, enciende un cigarrillo. Vuelve a accionar la grabadora. Esta vez se escucha su voz:

VOZ DE FELIPE: "Yo me pregunto a veces si sólo donde termina la ilusión comienza la esperanza."

FELIPE se queda quieto. Oscuro total. Silencio. Pausa.

Luz. En el colchón, FELIPE lee, recargando la espalda en las almohadas. TAMARA habla desde la cocina.

TAMARA: "Lo que pasa es que le tienes demasiado miedo a las palabras."

FELIPE quita la mirada del libro, inexpresivo, y su mirada vaga por los rincones del cuarto. Enciende un cigarrillo. Cierra el libro luego de ponerle una marca en la página que leía. Se recarga aún más cómodamente.

FELIPE (SUSPIRA): "Lo que pasa es que ya estoy muy 'ciscado', vieja. Me he pasado media vida hablando y la otra recriminándome no haber sabido escuchar. Lo que me molesta es que en el fondo sigo siendo el mismo."

TAMARA entra por la puerta de la cocina. Viste como en la escena anterior. Simula batir un huevo en una taza.

TAMARA: "Eso es falta de definición, pura y llanamente."

FELIPE: "Sí, claro, y esa es la clave. Estoy convencido de que el lenguaje comenzó a ser el principal obstáculo para la comunicación en el momento en que quiso comenzar a definir."

Se quedan mirando. De pronto, sueltan la carcajada.

FELIPE: Suena horrible, ¿verdad?
TAMARA: Espantoso, realmente. Nadie te va a creer una palabra. Eres un mal escritor, un mal director y un mal actor.

FELIPE: Pero me quieres.

TAMARA: Eso está por verse, Leonardo. Esto va a ser un horror. (SE ACERCA A LA CAMA, SE SIENTA JUNTO A FELIPE) ¿No crees que sería bueno cancelarlo todo? ¿cómo vas a actuar encima de todo?

FELIPE: ¿Tan mal me ves?

TAMARA: Interpreta mi silencio. —Si puedes—.

FELIPE: Por mí hubiera entregado la obra y que se las arreglaran como hubieran podido.

TAMARA: No es cierto. No hubieras salido de los ensayos haciendo miles de sugerencias y comiéndote las uñas. (SUSPIRA) Y yo que pensaba que tendría un actor más... estimulante, digamos. Es increíble que no hayas encontrado a alguien digno de interpretar tu egregio personaje.

FELIPE: Mira, no soy todo lo inocente que quisiera. Tú viste las pruebas. Cualquiera de los postulantes al papel lo hubiera hecho muy bien.

TAMARA: ¿Y entonces?

FELIPE: Precisamente. *Muy bien*. Demasiado bien, tanto que hubiera sido uno de esos casos en que el papel es demasia-

do chico para el actor. La obra se hubiera venido abajo. Tú hubieras terminado "actuando" todo menos a Tamara. Por más insólito que te parezca, el único que hubiera podido con el papel era yo, no por difícil sino por lo contrario. Yo tengo la ventaja de que lo he ensayado 26 años, o sea que lo desconozco por completo. Ningún análisis de personaje podrá echarme más a perder que hacer yo mi propio personaje. No hay salvación. *No debe haber salvación*, ¿entiendes? Hay que quemar las naves, no salvarlas gracias a la *técnica* de un actor.

TAMARA: No, si éso está muy bien si alguien te perdona el autohomenaje.

FELIPE: Pero es todo lo contrario, Tamara. En realidad nadie tiene que saber que yo soy Felipe, que estamos convirtiendo nuestra vida en "obra", que nos estamos desnudando tanto.

TAMARA: Mira, ya no me expliques o me va a dar más miedo. Mejor es que ignore tus diabólicos propósitos. (SUSPIRA) La verdad es que vamos a terminar odiándonos, nadie puede vivir tantas veces su propia vida, ni siquiera un trozo de vida lleno de errores, de debilidades, de contradicciones.

FELIPE: Y también de hallazgos, de fortalezas desconocidas, de luces. A lo mejor lo que pasa es que descubrimos que la obra se suspende en un equilibrio tan delicado, que vamos a acabar acumulando máscaras en lugar de quitárnoslas.

TAMARA: Tampoco, ¿eh? Mira que me va a costar tanto trabajo desnudarme en escena que

FELIPE (RIE):

TAMARA:

FELIPE:

TAMARA (SONRIE): Gracias, venerable maestro, me ilumina la luz de su sonrisa.

FELIPE:

TAMARA:

FELIPE:

TAMARA:

FELIPE:

toda máscara se va a hacer transparente.

Sí. . . va a ser interesante. A lo mejor apenas viviendo muchas veces un solo momento se acerca uno a lo que debería ser vivir *totalmente*, plenamente, hasta el fondo.

La ventaja es que si descubrimos por fin algo en ese momento, podemos ir introduciendo variables en cada representación, o sea no congelar ese momento sino dejarlo que *se siga viviendo* solito, ya independiente de nosotros mismos.

Excelente pensamiento, querida mía, me sorprendes agradablemente.

Si de todas maneras acabamos odiándonos, eso significará que no basta la repetición para entender un sólo momento.

Por eso te digo, a fuerza de repetirlo, nos vamos a dar cuenta de qué es lo que se gasta más rápido y qué es lo que resiste la prueba. Ahí nos vamos a hacer conscientes del "núcleo" quitándole capa por capa a la cebolla.

Sí. . . la conciencia, a final de cuentas. Hay que ir por los juegos de espejos con conciencia siempre renovada, hasta el día en que ya no sean necesarios los espejos.

Ay, no, qué vamos a hacer sin espejos. No, lo que va a pasar -en el mejor de los casos-, es que nos alcancemos a nosotros mismos.

Pues. . . va a estar difícil. Si para llegar a un momento hay que repetirlo, se crean

- nuevos momentos que también hay que repetir, y de éstos otros, y otros.
- TAMARA: ¿Quién te dice que no es al revés? Que los momentos vayan siendo cada vez más cortos hasta que uno se alcance en el momento de estar siendo y todo sea uno, el momento vivido, la conciencia total, todas las repercusiones, pasado y futuro. (HA DICHO ESTO CON EUFORIA CRECIENTE Y DE GOLPE OCULTA LA CARA EN EL PECHO DE FELIPE) Ay, Felipe, en qué nos hemos metido. Vamos a terminar locos y la gente ni cuenta se va a dar. . .
- FELIPE (RIE): Algo tiene que salir de todo esto, una transparencia. Si quisiéramos ser fieles al experimento, por ejemplo, tendríamos que meter en la obra la vivencia de estar haciendo la obra y de seguir *viviendo*, y haciendo cosas. . .
- TAMARA (SE LEVANTA, NERVIOSA): . . .y discutiendo interminablemente. . .
- FELIPE: . . .y haciendo el amor en los sitios más reducidos. (SE LEVANTA) Por cierto, ¿ya viste los camerinos? (LA ABRAZA)
- TAMARA (RIE): A lo mejor ahora sí te abandono, la noche de la primera rechifla.
- FELIPE: No nada más tú tienes ese privilegio.
- TAMARA (SONRIE): ¿El de la rechifla?
- FELIPE (LE DA UN "TOPE" CARIÑOSO): Como hay tantas escenas de ruptura, si llega a producirse en escena una nueva ruptura, no se notará. Igual que si te estrangulo en plena representación.
- TAMARA: Mira nada más qué prepotencia. Te voy a denunciar en escena, ¿eh? Te voy a hacer el símbolo del machismo dominante.
- FELIPE: Con lo cual nada más denunciarás el feminismo dominante.
- TAMARA (SE SEPARA): Contigo siempre me acuerdo de lo que decía un tío mío: "lo malo de las luchas ideológicas es que invariablemente los tontos están, no importa en qué bando, *en nuestro bando*."
- FELIPE (SONRIE Y HACE UNA REVERENCIA): Gracias, favor que me hace su majestad la Real Academia.
- TAMARA sonríe y da unos pasos mirando el lugar.
- TAMARA: De tantos lugares reducidos mi espíritu se va a hacer la maqueta de sí mismo.
- FELIPE (MIRA EL CUARTO): ¿No te gusta? A mí me encanta. Nos refleja tan bien.
- TAMARA: Sí, achatados, oprimidos. No era necesario que reprodujeras nuestro departamento tan al pie de la letra.
- FELIPE: Si lo hemos hecho con nosotros también con el espacio en que nos movemos.
- TAMARA: Sí, pero yo tengo mis dudas. Se me hace que nada más estás postulando un espacio estático, anquilosado, "discreto", como dice el título, haciéndole el juego a un sistema reaccionario que comprime al individuo y lo aleja de la actitud crítica de la realidad. (FELIPE VA A HABLAR, PERO TAMARA LO DETIENE CON UN GESTO) No, espérate, detén el sermón. Tengo otra sospecha; la de que a pesar de todo nos estamos quedando cortos, de que ni así vamos a poder alcanzar la clave de todo esto.

FELIPE: Mira, soberana reina cuestionadora, por eso el teatro, un lugar sagrado. Sólo en los sitios sagrados se puede mirar bien, *detrás de todas las apariencias*. Echale un ojo al título. "Discreto" en matemática no es usado como algo que no llama la atención, o como algo moderado, timorato. Lo usan como espacio discontinuo, que presenta separación, así como se remarca un espacio sagrado de otros que no lo son, que no lo son *todavía*, que no se han ganado el territorio sagrado.

TAMARA: Discreto comentario. La obra no está en un tratado de matemáticas. Esa palabra se va a entender como timidez. . .

FELIPE: . . .correcto. . .

TAMARA: . . .como prudencia. . .

FELIPE: . . .perfecto. . .

TAMARA (SE ENOJA): . . .se va a entender "a discreción", sin condiciones.

FELIPE: Maravilloso. (TAMARA SE DESESPERA) Mira, no te enojés. Discreción significa también *exactitud para guardar los secretos*. —Y a lo mejor para descubrirlos, o sea *silencio*—.

TAMARA permanece silenciosa, mirando el lugar, nerviosa.

TAMARA: Creo que necesito un trago. Lástima que esta cocina no esté tan bien equipada como la nuestra.

FELIPE: Pues sí lo está, querida diónisíaca. Ahora verás.

FELIPE va a la cocina. Mientras tanto, TAMARA saca una cajetilla y enciende un cigarro. Mira la grabadora a un lado, sonrío y la pone en marcha. Se escucha la primera pieza que escuchamos de Piazzola.

TAMARA: ¿De verdad vamos a seguir con esto?

FELIPE (DESDE LA COCINA, CITANDO): "Hay que atravesar la vida, rojo o azul, desnudo del todo, con una música de pecador sutil, dispuesto hasta el límite para la fiesta." El paradisíaco Francis P.

TAMARA lo mira desalentada. FELIPE regresa con una botella de vino y dos copas.

FELIPE: Puedes considerar desde ahora que esta es nuestra casa.

TAMARA: A lo mejor *ésta* es más verdadera.

FELIPE: Eso merece un brindis. (SIRVE EN LAS COPAS, LE ENTREGA UNA A TAMARA) Por los espacios discretos.

TAMARA (SE LE QUEDA MIRANDO): Y ya que en un espacio discreto todo conjunto está abierto porque está cerrado. . .

FELIPE (SONRIE ENTUSIASMADO): Exacto. Un espacio es discreto porque *es capaz de todas las indiscreciones*.

Se quedan mirando y sonrían. FELIPE va a beber, pero TAMARA lo detiene.

TAMARA: No, espérate. Tengo un brindis mejor.

FELIPE: Ya me lo imagino.

TAMARA: No, no te lo imaginas. Nunca creas que soy previsible. Nunca creas que *nadie* es previsible. (LEVANTA SU COPA Y SONRIE LUMINOSAMENTE) Por el paraíso.

FELIPE sonrío, hace chocar su copa con la de TAMARA.

FELIPE: Por el paraíso.

Beben, mirándose fijamente. Oscuro total.

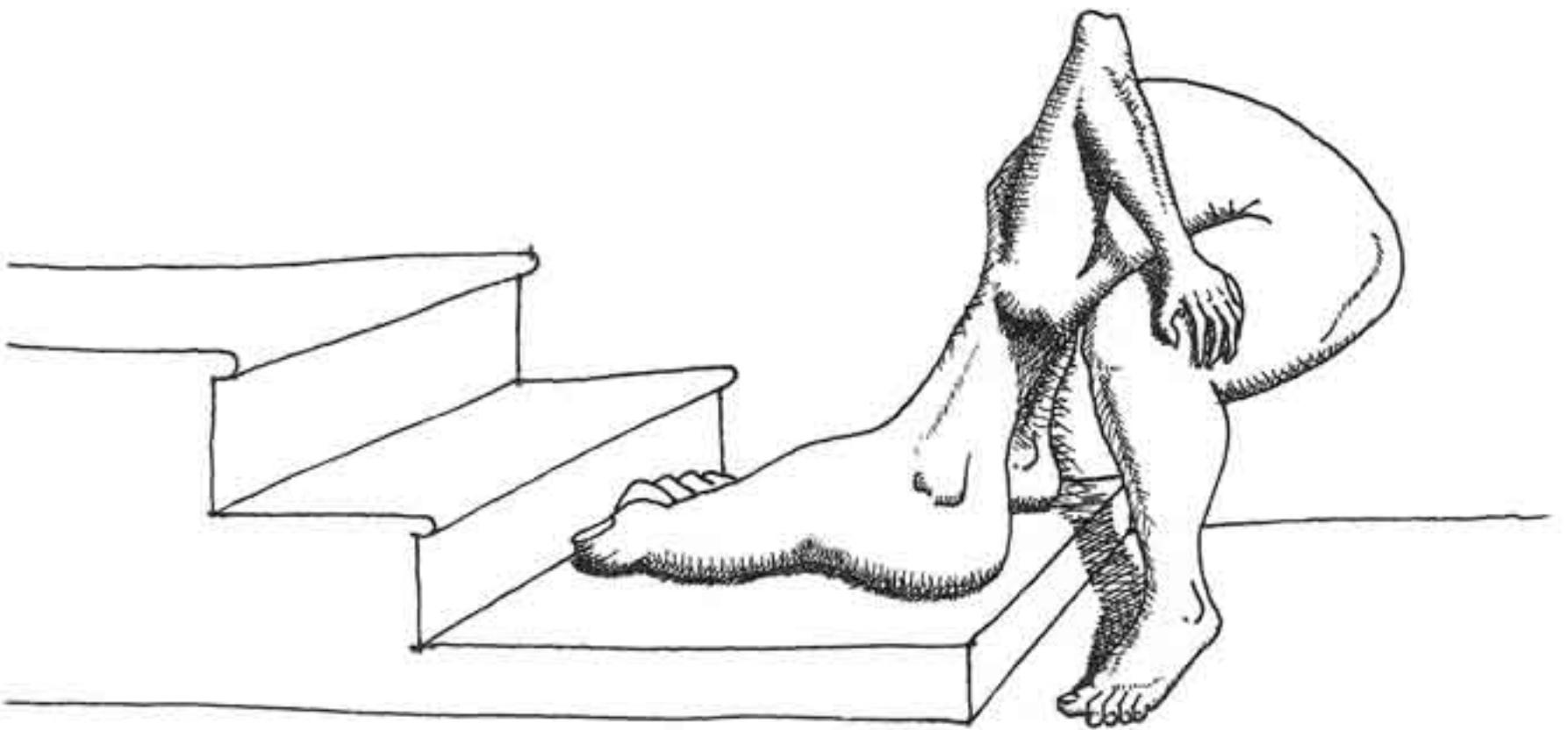
Los actores agradecerán con la música de Piazzola, que sube de volumen .

FIN DEL ACTO UNICO

VIÑETA

TERCER LUGAR

Héctor Rayón Ocampo



Hacia el futuro

A Eréndira

por Pablo Baksht Segovia

paráfrasis de un relato homónimo de Ray Bradbury.

otros autores citados libremente en el texto:
Ingmar Bergman y Jaime Sabines.

"Quien ha mirado lo presente ha mirado todas las cosas: las que ocurrieron en el insondable pasado, las que ocurrirán en el porvenir."

Marco Aurelio, *Reflexiones*

"Esta bala es antigua.

En 1897 la disparó contra el presidente del Uruguay un muchacho de Montevideo, Arredondo, que había pasado largo tiempo sin ver a nadie, para que lo supieran sin cómplices. Treinta años antes, el mismo proyectil mató a Lincoln, por obra criminal o mágica de un actor, a quien las palabras de Shakespeare habían convertido en Marco Bruto, asesino de César. (. . .)

Antes, la bala fue otras cosas, porque la transmisión pitagórica no sólo es propia de los hombres. Fue el cordón de seda que en el Oriente reciben los visires, fue la fusilería y las bayonetas que destrozaron a los defensores del Alamo, fue la cuchilla triangular que segó el cuello de una reina, (. . .) fue el veneno que el jefe cartaginés guardaba en una sortija de hierro, fue la serena copa que en un atardecer bebió Sócrates.

En el alba del tiempo fue la piedra que Caín lanzó contra Abel y será mucho más cosas que hoy ni siquiera imaginamos y que podrán concluir con los hombres y con su prodigioso y frágil destino."

Jorge Luis Borges, *El hacedor*

"No te deseo nada para lo porvenir. Deseo que puedas hacerte un pasado feliz."

Jaime Sabines, *Multitempo*

"(. . .) Hoy he dado mi firma la para la Paz.

Para que el tiempo no se detenga,

para que el sueño no se inmovilice,

para que la sonrisa sea alta y clara, (. . .)

Un mar de firmas que aturden y ahogan al industrial y al político de guerra, (. . .)

Hoy he elevado en una el número mundial de firmas por la Paz.

Y estoy contento como un adolescente enamorado."

Efraín Huerta, *Los poemas del viaje*

PERSONAJES

Mara

Joel

Símil

Dueño del hotel

Mesera

Una pareja

Un señor

Director

Mujer

Integrantes del equipo cinematográfico

ACTO UNICO

La acción transcurre en algún pintoresco hotel de la provincia mexicana, a principios de los años cuarenta.

El espacio escénico está dividido en tres zonas principales: el vestíbulo, el cuarto de Joel y Mara, y el cuarto de los integrantes del equipo cinematográfico. Estas zonas nunca estarán iluminadas simultáneamente.

El vestíbulo, que en este hotel desmañado funciona también como comedor, tiene cuatro mesas con sillas, un mostrador típico con casilleros para las llaves y la correspondencia, objetos decorativos diversos. El ambiente es de elegancia ajada. Al fondo, una puerta giratoria conduce a la calle; en el vestíbulo hay otra puerta que conduce a la cocina, y una escalera que lleva a las habitaciones superiores (por la que se sale de la vista del público a los cinco o seis escalones). Es de noche.

Desde que el público ocupa las butacas vemos a SIMIL sentado en una de las mesas. Lleva traje y sombrero blancos, zapatos puntiagudos y corbata roja muy ancha, chaleco con una gruesa cadena de oro de una bolsa de éste a la del pantalón. Sobre su mesa vemos una botella de crema de menta, otra de vermut, una tercera de mezcal, y siete más de licores variados. Tiene además, al alcance de la mano, diez vasitos medio llenos de cada uno de estos líquidos, de los que de vez en cuando da un sorbo deleitoso, sin apartar la mirada de la puerta giratoria que da a la calle. En su mano libre humea un *habano* del que fuma con intenso placer; en una silla, a su lado, podemos ver cuatro cajas de puros y veinte paquetes de cigarrillos. Usa unos oscurísimos lentes para el sol.

En otra mesa, una PAREJA conversa y toma café, vestidos a la usanza de la época. La MESERA les atiende, renovando las tazas. El DUEÑO DEL HOTEL espera tras el mostrador, leyendo el periódico y lanzando miraditas a la MESERA, a las que ella responde con coqueteo discreto.

Desde afuera escuchamos el sonido de una banda de pueblo mezclado con el de fuegos artificiales y risas de gente: hay una fiesta en el pueblo.

Antes de dar la tercera llamada, entra un SEÑOR por la puerta giratoria, abanicándose con el sombrero, se dirige al mostrador y pide al DUEÑO la puerta de su habitación. Este se la entrega, intercambian algún comentario risueño. El SEÑOR sube las escaleras y sale de la vista del público.

SIMIL llama a la MESERA, le hace una pregunta que no escuchamos. La muchacha le señala un punto, SIMIL se levanta y sale por las escaleras.

Se escucha la tercera llamada, y es entonces cuando entran por la puerta giratoria JOEL y MARA. El primero viste un traje elegante (saco negro, pantalón blanco ajustado), camisa de seda blanca con gazné, sombrero negro, zapatos blancos. MARA lleva un vestido blanco holgado, zapatos de tacón alto del mismo color, un amplio sombrero con flores blancas. JOEL tiene 40 años y el pelo entrecano prematuramente, su aspecto es interesante, aún atractivo, nervioso, agudo. MARA tiene 32 años, y resulta muy atractiva, vivaz, de ojos intensamente expresivos. El conjunto de la pareja resalta del entorno, hay algo en su comportamiento y en su porte que evidencia una cierta incomodidad, un fuera de lugar, acaso la ropa demasiado nueva, acaso la forma de llevarla, que resulta levemente incongruente, así como sus ademanes y formas de moverse.

MARA (SOFOCADA): En mi vida me he divertido tanto.

JOEL: Es formidable.

MARA: Que siga, Joel, que esto no termine nunca.

JOEL: Tenemos suficientes cheques de viajero para toda la vida. Deja de preocuparte. Nunca nos encontrarán.

MARA: ¿Nunca?

JOEL: Ven, vamos a tomar algo, me muero de sed.

Se sientan ante una mesa. SIMIL regresa por las escaleras y al verlos se detiene. Sin que la pareja lo vea, SIMIL se acerca al DUEÑO y le pregunta algo. MARA se da cuenta de este diálogo y se intranquiliza visiblemente.

MARA (SUSURRANDO): Joel.

JOEL sigue la mirada de MARA y descubre a SIMIL dialogando con el DUEÑO DEL HOTEL en voz baja.

JOEL (SONRIE): Calma, ese hombre es un cliente del hotel.

MARA (SIGUE INTRANQUILA): Esta mañana lo ví en la plaza.

JOEL: ¿Y qué? Eso no significa nada. En este pueblo hay muy pocas cosas que hacer, es natural que haya ido a la plaza como nosotros.

MARA (CASI ANGUSTIADA): Joel, no entiendes. . . mi intuición me dice que ese hombre es peligroso. . . míralo bien.

JOEL se vuelve y mira detenidamente a SIMIL, que deja de hablar con el DUEÑO y sale de escena subiendo las escaleras luego de echar a la pareja una cínica mirada a través de los impenetrables anteojos oscuros. JOEL y MARIA permanecen sumidos en sus pensamientos por unos momentos. La MESERA se acerca a su mesa a tomar el pedido.

MARA (DISTRIDA, SE DA CUENTA DE LA PRESENCIA DE LA MESERA): ¿Qué quieres tomar?

JOEL: Me da igual, lo que quieras.

MARA (A LA MESERA): Tráiganos esa deliciosa bebida que nos sugirió ayer.

MESERA: Sí, señora.

La MESERA se aleja. Pausa.

MARA: ¿Crees que pertenece a los Buscadores?

JOEL: ¡No es posible que nos hayan seguido!

MARA: ¡A lo mejor sí!

JOEL: Estás exagerando. No es posible que nos hayan seguido a través de doscientos años.

MARA (ELEVA LA VOZ): Nosotros lo hicimos, ¿no?

JOEL: ¡Cállate! (MIRA A SU ALREDEDOR; NADIE SE HA PERCATADO DEL COMENTARIO; MARA SE ESTREMECE, MUY INQUIETA) No te desanimas, todo irá bien. Quedémonos aquí, en todo caso no debemos movernos.

MARA: ¿Ya ves? Tú mismo estás dudando. (DESCUBRE LAS BOTELLAS EN LA MESA QUE OCUPABA SIMIL) Todas esas botellas. . . esa mesa debe ser suya. . . ¿te acuerdas de nuestra primera experiencia en el pasado?

JOEL: Sí, lo recuerdo. Cuando regrese, veamos lo que hace. Si esa es su mesa, compórtate con naturalidad. Haz como si hubieras llevado esa ropa toda tu vida.

La MESERA se acerca y les sirve dos grandes vasos con un líquido profundamente rojo.

JOEL: Gracias. (LA MESERA SE ALEJA)

MARA (ANGUSTIADA): Nunca debimos intentar la huida.

En ese momento regresa por las escaleras SIMIL, y se dirige directamente hacia ellos. La pareja se tensa involuntariamente. El hombre se inclina ceremoniosamente entrechocando ligeramente los talones.

SIMIL: Señor Cristel: al sentarse no se tiró usted de las perneras de sus pantalones.

La pareja queda congelada por el inverosímil tono del hombre.

JOEL (CONSIGUE ARTICULAR PALABRA INTENTANDO CONSERVAR LA CALMA): Se equivoca usted de persona. Ese no es mi nombre. Me llamo Joel Salvatierra, y no sé qué demonios le importan las perneras de mis pantalones.

SIMIL (SONRIE): Disculpe. (SE ACERCA UNA SILLA) Digamos que creí reconocerle porque no se tiró las perneras hacia arriba. Todos lo hacen. . . (CINICO) ¿no se ha fijado? (SONRIE) Si no se hace, a los pantalones se les forman rodilleras. (FINJE INOCENCIA) Estoy muy lejos de mi hogar, señor. . . Salvatierra. . . y echo de menos la compañía. Me llamo Símil.

JOEL: Señor Símil, comprendemos que se sienta usted solo, pero nos sentimos muy cansados. Mañana salimos para Oaxaca.

SIMIL: Un sitio encantador. Hace poco que estuve ahí, buscando a unos amigos. Tienen que estar en algún lado, no tardaré mucho en dar con ellos. (SONRIE CONCILIADOR) ¿Se siente enferma la señora?

MARA se levanta como impulsada por un resorte, muy pálida. Joel y Símil la imitan.

JOEL: Buenas noches, señor Símil.

JOEL sujeta con firmeza el brazo de MARA. Se dirigen hacia las escaleras sin voltear atrás incluso cuando SIMIL les habla.

SIMIL: Sólo otra cosa. (LA PAREJA SE DETIENE) Dos-mil-ciento-cincuenta-y-cinco.

La pareja sigue caminando y sale por las escaleras. SIMIL sonríe y regresa a su mesa y sigue degustando las copas de licor, cínicamente. OSCURO.

De inmediato se ilumina la segunda zona del escenario: el cuarto de JOEL y MARA. Hay una puerta de acceso, y en la pared opuesta una ventana con cortinajes por los que entra una luz suave. Una cama matrimonial, dos burós en los que vemos una lámpara de noche y un teléfono. Una puerta doble de hojas batientes da a un clóset. Una tercera puerta da al baño. Maletas en un rincón. Un tocador con media luna en el que se ven objetos de MARA. Un basurero, ceniceros, otros objetos diversos. El ambiente es íntimo.

Más lejos que antes, se sigue escuchando el retronar de los fuegos artificiales y el griterío de la gente correspondiente a la fiesta del lugar.

Entran JOEL y MARA, y tras cerrar la puerta con doble llave, la muchacha comienza a llorar. No encienden la luz del cuarto. La única luz proviene de la ventana. Permanecen inmóviles. Se escuchan risas lejanas que contrastan visiblemente con su estado de ánimo.

MARA: Qué tipo asqueroso. . . (DESAHOGAN-DO SU MIEDO) Escondido por ahí, mirándonos de arriba abajo, como si fuésemos animales. . . fumándose su cigarro nauseabundo. . . (SOLLOZA EN UN ESTADO CASI HISTERICO) Incluso tuvo la desfachatez de darnos su verdadero nombre: el jefe de los Buscadores. ¡Y lo de tus pantalones, qué absurdo!

JOEL: Fue mi culpa. Yo no conocía esa costumbre. No hubo tiempo de averiguarlo todo de esta época, no esos detalles tan insignificantes. (PIENSA) ¿Será cierta esa costumbre?
¿Y si no hizo más que probarnos? Caímos en la trampa. . .

MARA: No te tortures. . . cualquiera sabiendo qué buscar nos hubiera encontrado. . . (SOLLOZA) . . .mi forma de andar con tacones altos, nuestros cortes de pelo tan recientes. Tenemos un aspecto extraño, de estar incómodos. A pesar de lo que quisiéramos, estamos fuera de lugar, Joel.

JOEL se separa, enciende la luz del cuarto, pensando intensamente.

JOEL: Aún está probándonos. Es obvio, si no, ya hubiera hecho algo. No se siente del todo seguro. Por tanto no debemos huir. No hay que darle la certidumbre. Iremos de vacaciones a Oaxaca, tal y como estaba planeado.

MARA (SIN TRANQUILIZARSE): Puede que ya esté seguro y que solo quiera jugar con nosotros.

JOEL: Es posible. Tiene *todo el tiempo* del mundo. Tal vez lo que quiere es prolongar su estadía aquí porque ha descubierto las mismas maravillas que nosotros. Si así lo desea puede dedicarse a haraganear cuanto quiera -y parece que está disfrutando mucho de los atributos de este tiempo-. De todas maneras nos puede devolver a nuestra época hoy o dentro de un año, y estaremos de vuelta sesenta segundos después de nuestra partida.

MARA (SE SIENTA EN LA CAMA SECANDOSE LAS LAGRIMAS): ¿Será capaz de hacer un escándalo?

JOEL: No se atrevería. Tiene que atraparnos a solas si quiere enviarnos de regreso. A pesar de que su misión es policial, tiene que respetar las leyes del tiempo. Cualquier acto que se salga de los Márgenes puede alterar el futuro. El y nosotros estamos en este sitio forzosamente. Eso es una ventaja, si piensas que el Margen nos mantiene a salvo mientras no rompamos ninguna de las leyes.

MARA: Entonces hay una solución: no estemos nunca solos, sino rodeados de gente.

JOEL: Eso sería peligroso, Mara. Tener contacto permanente con personas de este

tiempo aumenta las posibilidades de romper el Margen. Tú sabes, llamar poco la atención, cuidar al máximo lo que se dice para no introducir un elemento desencadenador.

MARA: Es la única solución.

JOEL: Tendremos que ser doblemente cautelosos y cuidar cada uno de nuestros movimientos hasta que nos libremos de Símil.

MARA (PIENSA): Joel. . . si tenemos la posibilidad de romper el Margen. . . es decir, de cambiar el futuro. . . ¿podríamos evitar lo que está pasando en nuestro tiempo?

JOEL: Nadie sabe lo que pasaría si rompemos el Margen. Posiblemente seríamos eliminados automáticamente y nada cambiaría.

MARA: Pero habría que intentarlo de todas maneras, Joel, todo menos ese horror del que huímos.

JOEL: Estamos a ciegas. . . pero es evidente que tenemos que llegar a las últimas consecuencias.

En el exterior del cuarto suenan unas pisadas lentas, resonantes. Los dos reaccionan rápidamente, JOEL corre y apaga la luz al tiempo que saca de su ropa una pistola de los años cuarenta y queda aguzado al lado de la puerta. Hace señas a MARA de que se oculte en el baño. Los sonidos de la fiesta exterior aumentan. Las pisadas siguen de largo por el corredor y desaparecen. JOEL permanece muy quieto un momento y luego, con mucha cautela, escucha por la puerta, mete la llave en la cerradura, abre la puerta y atisba al exterior por la rendija. Se cerciora de que no hay nadie afuera, suspira con cansancio, cierra de nuevo con llave y guarda el revólver. MARA abre la puerta del baño y entra en el cuarto. JOEL le hace una seña tranquilizadora. Exhausta, MARA se sienta en la cama y comienza a desnudarse. JOEL se acerca a la cama y coloca el revólver en el buró. Se recarga en la cabecera. Pausa. Sigue el sonido de la fiesta en el exterior. MARA termina de desnudarse y va a la ventana. JOEL también se desnuda cansadamente y se mete en la cama.

MARA: Es una lástima que haya estallado la guerra. ¿Te das cuenta de lo hermoso que es todo esto? (APESADUMBRA-

DA) ¿De lo hermosa que es la vida? Nos han malenseñado acerca de ella. Por eso todos la despreciamos en aquel tiempo. (SONRÍE) AMARGAMENTE "Aquel tiempo". Ya hablo de nuestra época como si no nos perteneciera, como si este momento fuera nuestro, más nuestro que aquella pesadilla. . .

JOEL: Todo lo que nos dijeron era mentira. . .

MARA: Como esta noche. Allá nos dijeron que era un atributo de la muerte, como el silencio o el mar. Todo es vida, Joel, ¿cómo pudimos olvidarlo? (PAUSA LARGA) Tengo miedo. . . y quiero seguir teniendo miedo. . . prefiero viajar siempre entre multitudes, vivir en mercados, dormir en los vestíbulos; lo que sea, cualquier cosa antes de regresar a ese futuro de muerte que se avecina. Hemos conocido a mucha gente y aún no comprendo cómo el ser humano permitió que su mundo fuera destrozado.

JOEL: Lo trágico de la historia es que no podemos, no queremos, o no tenemos el valor para cambiarla.

MARA regresa a la cama, se sienta en ella. JOEL le acaricia el pelo.

MARA: Si tan solo pudiéramos pedir ayuda. . . contarle a alguien la situación en que nos encontramos, lo que le espera al mundo.

JOEL: Sería lo primero que hubiéramos hecho si no nos hubieran colocado al emprender el viaje la barrera psicológica. . . incluso creo que no podríamos romper los Márgenes aún si quisiéramos.

MARA: Sólo podremos saberlo si lo intentamos. Tal vez tenemos en la mano la solución. Si cambiamos algo, cuidadosamente, en este tiempo, tal vez allá se evitaría el fin.

JOEL: ¿Has pensado que podríamos crear un mundo peor?

MARA: No creo que exista algo peor. (SE FROTA LA FRENTE) Si sólo tuviéramos calma para dedicarnos a hacer los cálculos, romper los Márgenes solo lo suficiente para darle una prórroga al mundo. . .

Sorpresivamente suena el teléfono. JOEL se sobresalta y contesta.

JOEL: ¿Diga?

En otra zona del escenario se ilumina con un cenital un área pequeña, en la que SIMIL está haciendo la llamada.

SIMIL (CINICO, CORTANTE, LENTAMENTE):
¿Crees que podrás burlar a tu destino?
El mar arroja a los ahogados prematuros y la muerte no abre sus puertas sino a la hora precisa. Tu cadáver te ha de alcanzar, no tengas cuidado.

SIMIL cuelga, sonriendo fríamente. La luz que lo ilumina se apaga. JOEL, luego de una pausa, cuelga también el teléfono. Pausa larga.

MARA: ¿Era él?

JOEL: Tenemos menos tiempo del que creíamos.

Se apaga la luz del cuarto de JOEL y MARA. Al mismo tiempo se enciende la luz correspondiente al vestíbulo, y vemos a SIMIL desayunando en una de las mesas. Usa un traje diferente al que llevara en las escenas anteriores. En otra mesa, dos hombres (uno de ellos el SEÑOR que llegara en la primera escena y el otro el DIRECTOR) y dos mujeres, integrantes del equipo cinematográfico, desayunan. El DUEÑO DEL HOTEL es ahora quien atiende las mesas. No hay cambios en la escenografía de esta zona.

Entran MARA y JOEL por las escaleras, llevando otras ropas. SIMIL los saluda cínicamente desde su mesa (sigue usando los anteojos oscuros) inclinándose levemente la cabeza. MARA lo observa fríamente. El DUEÑO pasa frente a ellos.

DUEÑO: Buenos días.

JOEL: Buenos días. ¿Quiénes son esas personas?

DUEÑO: Llegaron anoche. Trabajan para una compañía que hace películas. ¿Van a desayunar?

JOEL: Sí, por favor.

DUEÑO: ¿Qué les gustaría?

JOEL (MIRANDO LAS MESAS): Lo que toman los señores está bien.

El DUEÑO asienta con una inclinación y se aleja; sale por la cocina.

JOEL (A MARA): No creo que sea conveniente irnos hoy. Ven, vamos a hablar con ellos. (SE ACERCAN A LA MESA DE LOS CINEASTAS) Buenos días. Nos enteramos que vienen a rodar una película, ¿no es así?

DIRECTOR: Se trata tan sólo de unas tomas de exteriores. Yo soy el director.

JOEL: Mucho gusto. Mi nombre es Joel Salvatierra y la señora es mi esposa. Nos interesaría estar en la filmación. Nos fascina el cine.

DIRECTOR: No faltaba más. Hoy haremos unas tomas preliminares, mañana llega el resto del equipo. Si desean acompañarnos, serán bienvenidos. Estaremos en el mercado.

JOEL: Pues entonces, por allá nos veremos. Buen provecho.

TODOS: Gracias. Igualmente. Hasta la vista.

JOEL y MARA van a una mesa desocupada y se sientan. SIMIL, que aparentemente ha seguido desayunando ajeno a la conversación, espera un momento y se levanta. Se dirige a la mesa de la pareja. Los del equipo de cine pagan y se arreglan para salir.

SIMIL: Señores Salvatierra . . . Creí que íbamos a desayunar juntos. No importa. Yo ya he desayunado, pero los acompañaré.

Entra a escena por las escaleras la PAREJA que vimos antes. Buscan una mesa. El DUEÑO se acerca con una bandeja en que lleva jugo de naranja, café, pan tostado con mermelada para dos personas. Lanza una mirada vacía a SIMIL, y sirve en silencio. SIMIL se ha sentado con la pareja, cínico.

DUEÑO: ¿Desean algo más?

JOEL: Así está bien. Muchas gracias.

El DUEÑO DEL HOTEL se aleja y sale por la puerta de la cocina luego de recoger el dinero con que han pagado los cineastas, que terminan de salir. Inmediatamente regresa y toma el pedido a la PAREJA recién llegada.

SIMIL: Espero que hayan descansado plenamente. (NO HAY RESPUESTA: SIMIL

CONTINUA IMPERTURBABLE) Yo no. No estoy acostumbrado a los colchones de resortes. Pero hay compensaciones. Me he pasado la mitad de la noche probando nuevos sabores y sensaciones. Resultan fascinantes . . . (SONRIE) Estos antiguos vicios forman todo un mundo de percepciones para nosotros ya olvidadas.

MARA (FRÍA): No sabemos de qué habla.

SIMIL (SONRIE): Siempre en su papel, ¿eh? Es inútil, lo mismo que la estratagema de rodearse de gente. Alguna vez tendrán que quedarse solos. Y esa será mi oportunidad. Tengo muchísima paciencia. (PAUSA) Vayamos a lo que importa. He seguido su pista durante más de un mes por ciudades y pueblos, y necesité todo el día de ayer para estar seguro de que eran ustedes. Si me acompañan sin hacer escándalo puedo interceder por los dos. Quién sabe . . . hasta consiga que no sean castigados. Claro, siempre que su marido(A MARA), esté de acuerdo en terminar su trabajo pendiente. (SERIO) Necesitamos esa bomba, Cristal, y usted lo sabe.

MARA (IRACUNDA, SE LEVANTA): Vámonos, Joel. Este hombre está loco.

SIMIL (PIERDE LA PACIENCIA): ¡Ya está bien!

La PAREJA sentada en la mesa voltea por la elevación de tono de SIMIL. JOEL, que se levantaba, queda inmóvil. SIMIL recupera el control, pero habla con violencia contenida. MARA y JOEL se sientan de nuevo.

SIMIL: Empleen la inteligencia. Saben que no podemos permitirles que triunfen en su intento de huída. A otros en nuestro tiempo podría ocurrírseles la idea de imitarlos. Necesitamos estar todos juntos.

JOEL (CAMBIA): Para morir en la guerra.

MARA: ¡Joel!

JOEL: No te preocupes, Mara, ahora vamos a hablar en sus mismos términos. Ya está seguro de quiénes somos.

SIMIL: Estupendo. La verdad es que han sido increíblemente románticos al querer escapar de sus responsabilidades.

MARA: Al escapar del horror.

SIMIL (EXCESIVAMENTE CINICO): ¡Qué tontería! Sólo una guerra.

JOEL: Sólo la guerra. Más de las tres cuartas partes del mundo aniquiladas en sólo dos meses. Sé que necesitan de mi información para terminar la bomba. ¿Cree que quiero tener en mis manos el fin de la humanidad?

SIMIL: No sea idealista. Si no es usted, otros científicos terminarán la bomba. Lo único que va a pasar es que nos vamos a tardar más, y entonces el enemigo se nos puede adelantar. Ellos también tienen su Arma Final, ¿Lo sabía? (JOEL Y MARA SE MIRAN) Pese a todo, a los habitantes de nuestra época les sentaría fatal que ustedes dos descansasen en una tranquila isla del tiempo mientras ellos se van al infierno. La muerte ama a la muerte, no a la vida. Los moribundos han de saber que todos agonizan con ellos. Todos estarán más tranquilos si saben que nadie va a salvarse. Yo soy el guardián de su rencor colectivo hacia ustedes dos. (PAUSA) Cuanto más me hagan esperar, peor la pasarán.

JOEL (PAUSA LARGA, PIENSA, SE DEBATE): Voy a hacerle una proposición. Estoy dispuesto a regresar con usted si mi esposa se queda aquí viva, segura y lejos de la guerra. Usted encontrará una perfecta justificación cuando regresemos, y tiene que ser suficiente para que queden satisfechos y no vuelvan a buscarla.

SIMIL calla unos momentos, pensativo. MARA los mira, espantada.

SIMIL: De acuerdo. Reúnase conmigo en la plaza dentro de diez minutos.

MARA: Joel . . . (COMIENZA A LLORAR EN SILENCIO, IMPACTADA).

JOEL: Está decidido. Es mejor que tú te salves.

SIMIL: Recójame en su coche. Iremos a algún lugar desierto, donde no haya ningún testigo, y haré que la máquina del tiempo nos regrese. (SE LEVANTA).

JOEL (LO DETIENE): Una última cosa . . . Anoche usted pudo haber entrado a nuestra habitación para raptarnos . . . ¿por qué no lo hizo?

SIMIL: Digamos que estaba pasándola muy bien. (DA UNA FUMADA A SU CIGARRRO) Detesto abandonar esta maravillosa atmósfera, este sol, estas vacaciones. No me gusta dejar atrás estos cigarrros, los vinos y las comidas de esta época . . . Créame que odio la idea, verdaderamente. (PAUSA) Bien, entonces, en la plaza, dentro de diez minutos. Su esposa será protegida y podrá quedarse aquí para siempre. Despídase de ella. (SE VA: SALE POR LA PUERTA GIRATORIA).

MARA: No lo voy a permitir. A donde vayas, iré contigo.

JOEL: No nos queda otra salida, Mara, entiéndelo. Cuando escapamos, tú y yo aceptamos las reglas del juego. Trataré de escaparme de nuevo, volveré contigo, en el último momento, cuando ya nadie pueda perseguirme.

MARA: ¿Y si algo fallara? ¿Qué haría yo sin ti en este tiempo extraño?

JOEL: Tal vez sea lo mejor. Trataré de sabotear la bomba, haré algo . . . no sé qué . . . algo inventaré sobre la marcha, no te angusties.

MARA: Yo . . . También podría hacer algo aquí, en este tiempo . . .

JOEL: ¿Te refieres a . . . ?

MARA: Sí, romper los márgenes. Tú allá y yo acá podemos cambiar ese futuro de pesadilla.

JOEL: Pero no tenemos todas las variables, Mara, no sabemos qué podemos causar.

MARA: Ya te lo dije: ninguna posibilidad es peor que esa.

Se miran fijamente. Tomados de las manos se levantan y abrazan fuertemente.

MARA: Cuídate.

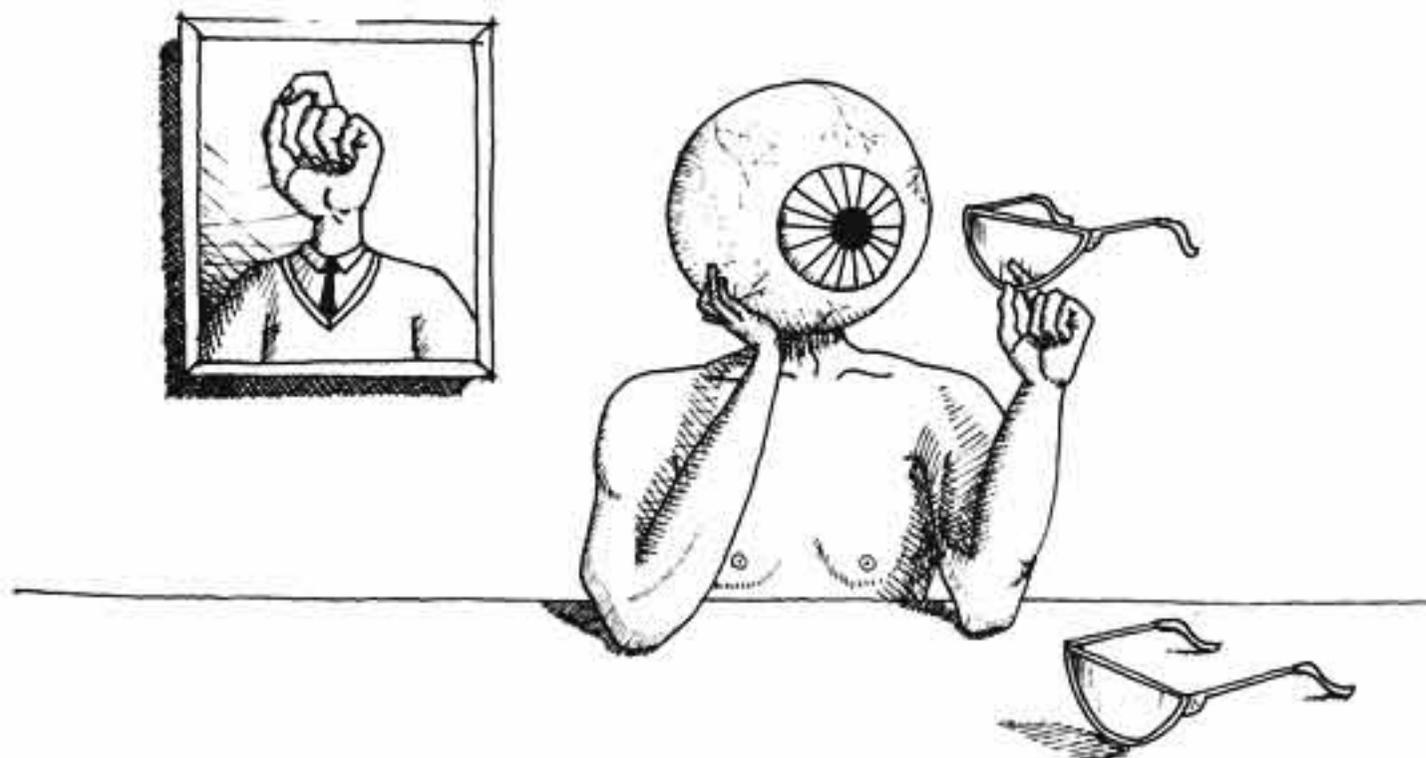
JOEL: Tú también.

Se van caminando hacia la puerta giratoria. Vuelven a abrazarse y se besan. JOEL sale rápidamente evitando la larga despedida. MARA lo mira fijamente un momento mientras se aleja. Luego, la muchacha da vuelta, lentamente, se dirige a las escaleras y sale.

La PAREJA ha observado todo esto mientras desayuna, atendidos por el DUEÑO, que ahora vuelve a leer el periódico detrás del mostrador. La PAREJA se queda sonriendo.

HOMBRE: Qué trío . . .

MUJER: ¿Qué tanto se secreteaban?



HOMBRE: No sé, pero algo se traen entre manos.

El HOMBRE se acerca al DUEÑO DEL HOTEL.

HOMBRE: ¿Quiénes eran esas personas?

DUEÑO: Nuevos huéspedes. La pareja viene del sureste y el hombre de Oaxaca. (LA MUJER SE ACERCA)

MUJER: Misteriosos, ¿verdad?

DUEÑO: Yo ya estoy acostumbrado. Aquí se hospedan actores, escritores de la capital. Precisamente ahora llegó un grupo que está filmando una película. Quédense un tiempo con nosotros y ya no les extrañará nada.

De golpe, se escucha el ruido de un automóvil que va adquiriendo gran velocidad a medida que se acerca en el exterior. Sigue una ruidosa frenada y varios golpes secos, griteríos, cierto escándalo. La PAREJA y el DUEÑO, sobresaltados, corren hacia la puerta giratoria, salen al exterior y se quedan mirando hacia un lado de la calle. Aumenta el escándalo.

OSCURO TOTAL. Silencio. Un momento después se ilumina el espacio correspondiente al cuarto de JOEL y MARA. Ambos están sentados en la cama tomados de las manos, con actitud de angustia. Sus maletas están apiladas y listas para partir.

MARA: ¿Querrán verte de nuevo?

JOEL: No. Discutieron el asunto una y otra vez. Fue un accidente. Perdí el control del coche, Mara, yo no quería matarlo. No sé qué me pasó. En la jefatura de policía me deshice en lágrimas. Tenía que desahogarme de alguna manera, pero lloré sinceramente.

MARA: ¿No habrá juicio?

JOEL: Hablaron de ello, pero no, no lo habrá. Me dieron a entender que si les entregaba una cantidad de dinero, todo quedaría arreglado.

MARA: ¿Qué haremos ahora?

JOEL: Irnos. . . lejos. El coche se encuentra en el taller. En cuanto esté listo, nos iremos. (MARA VA A LA VENTANA)

MARA: ¿Estaría Símil trabajando solo?

JOEL: No lo creo. Habrán pensado que su mejor elemento se bastaba a sí mismo para llevar de regreso a dos científicos inofensivos y atemorizados. Lo que sí es seguro es que van a mandar gente ahora que ha desaparecido. Pero con un poco de suerte les sacaremos mucha ventaja. Ya no cometeremos los mismos errores. No nos encontrarán. (SUENA EL TELEFONO) ¿Diga? (ESCUCHA UNOS MOMENTOS) Sí, gracias. (CUELGA) El coche estará listo dentro de una hora. (SE ACERCA A MARA) No queda sino esperar. Ven, bajemos a tomar algo.

JOEL y MARA salen y cierran la puerta, llevando sus maletas. OSCURO.

Se ilumina, luego de un momento, el vestíbulo del hotel. JOEL Y MARA llegan a este sitio y dejan las maletas junto al mostrador, donde el DUEÑO DEL HOTEL les atiende.

JOEL: Quiero liquidar el cuarto. Nos vamos en una hora.

DUEÑO: Lamento que se vayan tan pronto. Espero que hayan sido bien atendidos.

JOEL: Muy bien, gracias.

El DUEÑO prepara la cuenta, JOEL y MARA esperan. En ese momento entran por la puerta giratoria los integrantes del equipo cinematográfico. El DIRECTOR se dirige a JOEL apenas lo descubre.

DIRECTOR: Me enteré de lo ocurrido. Una lástima. ¿Todo va bien ya? (JOEL ASIEN-TE SOMBRIAMENTE) Bueno. . . ha sido un día largo y duro para ustedes dos. Deben distraerse. ¿Aún quieren ver una filmación? (JOEL Y MARA SE MIRAN) Estamos a punto de salir a una locación extraordinaria. Podrían acompañarnos, el sol y el aire despejarían sus mentes. ¿Qué tal? (JOEL Y MARA TITUBEAN) Miren, no lo piensen. Acompañenos a nuestro cuarto. Vamos a recoger el equipo y a esperar ahí a otro compañero. Mientras podemos tomar una copa y platicar. ¿De acuerdo?

Confianzadamente, el DIRECTOR toma del brazo con suavidad a MARA y a JOEL, y con una sonrisa cordial los va llevando a las escaleras. La pareja termina por sonreír. El DUEÑO se dirige a JOEL.

DUEÑO: Tendré su cuenta lista para cuando deseen partir.

Haciendo comentarios ligeros y tratando de subirles el ánimo, el DIRECTOR va llevando a la pareja. En ese momento se cruzan con la PAREJA, que baja las escaleras llegando al vestíbulo. Una vez que JOEL y MARA con sus acompañantes han salido, la PAREJA se queda sonriendo y murmurando (han observado fijamente los movimientos generales).

OSCURO.

Luego de un momento, se ilumina la tercera zona del escenario: el cuarto del equipo de cine. La decoración general es la misma que la del cuarto de JOEL y MARA, pero esta habitación tiene una pequeña antesala. No se ve la recámara. Hay un sofá, dos sillones, dos mesas, lámparas. No hay ventana. Dos puertas: la primera da al pasillo del hotel y la segunda a la recámara. Varias cajas apiladas en un rincón.

Se abre la puerta del pasillo, entran el DIRECTOR, JOEL, MARA, el SEÑOR y dos MUJERES. Se acomodan, encienden cigarrillos, atienden amablemente a JOEL y MARA. Una MUJER descorcha una botella de champaña, la otra va por copas, el SEÑOR reparte las copas. Bromean sobre el calor, etc. El DIRECTOR pide silencio para brindar.

DIRECTOR: Por una larga amistad. (BEBEN) y por una hermosa dama que es lo bastante encantadora como para convertirse en estrella cinematográfica. (MARA ABRE LOS OJOS ASOMBRADA) Es verdad. Me agradaría hacerle una prueba, señora. (MARA SONRIE) Salud.

MARA: ¿Me llevaría usted a Hollywood?

DIRECTOR: ¡A Hollywood, a Cinecittá, a todas las Mecas del Cine! Pero principiaríamos en nuestro país, le encontraríamos un nombre artístico, le pondríamos asesores de vestuario, de maquillaje, me temo que tendría que acostumbrarse a vivir rodeada de gente.

MARA y JOEL se miran, levantando las cejas y asintiendo levemente.

MARA: Sería estupendo. . . (POR FIN SEGURA, TRANQUILA) . . . estupendo. . . (A JOEL) . . . ¿no crees?

JOEL (ASIENTE, SIRVIENDOSE DE NUEVO): ¿Y en qué tipo de películas participaría mi esposa?

EL DIRECTOR mira escrutadoramente a MARA. Todos dejan de conversar y atienden.

DIRECTOR: Bueno, me gustaría hacer una historia de suspenso. (IMAGINA) Déjeme ver. . . atmósfera de misterio, cabos sueltos, tensión, persecuciones. . . (SONRIE) Por ejemplo. . .

(DIRECTOR, cont.): trataría de un hombre y su esposa, como ustedes dos. (SIGUE PENSANDO, ENTUSIASMADO) Una historia de guerra, tal vez. (EXAMINA EL COLOR DE SU BEBIDA AL TRASLUZ) Quizá la historia de un hombre y una mujer que viven en una casita, en una pequeña calle. . . (SONRIE, CONCILIADOR) Es solo una idea, desde luego. . . (SIGUE IMAGINANDO) Tendrían que enfrentarse a la muerte, la guerra terrible. . . pero no podría, ser una de las que hemos sufrido en este siglo, no. . . (SE ILUMINA) ya lo tengo. . . una guerra devastadora, total, culminante. . . *en el futuro*.

MARA y JOEL se han ido quedando muy quietos, ya sin sonreír.

DIRECTOR: Eso es, en el futuro. Y aquí viene lo menor. . . sí, es sensacional. . . la pareja se escapa. . . al pasado. (JOEL Y MARA COMIENZAN A TENER MIEDO) Los persigue un hombre que ellos creen malo, pero que solo trata de mostrarles cuál es su deber. (A JOEL SE LE CAE LA COPA AL SUELO) Esa pareja encuentra refugio entre un grupo de cineastas en los que confían. Se dicen que la seguridad es mayor si se encuentran acompañados.

MARA se desploma hacia atrás en el asiento. JOEL la sostiene. Inadvertidamente, el SEÑOR y las dos MUJERES los han rodeado. EL DIRECTOR da un sorbo deleitoso a sus bebida.

DIRECTOR: ¡Un magnífico vino! (PAUSA) Bueno. . . al parecer este matrimonio no comprende que es absurdo querer refugiarse en el pasado, que en su época no se los van a permitir. Por eso los. . . Buscadores, llamémosle así, no repararán en

gastos ni molestias para encontrar, capturar y devolver a su tiempo a esas dos personas. Para eso deben primero aislarlos en un sitio sin testigos. Estrategia. Un Buscador, o trabaja solo, o lo hace en grupos de cuatro. (LOS MIRA) ¿No le parece que sería una estupenda película, Mara? (BEBE EL RESTO DE SU COPA; SE SIRVE DE NUEVO) ¿Otro traguito?

MARA permanece inmóvil, con los dedos rígidos. De golpe, JOEL se levanta, saca su pistola del saco y dispara al DIRECTOR tres veces. Este cae al suelo. Los demás se abalanzan sobre JOEL. MARA grita. Una mano cubre su boca. La pistola cae al suelo y JOEL trata de zafarse.

MUJER: Hagan el favor de no empeorar las cosas. (GOLPEAN A LA PUERTA) ¡A moverse todos, rápido!

El SEÑOR saca un artefacto de su ropa y lo "enciende". Comienza a escucharse un zumbido ensordecedor al tiempo que la luz fluctúa. Siguen los golpes desesperados en la puerta. OSCURO TOTAL.

Unos momentos después se enciende la luz del vestíbulo. Silencio. Sentados en una mesa, el DUEÑO, la PAREJA y la MESERA.

MESERA (ASOMBRADA): . . . entonces entramos al cuarto y ya no había nadie, les juro que me pegué el susto de mi vida.

MUJER (INTERESADISIMA): Siga, siga. . .

MESERA: Al anochecer abrimos el cuarto de nuevo y lo ventilamos. Luego llamamos al cura para que echara agua bendita en todos los rincones.

HOMBRE: Pero cómo es posible que desaparecieran en el aire. . .

DUEÑO: No, no, no. . . no desaparecieron. Después ya me lo explicaron todo. Se trataba de dos peligrosísimos ladrones internacionales. Para atraparlos tuvieron que hacer toda una representación. El policía que los venía siguiendo me pagó la cuenta de todos ellos y me lo aclaró todo.

MUJER: Pobre hombre. Yo pensé que de verdad se había muerto.

DUEÑO: No, no, todo era parte de la celada que les tendieron a los ladrones.

HOMBRE: No, no, espérenme un momento, que no entiendo nada. . . explíquenmelo bien. . . ¿Cómo que el muerto no está muerto y que desaparecieron pero no desaparecieron?

DUEÑO: Mire, mire, no se haga bolas, es muy sencillo. . .

En ese momento, entra SIMIL por la puerta giratoria. Usa sombrero y traje vistosos, lentes oscuros y lleva vendado un brazo. Fuma un largo habano. Camina hacia los conferenciantes a paso muy reposado, con actitud muy animada.

SIMIL: Buenos días, buenos días. Hermosa mañana, muy hermosa. Anduve horas enteras en el mercado, admirando los colores, las formas. Extraordinaria artesanía, juegos de los niños, verduras exhuberantes. Qué tranquila es esta época. . . del año.

El DUEÑO se levanta servicial. SIMIL va a sentarse en su mesa favorita.

MESERA: ¿Lo de siempre?

SIMIL: Por supuesto.

La MESERA sale por la cocina.

DUEÑO: ¿Y piensa quedarse con nosotros mucho tiempo?

SIMIL: Pienso tomarme unas largas. . . largas vacaciones.

La MESERA regresa con varias botellas que deja en la mesa. EL DUEÑO le acerca vasitos, un cenicero.

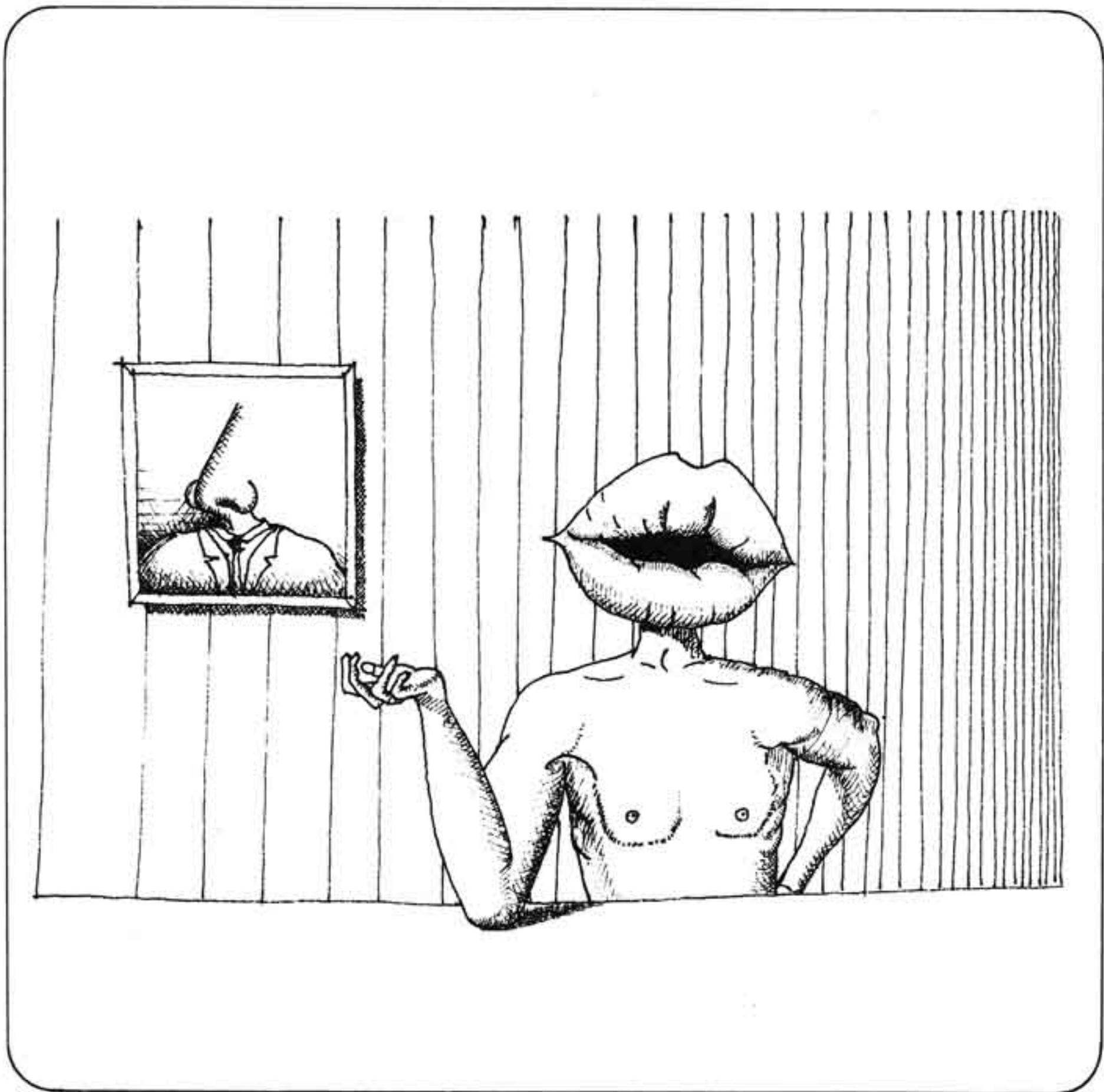
DUEÑO: Se las merece, sin duda. Pero. . . ¿no lo llamarán de su trabajo, no lo necesitarán para otra misión?

SIMIL: Todo está en el. . . *margen* de posibilidades.

SIMIL sonríe. La MESERA sigue sirviéndole sin cesar. Bebe con placer.

OSCURO TOTAL.

FIN DEL ACTO UNICO



Casa llena

por: Estela Leñero

Personajes

SARA

MARTIN

Escenografía

Un departamento pequeño constituido por una estancia. Del lado izquierdo está la puerta que conduce a la calle; y del lado derecho la que conduce al baño. Al fondo se encuentra un sofá, un ropero y una cama con buró. En el centro está una mesa con dos sillas. Enfrente a la derecha una estufilla y una pequeña alacena.

En algún sitio se encuentra una bicicleta fija para hacer ejercicio, un teléfono y un burro para planchar.

Escena 1

Martín se encuentra recostado en la cama leyendo un libro. Usa lentes. Empieza a oscurecer. Transcurre tiempo. Se oye una llave que entra en la cerradura de la puerta. La puerta se abre y entra Sara con varias bolsas en la mano.

SARA: ¿Y 'ora, qué haces aquí?

MARTIN: (Se incorpora) Ya ves, visitando a las estrellas. (Pausa). ¿A poco a estas horas todavía está abierto el super?

Sara permanece inmóvil con los bultos en las manos.

MARTIN: Bueno, no es para tanto, tan siquiera deja los bultos en el suelo.

Martín se levanta para ayudar a Sara.

SARA: Son mis cosas, yo las alzo.

Sara termina de acomodar las bolsas sobre la mesa.

Transcurre tiempo.

SARA: ¿Cómo entraste?

MARTIN: ¿Qué es lo único que puedes decir al verme?

SARA: Yo nunca te di las llaves.

MARTIN: Ya lo sé.

SARA: Entonces, ¿cómo entraste?

MARTIN: Por la puerta.

SARA: Ya, no te hagas el simpático y dime cómo entraste a mi casa.

Pausa.

MARTIN: (Sin querer decirlo) 'Pus la portera.

SARA: (Asombrada) ¿Concha?, ¿Concha te abrió?, qué poca, ¡qué poca de Concha!

MARTIN: Ya ves, por eso no te lo quería decir.

SARA: Híjole, nunca pensé. (Pausa). Nunca la creí capaz. (Pausa). Me imagino que le tuviste que echar un rollo.

MARTIN: (Con más confianza) Sí, no quería. Decía que te ibas a enojar, que, que ya no le ibas a querer hablar, que, ¿qué?. Bueno, que quién sabe que tantas cosas. Y como sabrás, yo le dije que te necesitaba ver, que era urgente, que mañana tenía un examen y me urgían unos libros que tú tenías . . .

SARA: (Interrumpiéndolo) Y te creyó.

MARTIN: Sí, casi le lloro.

SARA: Y entraste

MARTIN: Por supuesto

SARA: Mmmm

Transcurre tiempo en silencio. Sara se levanta y lleva algunas cosas de las bolsas a la alacena. Martín disimuladamente trata de ver lo que hay dentro de las bolsas.

SARA: (Regresando a la mesa) Qué demonios esculcas. (Arrebatándole la bolsa) Es el super.

MARTIN: Tenía curiosidad de saber qué comes.

Sara empieza a sacar cosas de las bolsas para acomodarlas en la mesa. Va diciendo el nombre de cada cosa en voz alta. A pesar de los comentarios de Martín, Sara no interrumpe la acción.

SARA: Sopa ramen, frijoles de lata,

MARTIN: Huácala

SARA: Pollo, sopas de pasta, cocas,

MARTIN: ¿Agua negra con gas?

SARA: Un cepillo

MARTIN: (Toma el cepillo y se peina) Estos sí duran

SARA: Kleenex, kotex, papel de baño y un regalito (Busca al fondo de la bolsa, saca unos broches de pelo y los pone en la mesa)

MARTIN: Huy, que regalote

SARA: Pues sí. Antes, cada vez que iba al super me compraba una falda, o unos chocolates, o algo así que tuviera muchas ganas. Ahora, (Toma los broches y los observa) casi casi que esto es un regalito de consolación.

Sara va al espejo, se cepilla el pelo y se pone los broches. Martín la obseva.

MARTIN: Para ser regalo de consolación no está tan mal.

SARA: No te burles.

MARTIN: ¿Si tú lo dijiste?

SARA: Bueno, yo

Se quedan callados sin saber qué decir. Sara empieza a recoger las bolsas vacías. Martín lee lo que dice la lata de frijoles.

MARTIN: (Despectivo) ¿Y esto es lo que comes?

SARA: (Le arrebatata la lata y la lleva a la alacena) Me lo como yo, no tú. Además tú tienes quien te haga la comida. A mi si apenas me da tiempo para comer

Sara abre una coca y se la sirve en un vaso. Regresa a la mesa.

MARTIN: ¿Y yo?

SARA: ¿Es agua negra con gas, ¿o no?

MARTIN: Lo que pasa contigo es que siempre andas a las carreras. (Pausa).
Y por cierto, ¿sigues llendo a correr?

SARA: Nada más dos veces a la semana

MARTIN: ¿Y te gusta?

SARA: Sí. Ahora es más padre porque corro con mi vecino. Empezar el día así me gusta.

MARTIN: ¿Cómo, viéndole la cara a tu vecino?

SARA: Corriendo, haciendo ejercicio. En los viveros hay un montón de árboles.

MARTIN: Ya lo sé

SARA: Pero cuando uno está corriendo se ven muchos más.
Vuelta tras vuelta. El único problema es el levantarme temprano para que me de tiempo de regresar a mi casa, bañarme, desayunar y llegar puntual al trabajo.

MARTIN: ¿Y qué no puedes irte después de correr directamente al trabajo?

SARA: ¡Ay, cómo crees, me corren!

MARTIN: ¿Por?

SARA: ¿Cómo voy a llegar en pants?

MARTIN: Andar en pants es comodísimo. Pero sí, tienes razón. Si llegas en pants nadie te quitaría los ojos de encima. Empezarían las burlas, los choteos, y el jefe hasta podría llamarte la atención. Pero son re cómodos. A mí me gusta usarlos el fin de semana cuando no voy a salir. (Pausa). El color que tienen no me gusta. La verdad te falló.

SARA: Lo que pasa es que tú eres muy delicado para la ropa.

MARTIN: ¿Quién se va a poner unos pants amarillos?

SARA: Mi vecino

MARTIN: Ah, ¿qué también le regalaste unos pants amarillos?

SARA: ¡Ay!, el ya los tenía

MARTIN: Pues qué mal gusto

SARA: Mal gusto que se pongan blusas con florecitas o con rombos

MARTIN: Si yo uso de esas

SARA: Ya ves, cada quien tiene sus gustos

Pausa corta. Sara mira el reloj y Martín observa detenidamente el departamento.

MARTIN: Hasta eso te quedó bien. Se ve que te gusta al amarillo

Sara se levanta de la mesa; recoge latas para acomodarlas en la alacena. Martín intenta acercarse a Sara. Ella lo ignora y continúa su acción. Martín se sienta y la observa trabajar.

MARTIN: ¿Cada cuándo vas al super?. (Ante el silencio de Sara): ¿Eh?

SARA: Una vez a la semana

MARTIN: Yo antes también iba una vez a la semana, pero como siempre me pasaba algo malo, ahora voy cada mes y eso sí me va bien.

Sara se sienta en la mesa

MARTIN: De veras Sara. Hasta llegó un momento en que me persignaba antes de entrar al super. (Sara río sin querer). Si no se le caía una llanta al carrito, chocaba con una señora, o tiraba la mayonesa. Ya ves que la mayonesa siempre está en oferta y la ponen en las esquinas. (Pausa). Un día casi lloro. Iba al super muy campante a comprar pasta de dientes, vasos que se me acabaron en la última fiesta que hice, y azúcar. Compré la pasta y los vasos. Faltaba el azúcar. Hice una cola de quince minutos, hasta que por fin tocó mi turno; entonces pensé: si ya hiciste tanta cola, de perdís comprate cuatro kilos. Al final de cuentas compré cinco. Pongo las bolsas en el carro, y como casi no había gente que empiezo a correr con el carrito. De repente me acuerdo que las cajas están a la izquierda, doy la vuelta forzada y que el carro se cae. Todos los vasos se rompieron y toda el azúcar estaba regada. Tenía un montón de pena. Volteé para todos lados y no había nadie. Escondí los vasos rotos debajo del estante y empecé a recoger el azúcar. Para mi mala suerte se aparece un niño. Se me

queda viendo. Yo seguí recogiendo el azúcar sin hacerle caso, pero él me dice (cuando habla el niño imita su voz) lo que se cae al suelo ya no se come porque se lo chupó el diablo (Sara ríe). Lo veo y sigo recogiéndola. El insiste, ya se lo chupó el diablo. Lo volteo a ver y le digo: vete con tu mamá niño, que te ha de andar buscando. Y me contesta: mi mamá dice que todo se lo chupa el diablo. Dile a tu mamá que eso no es cierto. Y el niño insiste: ya se lo chupó el diablo. (cantando con voz de niño) esta azúcar ya no sirve, se la chupó el diablo. Yo en ese momento estaba histérico. Cállate niño, ya cállate; y como no entendía que me paro y le doy un pellizco. (Sara ríe) y el pinche niño que empieza a chillar (Sara ríe más fuerte). Toda la gente se acerca y me mira; yo recogiendo el azúcar y el niño chilloteando. No sabía qué hacer. Llega la mamá, el niño me acusa y me empieza a echar un rollo. Yo ya no soportaba. Me paré y me fui. La dejé hablando sola. Pero la señora con su voz, de pito cada vez gritaba más fuerte. Todos me veían, estaba rojo de la pena y el coraje; hasta que de pronto me paré, volteó a ver a toda la gente, vi de lejos a la señora y le grité: pinche vieja loca (Sara ríe). Salí corriendo. (Pausa). No vuelvo a ir a ese supermercado. (Pausa larga). ¿Tú crees?

SARA: Sí, sí creo

Sara mira el reloj, se levanta de la mesa y arregla cosas en la alacena.

MARTIN: ¿A tí no te ha pasado algo parecido?

SARA: Por suerte no. A una amiga sí.

MARTIN: ¿Qué?

SARA: Algo parecido pero en Liverpool

MARTIN: Ahh. (Pausa). Pero qué

Sara regresa a la mesa y trae en sus manos un plato con pan dulce.

MARTIN: ¿Eh?

SARA: Me da flojera contarte

MARTIN: (Probando el pan) Este si es bueno.

SARA: Es de Oaxaca

MARTIN: Con razón. ¿Fuiste hace poco?

SARA: Sí

Silencio

MARTIN: Antes íbamos muy seguido, ¿verdad?

SARA: Antes

MARTIN: Madrugábamos para llegar a comer. (Pausa) Tengo ganas de volver a probar en el mercado esos tamales. Nunca se me va a olvidar. ¿Qué partes visitaste?

SARA: Lo de siempre. Montealbán, las pirámides, el mercado y a Doña Carmen.

MARTIN: (La interrumpe) ¡Doña Carmen! ¿Cómo está?

SARA: Bien, preguntó por ti

MARTIN: ¿Y qué le dijiste?

SARA: Nada

Pausa larga

MARTIN: Me gustaría ver otra vez a doña Carmen. Era rebuena gente (Pensativo): doña Carmen

Sara se dirige a la cocina y empieza a lavar trastes.

SARA: ¿Qué horas son?

MARTIN: Quién sabe

SARA: Ya ha de ser tarde

MARTIN: Lo que pasa es que ahora oscurece muy temprano.

Mientras Martín habla, Sara intenta cerrar la llave del agua y no lo logra. Hace esfuerzos, hasta que el agua empieza a chorrear. Martín interrumpe su monólogo.

MARTIN: Hasta eso me gusta que oscurezca temprano. Pareciera que la noche es tan larga que uno puede hacer mil cosas. Hasta no se sabe qué horas son. Por ejemplo ahorita, ni tú ni yo tenemos idea de la hora. No hay prisas, preocupaciones ni nada. Mi papá no podía vivir sin su reloj; todo el tiempo preguntando la hora: mi'jito qué horas son, mi'jito qué horas son. No le importaba si oscurecía temprano o tarde. Las ocho eran las ocho, con sol o con luna. El se levanta todos los días a las siete de la mañana. Un día le adelanto el reloj y se le

vanta a las seis. Por primera vez se dió cuenta que estaba oscuro. No lo podía creer. Yo lo miraba hasta que me ganó la risa. Se dio una enojada. (Pausa). ¿Por qué no te da risa?, es chistoso. (La vòltea a ver) ¿y ese chorro?

SARA: (Desesperada) ¿Qué no ves que no puedo cerrar la llave?

Martín corre a ayudarla

MARTIN: A ver, déjala

SARA: Sácate unas jergas

MARTIN: Deja, y ve por unas pinzas

Sara corre a buscar unas pinzas. Martín intenta cerrar la llave. Sara regresa con las pinzas y se las da. Saca unas jergas para secar el agua.

MARTIN: Esto sí que está difícil

SARA: Hacía mucho que no pasaba

MARTIN: La tuerca está floja, pero no puedo apretarla

Sara exprime las jergas en una cubeta

SARA: Voy a llamar a Concha

MARTIN: No, espérate, ya estoy pudiendo

SARA: Ella trae un plomero

MARTIN: Eso le cuelga. Ya casi está

Sara continúa exprimiendo las jergas en la cubeta.

MARTIN: Listo

Los dos están exhaustos. Se sientan en las sillas.
Transcurre tiempo.

SARA: A ver si no se echa a perder el piso.

MARTIN: Es nada más una mojadita, ¿o qué sucede muy seguido?

SARA: No

MARTIN: La rosca de la tuerca está gastada, ojalá te dure

SARA: ¿Hay qué cambiarla?

MARTIN: Por ahorita no. Que me late que el agua se derrama según el estado de ánimo que estés

SARA: Tal vez

MARTIN: No hagas corajes, es la única condición para que esa tuerca te dure

SARA: Mejor la cambio

MARTIN: Corajuda la muchacha

SARA: Ya

MARTIN: Esa tuerca todavía dura

SARA: ¿Qué horas son?

MARTIN: Quien sabe; tú eres la del reloj.

SARA: (Ve el reloj) Si, ya es tarde. Mañana tengo que hacer muchas cosas y quiero levantarme temprano

MARTIN: Pero si no hay trabajo

SARA: Precisamente

MARTIN: A mí esos días me gustan para descansar. Cuando uno se cansa, en el trabajo o como ahorita, hay que descansar

SARA: Pero hay veces que no se puede

MARTIN: Que no se quiere

SARA: Tu qué vas a hacer

MARTIN: Nada, descansar

SARA: Se te va a hacer tarde y luego va a ser más difícil

MARTIN: Más difícil, ¿qué?

SARA: Irte

MARTIN: ¿A dónde?., ¿cuándo?

SARA: Martín, ya me quiero dormir

MARTIN: Duérmete

SARA: Te estoy hablando en serio. Viniste a visitarme, entraste sin que yo estuviera, platicamos un rato

MARTIN: (La interrumpe). Y te ayudé con lo del fregadero

SARA: Y me ayudaste, ahora quiero descansar y estar sola

MARTIN Pero puedes estar sola todos los demás días. (Pausa). Es muy noche. Yo te puedo acompañar hoy. Además, salir de noche es peligroso.

SARA: Martín.

MARTIN: Actualmente salir de noche no solamente es peligroso para una mujer. A los hombres también nos va mal. ¿Qué tal si ahorita salgo, me encuentro unos policías y me asaltan?, ¿qué tal si se me acercan unos ladrones y sacan un cuchillo?, ¿qué tal si me roban el reloj, si me roban el suéter, las plumas, mi agenda?. ¿Qué tal eh?, ¿qué tal?

SARA: Ya terminaste.

MARTIN: Soy convincente ¿no?

SARA: Antes, ahora es distinto.

MARTIN: Es distinto pero igual.
Pausa larga.

SARA: ¿Te quieres ir por favor?

MARTIN: Qué te cuesta

SARA: Es mi casa

MARTIN: Yo soy tu visita. (Pausa) Aunque sea ahí (señala el sofá)

SARA: Pero por qué

MARTIN: Es de noche. Actualmente salir de noche no es solamente . . .

SARA: (Lo interrumpe) Ya.

MARTIN: Andale.

Pausa larga. Sara molesta va al ropero, saca unas cobijas y las avienta al sofá.

SARA: (Molesta) Ahí están.

Martín toma las cobijas. Las observa. Las deja en el sofá. Se quita el pantalón y los zapatos. Toma las cobijas y se acomoda en el sofá. Sara apaga la luz. Se desviste a oscuras. Se pone un camisón y se mete a la cama.

Transcurre tiempo.

MARTIN: (Con voz de susurro) Sara . . . Sara ¿no tienes frío? . . . tengo frío Sara. Tu cama está calentita. ¿No me haces un campito? . . . ¿eh?.

Transcurre tiempo.

SARA: (Sorprendida y molesta) ¿Qué haces aquí?. Sácate . . . qué poca . . . ¿No entiendes que no cabes en mi cama, es más, qué estorbas? . . . Déjame Martín. Suéltame, ¿qué te crees?.

Sara logra prender la luz del buró. Se zafa de Martín. Está despeinada. Se levanta de la cama. Queda enfrente observando a Martín. El rostro de Martín se encuentra iluminado por la luz de la lámpara de buró. Sus ojos están cerrados.

SARA: Allá están tus cobijas. Quítate. (Pausa). (Mueve el cuerpo de Martín). No te hagas el dormido, quítate de aquí, pero ahorita. (Vuelve a moverlo). Martín. Martín . . . ya, no te hagas. (Se queda inmóvil). Déjame dormir. No tienes madre Martín.

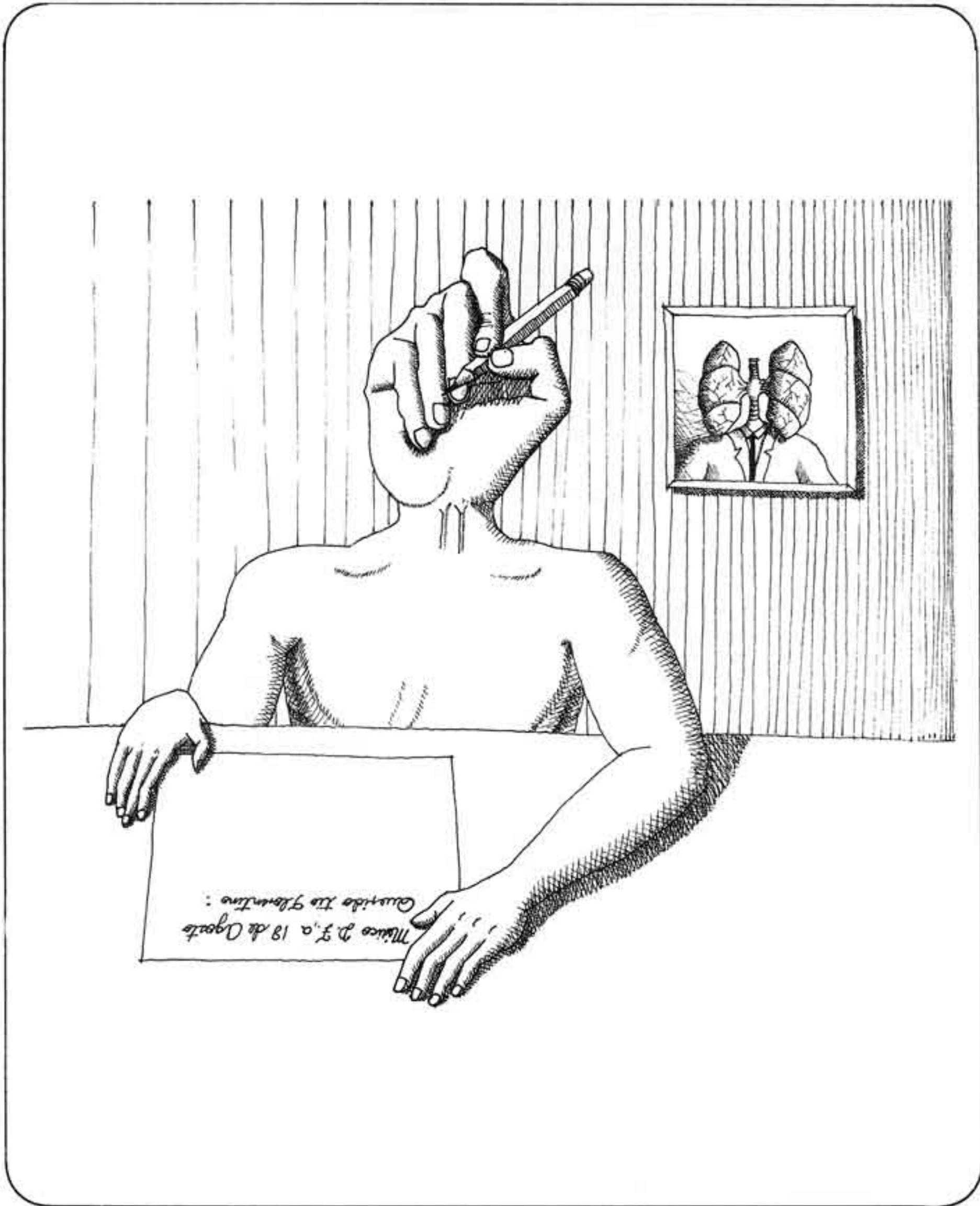
Transcurre tiempo en silencio. Sara se queda inmóvil mirando a Martín.

OSCURO

Escena 2

Es de mañana. Martín se encuentra dormido. Sara está levantada arreglando la casa. Enciende el radio. Martín con mucha dificultad abre los ojos. Se destapa toda la cabeza. Se mueve dentro de las cobijas intentando dormir. Desiste. Se destapa.

MARTIN: (Bocarrriba y con los ojos cerrados) ¿Qué horas son?. (Se acurruca en la cama). ¿Qué horas son Sara?. (Pausa). (Con mucha dificultad abre los ojos. Busca sus lentes en el buró. Tantea con la mano. Tarda en encontrarlos. Se los pone con dificultad y mira el reloj que se encuentra encima del buró). Pero si apenas está amaneciendo. (Se estira). ¿Para qué te levantas a estas horas. (Pausa). ¿A oír cómo canta el gallo?



SARA: (Sin prestar atención) Ajá.

MARTIN: (Se acomoda en la cama) Ay, ni que hubiera gallos por aquí.

SARA: Pues mi vecina tiene gallos y gallinas.

MARTIN: ¿Y a poco ahí compras tus huevos?

SARA: (Sin prestar atención). Sí.

MARTIN: Uy, qué padre. Como si estuvieras en el campo. (Pausa). El rumbo de mi casa es horrible. No hay un solo árbol; ni siquiera un gallo. Yo por eso no me levanto temprano. Cuando me levanto solamente veo edificios, fábricas, smog y pura porquería. El cielo azul brilla por su ausencia.

SARA: (Interrumpe). ¿Nunca dejarás de quejarte?

MARTIN: Si algún día termino mi carrera.

SARA: (Interrumpe con tono sarcástico) Si algún día.

MARTIN: Voy a vivir fuera de la ciudad. Ahora no tengo dinero ni trabajo para cambiarme de casa; pero cuando termine mi carrera te juro que me voy. (Se queda pensativo) Si Sara, me voy.

SARA: (Gustosa) ¿Ya te vas?

MARTIN: No, digo que cuando termine mi carrera me voy a ir de esta mugre ciudad.

Martín va al baño.

SARA: Te la pasas soñando.

MARTIN: Prefiero soñar a que me falte imaginación.

SARA: (Con reproche) Pues uno puede utilizar su imaginación para cosas más productivas.

MARTIN: (Burlón) ¿A sí, cómo para qué?

SARA: Como para trabajar, decorar una casa o componer una canción.

Martín sale del baño y se coloca muy cerca de Sara.

MARTIN: (Burlón) ¡Ah, qué interesante; ni me lo imaginaba!

SARA: (Se aparta de Martín) Deja de burlarte.

Sara va a la cocina para preparar café.

MARTIN: No, yo nomás digo.

SARA: Pues mejor ni digas.

MARTIN: T' bueno pero no te enojas.

Martín va a la cocina donde está Sara, saca las tazas. Lleva el azúcar a la mesa. Pone dos manteles y las cucharas. El pan dulce del día anterior lo pone en un plato y lo lleva a la mesa. Se sienta Sara sirve el café y lo lleva a la mesa.

MARTIN: ¿No estás contenta de tener el día libre?

SARA: No.

MARTIN: ¿Por qué no?

Sara le pone azúcar a su café. Le sopla para que enfríe. Martín la observa.

MARTIN: ¿Eh?

SARA: Porque no.

MARTIN: Trabajar es espantoso. Las oficinas son re frías y oscuras. Con un jefe encima y para colmo la gente del trabajo es insoportable. (Pausa). Hoy dedícate a descansar. Yo te consiento.

SARA: Tú me consientes a cambio de qué.

MARTIN: Te consiento simplemente.

SARA: Simplemente a cambio de qué.

MARTIN: Bueno ya, si no quieres no te consiento y punto.

Sara se levanta de la mesa con las tazas y las deja en el fregadero. Desde ahí mira y oye a Martín.

MARTIN: A mí me encanta cuando no voy a trabajar. Me levanto tarde, desayuno cualquier cosa y me quedo pensando un rato largo. Pienso en lo que hice el día anterior, en mi jefe, en mis amigos. También pienso en tí. (Pausa). Después me visto y pienso a donde voy a ir. Siempre termino llendo al parque que más te gusta, ¿te acuerdas?

Martín se queda pensativo. Sara se sienta en una silla enfrente de la mesa

MARTIN: A ti, ¿qué te gusta hacer?

SARA: Trabajar.

MARTIN: (Sorprendido) ¿Trabajar?

SARA: Sí

MARTIN: ¿Me lo juras?

SARA: Sí

MARTIN: Nunca había oído a alguien decir que lo que le gustaba hacer era ir a trabajar. (Burlón) Pero sí, cada quien tiene sus gustos (Pausa). ¿Por qué?

SARA: Porque trabajo.

MARTIN: No, en serio.

SARA: Porque me siento bien

MARTIN: Pero te puedes sentir bien en otros lugares. (Pausa). Qué me late que no has buscado bien.

SARA: (Molesta) Pues si así te parece entonces no preguntes.

Sara se levanta de la mesa enojada. No sabe qué hacer. Va a la cama y empieza a tenderla.

MARTIN: Déjalo Sara, yo después lo hago.

SARA: Después ¿cuándo?

MARTIN: Después. Hoy es día de descanso; por qué tanta prisa.

SARA: No me gusta ver la cama destendida.

MARTIN: Ahorita la tiendo.

SARA: No, quédate ahí sentado *pensando*, que es lo que te gusta hacer.

Martín se levanta de la mesa, se dirige a Sara y la toma de las manos.

MARTIN: ¿Qué pasa?

Sara se suelta de las manos y sigue tendiendo la cama.

SARA: Nada.

MARTIN: Cuando pienso, pienso en ti. Hasta sueño contigo.

SARA: Mientras tú piensas o sueñas yo estoy aquí como mensa. Además solamente sueñas y piensas en mí según te convenga. Pareciera que no existo y que ni sentimientos tengo.

MARTIN: Me gusta que tus sentimientos estén conmigo, lo necesito.

SARA: Lo que yo necesito es que te calles o te vayas. Desde que empezaste a hablar no has oído nada de lo que yo he dicho. ¿Qué crees que el único que piensa aquí eres tú?. (Pausa). Contéstame.

MARTIN: No

SARA: ¿Entonces?

MARTIN: Es que tú tampoco hablas.
Suenan el teléfono.

SARA: No hablo contigo.

Martín se levanta a contestar el teléfono. Sara se le adelanta y lo contesta.

SARA: Bueno . . . sí, sí, soy yo, (le da la espalda a Martín). Hola, cómo estás . . . pues aquí aburrida . . . es que a mi jefe se le ocurrió darnos el día libre . . . no te creas . . . en la noche nada . . . me encantaría (rápidamente se levanta Martín para ver la cara de Sara) órale . . . si yo espero no te apures . . . ay nos vemos . . . adiós.

Sara cuelga el teléfono e inmediatamente Martín pregunta.

MARTIN: ¿Qué te encantaría?

SARA: Qué te importa.

MARTIN: Tengo derecho a saber.

SARA: Aún no tienes derecho a nada. No tengo que porque estarle dando cuentas a nadie.

MARTIN: Pero si siempre me decías con quien hablabas por teléfono.

SARA: Por pendeja. (Burlona) No había secretos entre nosotros. ¿Crees que el tiempo no pasa y que las cosas siguen igual?

MARTIN: Pero dime con quién hablabas, ¿no?

SARA: ¿Qué no me oíste?

MARTIN: Sí, sí te oí, pero dime.

SARA: (Desesperada) No entiendes nada. Porque mejor no te vas a tu casa a descansar.

MARTIN: Lo que pasa es que vas a salir esta noche y por eso quieres que me vaya. (Pausa). ¿Verdad?

SARA: Déjame en paz.

Sara toma de algún cajón unas hojas. Va a la cama y las empieza a acomodar en grupos. Martín se queda pensativo. Transcurre tiempo. Martín empieza a ver cuidadosamente los objetos que hay en la casa. Abre un cajón y saca unas llaves.

MARTIN: ¿Y éstas?

SARA: (Se dirige a Martín con desgano) Son copias de las llaves del departamento; (extiende la mano) dámelas.

MARTIN: (Se guarda las llaves en la bolsa de su pantalón) ¡Qué buena suerte!

Martín sin prestar atención a lo que Sara dice, continúa observando los objetos de la casa. Sara lo sigue hasta que desiste.

SARA: Siempre te sales con la tuya.

Sara regresa a la cama y continúa su trabajo.
Transcurre tiempo.

MARTIN: ¿Quién te regaló este cuadro?

SARA: (Sin interrumpir su trabajo) Lo pintó una amiga.

MARTIN: Ahh (Ve un cenicero) ¿Y este cenicero?

SARA: Me lo regalo un amigo.

MARTIN: Qué mal regalo, ¿No sabía que no fumas? (Lo inspecciona entre sus manos y lo deja descuidadamente. Se sienta en la mesa y suspira) Qué aburrición. (Se ras-

ca la cabeza. Mira a Sara. Mira a todos lados. Ve los libros) Uno, dos, tres, cuatro, cinco seis.

SARA: ¿Te quieres callar?

MARTIN: (Sin haber interrumpido) Siete, ocho, nueve, diez, doce porque este vale por dos, trece, diez y seis, diez y nueve, veintitres.

SARA: (Despectiva) Ya sabes contar.

MARTIN: Qué poquitos libros tienes. (Pausa). Bueno, también es que no he contado las revistas. Por lo general es lo que lees.

SARA: ¿Te importa?

MARTIN: Hasta eso hay buenas revistas. A mi la verdad me gustan más los libros. Son más chiquitos y cómodos. Las revistas se rompen con cualquier cosa.

SARA: Las rompes con cualquier cosa.

Pausa

MARTIN: ¿Porqué no hacemos algo divertido?

SARA: Estoy trabajando.

MARTIN: Algo divertido entre los dos.

SARA: No me interesa.

MARTIN: De cuándo acá tan digna.

SARA: (Deja su trabajo) Desde que no estamos juntos. Desde entonces hago lo que quiero.

MARTIN; ¿Pero si cuando estábamos juntos decías que eras feliz?

SARA: Por idiota. Ni tú sabes qué es la felicidad. (Pausa) Mira, no quiero discutir de esto, ¿sí?

MARTIN: Si no quieres no discutimos, pero vamos a hacer algo.

SARA: Porque no te vas a dar una vuelta. (Continúa su trabajo).

MARTIN: Vamos al parque hundido.

SARA: Ve.

MARTIN: Vamos.

SARA: (Enojada) Todavía que entras a mi casa y te quedas a dormir; todavía me exiges que salga a donde tú quieras.

MARTIN: ¡No te exijo!

SARA: (Interrumpiendo su trabajo) Ya vamos a empezar a discutir de lo de siempre. Por algo terminé contigo.

MARTIN: Terminamos.

SARA: Bueno terminamos, pero ya vete.

MARTIN: En el fondo no quieres que me vaya Sara.
Sara se mete al baño. Martín toma una revista y se acuesta en la cama.
Transcurre tiempo.
Sara sale del baño. Sin mirarlo se dirige a la cocina y pone agua a calentar en la estufilla.

MARTIN: Porque no de una vez haces una jarra grande de café.

SARA: Porque voy a hacer té.

MARTIN: Yo también quiero.

SARA: Si jefe.

MARTIN: No exageres.

SARA: (Desesperada) Si no te vas de esta casa, me voy yo.

MARTIN: Te acompaño.

SARA: Eres el colmo.

Pausa.

MARTIN: Mejor voy a comprar algo de comer y ahorita regreso. Al fin y al cabo tengo llaves.

SARA: Vete y dame las llaves

MARTIN: Voy rápido, no me tardo.

SARA: No regreses.

MARTIN: No voy, punto. (Pausa). Y luego dices que soy el que te obliga a hacer cosas.

Sara sube a la bicicleta y empieza a pedalear rápidamente.

MARTIN: No me presumas. (Pausa). Ni que fueras tan deportista. (Pausa) (Retador): A ver, te mido el tiempo (Se lo mide) No está tan mal, has mejorado.

SARA: (Sarcástica) Gracias.

MARTIN: Ejercitarse con bicicleta no es tan bueno. ¡Luego te hace unas piernotas!. Además, dentro de una casa se me hace absurdo. Las bicicletas son para manejarse fuera, respirar aire, dar vueltas, ver paisajes.

SARA: ¿Tú lo haces?

MARTIN: No, pero es mejor hacerlo así.

SARA: Si no haces nada, entonces no jodas.
Transcurre tiempo. Sara está cansada.

MARTIN: (Burlón) ¿Ya te cansaste?. Casi ni aguantas.

SARA: Ya no te aguanto a ti.

MARTIN: Aguanta, aguanta. Yo te mido el tiempo. (Ve el reloj): ¡El agua!. Se dirige a la cocina) Se consumió casi toda. Quedó a la mita'. ¿Cuántas le echo de café?

SARA: Quiero té.

MARTIN: ¿Ah, si es cierto!, ya ni me acordaba.

SARA: (Despectiva) Qué raro.

MARTIN: Lo voy a hacer de manzanilla.

SARA: Mejor hazme un jugo de naranja.

MARTIN: Si jefa.
Martín sirve en dos tazas el agua hierviéndolo. Saca de un estante una caja, la abre y saca dos bolsitas de té que coloca en cada taza.

MARTIN: Lo voy a dejar enfriar un poco. A lo mejor hasta te lo tomas frío. (Burlón) Aguantas tanto.

SARA: Hazme un jugo de naranja. Las naranjas están debajo del fregadero y el exprimidor en el primer cajón.

MARTIN: Eres terca como una mula. He querido ser amable contigo y tú con tu carota. ¿Qué crees que no siento?. Y todavía me mandas. Te vine a visitar, pero no a servir, y menos a rogarte.

SARA: No te estoy diciendo que me ruegues.

MARTIN: Siempre has sido así. Chingaquedito. Calladito, calladito. Como si no pasara nada, pero ahí estás insultándome. No sé ni por qué vine a visitarte. (Pausa). ¿Quieres dejar de andar en tu bicicleta?. (Sara le da más rápido a los pedales). ¿No oyes?. (Pausa) No te aguanto.

SARA: Pues vete.

MARTIN: ¿Para que salgas esta noche?

SARA: De cualquier manera voy a salir.

Suena el teléfono.

MARTIN: A ver, deja tu bicicleta y ve a contestar. (Pausa). Van a colgar. (Pausa). (Despectivo señalando el teléfono): Es tu cita de esta noche. (Pausa). Cuanta perseverancia tienen tus pretendientes. ¿Te estás volviendo famosa. . . u otra cosa?. Si quieres no me contestes, me lo imagino.

SARA: (Suelta repentinamente los pedales y grita) ¡Te quieres callar! Mientras el teléfono y los pedales siguen sonando, ocurre el oscuro.

OSCURO

Escena 3.

Se enciende la luz. No hay nadie en la estancia. Se oye el ruido de la regadera. La estancia está un poco desordenada. Se oye que entra una llave en la cerradura de la puerta. La puerta se abre y entra Martín. Martín viene cargado de cosas; bolsas, posters, adornos, trastes, herramienta, etc. . . Deja todo en el suelo, va a la puerta y empuja con los pies al

interior de la casa una caja. Repite la operación. Empieza a sacar de las bolsas y a acomodarlas en la casa. La herramienta la coloca debajo de la cama. Las cosas de cocina en la alacena. Pone posters y las cajas con libros cerca del librero. En la mesa pone un mantel, cuelga una lámpara. Guarda ropa en el ropero. Coloca en el buró una maceta, etc. . . Sara sale del baño en bata con una toalla en el pelo. Se queda inmóvil y perpleja observando a Martín.

SARA: ¡No tienes límite Martín!

MARTIN: ¿Por?

Silencio

SARA: ¡Qué poca madre! (Tropieza con algún objeto traído por Martín). (Contenida): ¿Quisieras ser tan amable de recoger?

MARTIN: (Observa algo que acomodó e ignora a Sara) No.

SARA: Pero mira como tienes.

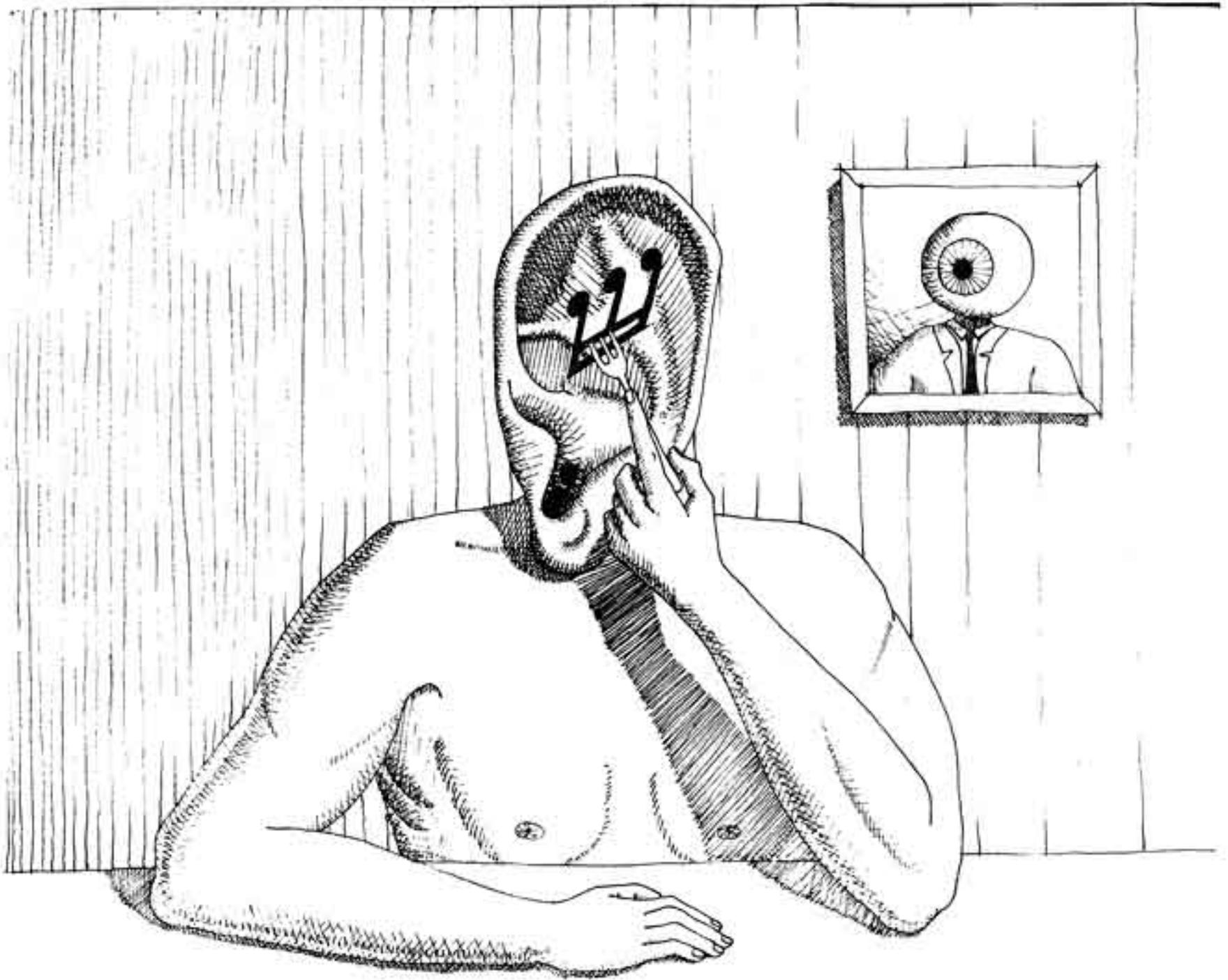
Martín empieza a recoger cosas de mala gana. Sara lo mira, se quita la toalla de la cabeza, va al tocador y cepilla su pelo. Rápidamente Martín suspende su trabajo y se sienta frente a la mesa. Toma un lápiz y empieza a escribir. Sara se levanta y se dirige al ropero.

SARA: (Volteando a ver a Martín): Qué poca.

Sara saca ropa del ropero y la coloca en la cama. Regresa al tocador y empieza a pintarse.

MARTIN: Dos, ocho veintitres, cuarenta y siete y llevamos cuatro. Cuatro por cuatro, ocho, trece, veinte. (Pausa). Cuatro por siete, cuatro por siete- siete por cuatro. ¿Cuánto es siete por cuatro? (Voltea a ver a Sara) ¿eh?

SARA: (Enojada) Cuarenta.



- MARTIN: Treinta y llevamos tres. Cuatro por dos ocho. Me debes ochocientos cuarenta pesos. (Pausa). (Mira a Sara); Ochocientos cuarenta.
- Silencio
Martín se levanta de la silla y va a la cocina para preparar un café. Suena el teléfono.
- SARA: Yo voy.
- Martín se apresura y contesta el teléfono. Sara se le queda viendo.
- MARTIN: ¿Sí? . . . no, no se encuentra.
- SARA: ¿Quién es?
- MARTIN: Mire habla su marido, no sé a la hora en que regrese (Sara intenta alcanzar a Martín y quitarle el teléfono. El la esquiva y ella lo persigue).
- MARTIN: Si quiere puede dejar un recado. . . bueno como guste . . . hasta luego.
- Martín cuelga el teléfono.
- SARA: (Levantando el teléfono) Bueno, bueno. (Cuelga el teléfono y mira enojada a Martín). ¡Con qué derecho!
- MARTIN: Pensé que no querías hablar con él.
- Sara va por su libreta. Busca un teléfono y empieza a marcar.
- SARA: Perdone, ¿se encuentra Raúl? . . . Gracias Hola Raúl habla Sara . . . bien, bien . . . oye, ¿tú no acabas de hablar por teléfono? . . . chin. . . no, es que no entró la llamada . . . gracias, nos hablamos después. (Cuelga el teléfono y vuelve a marcar) Hola Rocío, no se encuentra Roberto? . . . Gracias. (Cuelga el teléfono, busca en la libreta y marca) Perdone, ¿no se encuentra René?
- MARTIN: Erre con erre cigarro.
- SARA: (Tapa la bocina) Pendejo. Hola, qué tal, habla Sara . . . bien, bien . . . oye, perdona que te moleste, ¿no me hablaste hace rato? no, es que se cortó la comunicación . . . gracias . . . hasta pronto.
- MARTIN: Erre con erre barril. Barril, Roberto, Raúl, René. Lástima, yo me llamo Martín, pero me podrías decir Ratín.
- SARA: No te preocupes, no estás en mi lista. (Pausa). Por qué demonios dijiste que eras mi marido.
- MARTIN: Pura ocurrencia.
- SARA: Vete al carajo con tus ocurrencias. (Pausa). Ahora ya no sé quién me habló por teléfono.
- MARTIN: Qué preocupación.
- SARA: Pues sí.
- Sara va al tocador y continúa pintándose.
- MARTIN: ¿Con quién vas a salir esta noche?
- SARA: Con unos amigos.
- MARTIN: ¿Yo los conozco?
- SARA: No.
- MARTIN: ¿Son del trabajo?
- SARA: No
- MARTIN: ¿Entonces?
- SARA: Ya deja de preguntar
- MARTIN: ¿Son muchos?. (Pausa). ¿Eh?
- SARA: Qué te importa.
- MARTIN: ¿Muchos?
- SARA: (Molesta) Son Javier, Alicia, Raúl, Julieta y yo.
- MARTIN: Ahh, (Pausa). ¿No invitas?
- SARA: No
- MARTIN: ¡Ah, es que no es de parejitas!
- SARA: Aunque lo fuera. (Sarcástica): Además, nosotros ya no somos parejita.
- Sara se levanta, va al ropero y saca la plancha. Abre el burro, va por su vestido y lo empieza a planchar. Martín toma unos posters y empieza a pegarlos en la pared.

MARTIN: Este poster me lo regaló un amigo. Aunque a mí no me gustan los caballos, el paisaje es bonito. (Toma otro poster y lo pega). Este pa' que veas si me gusta, lo compré hace un año en peritrece. Está un poco maltratado, pero de lejos no se nota. (Los observa de lejos) Quedo bien, ¿verdad?

SARA: Están horribles.

MARTIN: Lo que pasa es que te da envidia.

SARA: ¿Envidia de tus cosas?, ni que estuviera loca. Por favor, quita esos posters de ahí. Ya con los que pegaste antes es suficiente.

Martín empieza a acomodar algunos libros en el librero. Sara termina de planchar. Cuelga su vestido en un gancho y lo coloca fuera del ropero. Observa los posters que puso Martín, va hacia ellos y empieza a quitarlos.

MARTIN: ¿Qué haces?

SARA: Quitando estos posters que están espantosos.

Martín intenta impedirsele. Sara termina de quitarlos y va al librero para quitar los libros que colocó Martín; los avienta en una caja. Martín mientras ha ido a colocar de nuevo los posters; al darse cuenta de lo que está haciendo Sara, corre hacia ella para impedirsele.

MARTIN: Preferible que estén los libros aquí, que guardados en las cajas.

SARA: No quiero tus libros ni aquí ni en las cajas.

MARTIN: (Le arrebató los libros) Déjalos, son míos.

SARA: Y éste es mi lugar.

MARTIN: Me costó mucho trabajo acomodarlos.

SARA: A mí eso me tiene sin cuidado. (Martín la toma de los brazos). ¡Déjame!

Sara se aleja. Martín la empieza a perseguir. Sara se apresura a subir en la bicicleta.

SARA: ¡Ya!

MARTIN: (Pone los brazos sobre el manubrio) A ver, huye

Martín se sienta.

MARTIN: (Retador) Así que no te gustan mis posters.

SARA: Mira Martín, cuando vivíamos juntos cada quien podía poner en la casa lo que quisiera. Ahora esta casa yo la arreglo a mi gusto. Si estos posters se me hacen horribles, no los quiero ver aquí.

MARTIN: En primeras no están horribles, y en segundas no es cierto que cada quién ponía en la casa lo que se le diera la gana. Tú eras la que disponías todo. Esto va aquí, esto va allá; no, este florero es espantoso, si quieres ponlo en tu estudio.

SARA: No es cierto.

MARTIN: Cómo no va a ser cierto. Todos estos posters los tengo guardados desde hace mucho tiempo.

SARA: ¿Por qué no los pones en tu casa?

MARTIN: No tengo casa.

SARA: Como no, ¿y la que te rentó tu amigo?

MARTIN: La vendió.

SARA: Entonces, ¿dónde vives?

MARTIN: Aquí.

SARA: (Exclama) ¿Aquí?

MARTIN: Sí.

SARA: Eres un mentiroso, si tú me dijiste . . .

MARTIN: (Interrumpe) Si te decía esto me corrías.

SARA: Te corrí desde el principio, pero como siempre haces lo que quieres.

MARTIN: Tú también hiciste lo que quisiste. Me dejaste. Nunca oíste mis explicaciones.

SARA: No tenían ningún fundamento.

MARTIN: ¿No era suficiente decir que iba a cambiar?

SARA: Siempre dijiste eso. Una más una menos

MARTIN: Pero esa vez iba en serio.

SARA: También me lo dijiste siempre. Lo único que había en ti era desinterés. Como si todo fuera un chiste y tú el payaso. Todo lo que decías te lo tenía que aplaudir; si no, te ponías furioso y me dejabas de hablar. Cuántas veces te pedí perdón sin ningún motivo.

MARTIN: No te hagas la mártir.

SARA: Y siempre me constestabas que no me me hiciera la mártir. Me cansé Martín, me cansé.

MARTIN: A mí me cansan tus discursos. ¿Qué lo único que sabes hacer es quejarte?

SARA: Todas las noches te esperaba. Leía una revista y la inquietud no se me quitaba. Hablaba por teléfono con Margarita. Oía todo lo que yo le decía; a veces venía a la casa. Un día trajo a su íntima amiga. ¡Qué simpática era!. Nunca me había reído tanto; chiste tras chiste; en su cara siempre una sonrisa. Estudiaba comercio, insistía en que la acompañáramos, quería que fuéramos compañeras de escuela. Y ya ves, entré a la Academia. Ibamos al cine, paseábamos por el parque, comentábamos artículos de revistas. (Pausa) Tú nunca estabas en la casa. Yo no te dije nada. (Resentida): Comenzé a tenerte coraje, una rabia infinita; y jamás te diste cuenta. Nunca supiste qué sentía, qué pensaba, a dónde iba. Sabías que estudiaba y creías que después de la escuela regresaba a la

casa. Pero no era así. María me enseñó muchas cosas. Conocí lugares, me presentó a Raúl

MARTIN: ¿Raúl?

SARA: Era muy simpático. Con él platicaba de mis amigas, de la escuela. . .

MARTIN: ¿Raúl?

SARA: El sí me escuchaba.

MARTIN: ¿Salías con otro tipo?

SARA: La Alameda era el lugar que más le gustaba.

MARTIN: ¿Salías con otro tipo?

SARA: (Reacciona) Solamente éramos amigos.

MARTIN: Amigos, ¿crees que me la trago? Por eso me dejaste.

SARA: No te dejé por eso.

MARTIN: ¡Cómo fuiste capaz!

SARA: Tú también lo hiciste.

MARTIN: Y eso qué te importa. Eres una cabrona.

Martín se levanta de la mesa y se dirige a la bicicleta. Sara intenta bajarse.

SARA: Déjame.

Martín empuja la bicicleta y Sara cae con ella. Martín triunfante se tranquiliza un poco. Sara se levanta del suelo y se sienta en la cama. Con dolor se soba los golpes. Solloza un poco. Empieza a vestirse. Se pone el fondo y cesa el sollozo. Sara voltea a ver a Martín con coraje. Ve el buró y tira todo lo que hay en él.

SARA: ¡Lárgate de esta casa y llévate todas tus porquerías!

MARTIN: Mis cosas no (Empuja a Sara a la cama). Sara se coloca bocabajo. Empieza a llorar fuerte y con coraje. Voltea a ver a Martín. Se levanta de la cama, lo empuja y empieza a arrancar posters, a tirar los libros y las cosas que trajo Martín.

SARA: Me ahoga tu mierda. Llévatela a otra parte. No la vengas a poner aquí en mi casa.

MARTIN: (Autosuficiente): Con que esas tenemos

Martín tira cuadros, trastes, ropa y libros. Sara se dirige a Martín y empieza a recoger lo que él tiró. Sara se da cuenta que el agua chorrea del fregadero. Corre hacia ella e intenta cerrarla. Es inútil su esfuerzo. Empieza a poner jergas para secar el agua. No ha dejado de observar a Martín. Martín muy seguro de si mismo toma entre sus manos un florero y lo inspecciona.

SARA: Ese florero no lo tires. (Se dirige hacia él). Por favor no lo tires.

Martín triunfante azota el florero contra el piso.

SARA: ¡No!

Sara le avienta la caja de herramienta a Martín. Le pega fuertemente en la espalda y él se tiene que sentar adolorido.

MARTIN: Oye Sara, qué te crees.

Sara mientras tanto ha empezado a recoger los pedazos del florero. Se levanta y se le echa encima a Martín.

MARTIN: (Intentando detenerla) Déjame. (Forcejean) Estáte en paz.

Sara le quita los lentes y se aleja de Martín.

MARTIN: (Despacio se empieza a acercar a ella) Dámelos

SARA: (Con coraje) Ahora no te doy nada. Antes si querías te daba mi cuerpo, si querías te daba un café, mis besos y todo. Ahora no te doy nada ni mi cariño, ni mi casa, ni tus lentes.

MARTIN: Ya, dámelos.

Sin mucha prisa ella se aleja de él y él la sigue. Su cercanía se ve interrumpida por la mesa.

SARA: Solamente pides; a mí y a todos los que te rodean. La palabra que siempre pronuncias es quiero. De esa maneja mejor no me quieras.

MARTIN: Quiero mis lentes. No estoy jugando.

SARA: ¿Crees que para mí esto es un juego? Pues te equivocas. Juegos los tuyos, con tus reglas, con tus dados. No, te estoy hablando en serio. Tan en serio que me tienes que escuchar.

Martín se sienta en la mesa sin saber que hacer. Se frota la cara.

MARTIN: (Como concesión) A ver, dime.

SARA: (Enojada): Debo pensar que estás esperando algo a cambio. Tus lentes acaso, ¿o una reconciliación? Un cariñito cuando quieres coger, una risita cuando me vas a pedir un favor o quieres que te lleve el desayuno a la cama.

MARTIN: ¿Ya terminaste?

SARA: Esto no es un discurso, son mis sentimientos. (Sara le avienta los lentes. Martín los toma entre sus manos).

SARA: ¿Te das cuenta qué siento?, ¿te das cuenta?

Martín se pone los lentes.

SARA: Siento alegría, siento tristeza, odio, coraje. Coraje de ti y de mí. Coraje de que estés igual.

Martín se levanta de la silla y se dispone a salir.

SARA: Coraje, coraje acumulado tantos años; contra ti, contra tu orgullo.

Martín sale, cierra la puerta y Sara grita más fuerte.

SARA: Por egoísta, porque eres insoportable (Progresivamente baja la voz) insoportable . . . coraje . . . coraje.

Silencio. Sara se queda inmóvil. Está a medio vestir. El pelo mojado y revuelto. Mira el agua chorreando, toda la casa. Respira profundo. Empieza a levantar las cosas lentamente.

OSCURO FINAL

SARA: Hazme un jugo de naranja. Las naranjas están debajo del fregadero y el exprimidor en el primer cajón.

MARTIN: Eres terca como una mula. He querido ser amable contigo y tú con tu carota. ¿Qué crees que no siento?. Y todavía me mandas. Te vine a visitar, pero no a servir, y menos a rogarte.

SARA: No te estoy diciendo que me ruegues.

MARTIN: Siempre has sido así. Chingaquedito. Calladito, calladito. Como si no pasara nada, pero ahí estás insultándome. No sé ni por qué vine a visitarte. (Pausa). ¿Quieres dejar de andar en tu bicicleta?. (Sara le da más rápido a los pedales). ¿No oyes?. (Pausa) No te aguanto.

SARA: Pues vete.

MARTIN: ¿Para que salgas esta noche?

SARA: De cualquier manera voy a salir.
Suenan el teléfono.

MARTIN: A ver, deja tu bicicleta y ve a contestar. (Pausa). Van a colgar. (Pausa). (Despectivo señalando el teléfono): Es tu cita de esta noche. (Pausa). Cuanta perseverancia tienen tus pretendientes. ¿Te estás volviendo famosa... u otra cosa?. Si quieres no me contestes, me lo imagino.

SARA: (Suelta repentinamente los pedales y grita) ¡Te quieres callar! Mientras el teléfono y los pedales siguen sonando, ocurre el oscuro.

OSCURO

Escena 3.

Se enciende la luz. No hay nadie en la estancia. Se oye el ruido de la regadera. La estancia está un poco desordenada. Se oye que entra una llave en la cerradura de la puerta. La puerta se abre y entra Martín. Martín viene cargado de cosas; bolsas, posters, adornos, trastes, herramienta, etc. . . Deja todo en el suelo, va a la puerta y empuja con los pies al

interior de la casa una caja. Repite la operación. Empieza a sacar de las bolsas y a acomodarlas en la casa. La herramienta la coloca debajo de la cama. Las cosas de cocina en la alacena. Pone posters y las cajas con libros cerca del librero. En la mesa pone un mantel, cuelga una lámpara. Guarda ropa en el ropero. Coloca en el buró una maceta, etc. . . Sara sale del baño en bata con una toalla en el pelo. Se queda inmóvil y perpleja observando a Martín.

SARA: ¡No tienes límite Martín!

MARTIN: ¿Por?

Silencio

SARA: ¡Qué poca madre! (Tropieza con algún objeto traído por Martín). (Contenida): ¿Quisieras ser tan amable de recoger?

MARTIN: (Observa algo que acomodó e ignora a Sara) No.

SARA: Pero mira como tienes.

Martín empieza a recoger cosas de mala gana. Sara lo mira, se quita la toalla de la cabeza, va al tocador y cepilla su pelo. Rápidamente Martín suspende su trabajo y se sienta frente a la mesa. Toma un lápiz y empieza a escribir. Sara se levanta y se dirige al ropero.

SARA: (Volteando a ver a Martín): Qué poca.

Sara saca ropa del ropero y la coloca en la cama.
Regresa al tocador y empieza a pintarse.

MARTIN: Dos, ocho veintitres, cuarenta y siete y llevamos cuatro. Cuatro por cuatro, ocho, trece, veinte. (Pausa). Cuatro por siete, cuatro por siete- siete por cuatro. ¿Cuánto es siete por cuatro? (Voltea a ver a Sara) ¿eh?

SARA: (Enojada) Cuarenta.

*Punto de Partida No. 81-82
se terminó de imprimir
en febrero de 1984
en Kromo-Litho, S.A.
Su tiraje fué de 2000 ejemplares.*